

BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES



*Victor Hugo
E. Reclus
Kropotkine
Zola. Taurès
Voltaire
Gorki. Darwin
Diderot. Ibsen
Spencer
Tolstoi
etc, etc.*

Volumen XIX

C. VOLNEY

Las Ruinas de Palmira

(Tomo I)

140
373ⁿ

VOLNEY

F 596

Sp 935

9
BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

VOLNEY

LAS RUINAS DE PALMIRA

VERSIÓN CASTELLANA REVISADA

por

Cristóbal Litrán

VOLUMEN XIX - SEGUNDA SERIE

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA

BUENOS AIRES

CORTES, 478

PICHINCHA, 1867



Noticia biográfica

Constantino, Francisco Chassebœuf, que este es su verdadero nombre, que cambió más tarde por el de Volney, nació en Craon (Maine et Loire), el 3 de febrero de 1757.

Era hijo de un abogado de cierta fama en aquella época, quien cambió a su hijo el apellido de Chassebœuf por el de Boisgirais, que sin duda sonaba mejor a sus oídos, y que el hijo cambió más tarde por el de Volney, traducción, según algunos, literal del Chassebœuf originario en algún idioma oriental.

Después de brillantes estudios que sorprendían en aquel niño enfermizo y raquítico, trasladóse a Paris para estudiar Derecho y Medicina, pero aquellas especialidades no le satisfacían, y subyugado por el estudio de las lenguas de Oriente, se consagró por entero a él, mientras que frecuentaba la sociedad de los filósofos de la época, conviviendo con Franklin, d'Hobalch y Madame Hévetius.

En posesión de una herencia que le sobrevino, Volney no encontró mejor empleo que darle, que el de emprender un viaje a Oriente, para estudiar sus costumbres, sus leyes, su religión, su vida, en una palabra.

De este viaje escribió unas Memorias que le abrieron las puertas de la notoriedad, antesala de la celebridad.

Deseoso de aclimatar en Córcega el cultivo de ciertos productos orientales, fué nombrado Director General de Agricultura y Comercio de aquella isla. La Revolución que estalló por aquel entonces no le permitió ejercer el cargo.

Hombre significado en su época, formó Volney parte de los Estados Generales famosos como representante de sus conciudadanos del tercer estado, por la provincia de Anjou, representando más tarde muy buen papel en la Asamblea Constituyente.

Disuelta la Asamblea, trasladóse a Córcega, donde había adquirido una propiedad con el propósito de consagrarse a especulaciones agrícolas, pero una revuelta interior hizo fracasar su intento.

Hombre de ideas avanzadísimas, como puede comprobarse leyendo Las Ruinas, Volney militaba en el partido de los Girondinos, los Federalistas de aquella tormentosa época, lo que le valió ser encarcelado bajo el Terror.

Puesto en libertad después del 9 del Thermidor, encargósele de dar un curso de Historia en la Escuela Normal, acreditándose como pensador audaz, analítico profundo y fundador de la crítica de la Historia.

Cerrada temporalmente la Escuela Normal, Volney, que necesitaba anchos horizontes para su actividad, marchó a América (1795), siendo muy bien recibido por Washington, no así por Jhon Adams, que le sucedió en la presidencia, y que, tomándole por un agente político secreto que laboraba para que la Luisiana se reincorporase a Francia, tuvo que abandonar el país, regresando a su tierra.

Corrían días tristes para Francia entonces. Bona- parte, antiguo jacobino, amigo de Volney, acababa de

realizar el 18 de Brumario, haciendo traición a sus ideas de ayer.

Volney aplaudió al tirano; no penetró bien sus intenciones; no supo ver que tras la proclamación de Cónsul, aquel ambicioso iba derecho al Imperio con todo el séquito de una formidable reacción política.

Volney, como tantos otros, se equivocó. Suerte suya fue que, aun que nombrado Senador por la reacción naciente, al verla levantar la cabeza la combatió con bravura, formando parte del grupo en el que militaban Lanjuinais y Destutt de Tracy, grupo llamado de los ideólogos.

Para romper de modo definitivo con aquella situación reaccionariamente manifiesta, Volney llegó hasta a presentar su dimisión del cargo de Senador, que no le fué admitida.

Hastiado sin duda de la política, retiróse a su gabinete, y en aquella fecha fué cuando produjo sus más importantes obras filosóficas.

Nombrado Par de Francia por Luis XVIII en 4 de junio de 1814, si aceptó la distinción, hay que decirlo en su honor, no abdicó Volney de sus ideas políticas ni filosóficas.

Consecuente con ellas, confiando en la educación para el porvenir de una Humanidad mejor, en su testamento dejó un legado para constituir el premio Volney, consagrado a estimular los estudios de lingüística y de gramática comparada.

Volney murió en París en 25 de abril de 1820, a los setenta y siete años de una vida laboriosa y útil para la Humanidad, título que solo Las Ruinas, bastaría a concederle.

C. L.

INVOCACIÓN

¡Yo os saludo, ruinas solitarias, tumbas santas, muros silenciosos! Yo os invoco y os dirijo mi plegaria. Sí. Mientras que vuestro aspecto hace apartar espantadas las miradas del vulgo, mi corazón halla en contemplaros el encanto de los sentimientos profundos y de los pensamientos elevados. ¡Qué de lecciones útiles, qué de reflexiones interesantes no ofrecéis al espíritu que sabe consultaros! Vosotras, cuando esclavizada, la Tierra entera enmudecía ante los tiranos, proclamabais ya las verdades que detestan y, confundiendo los restos de los reyes con los del último esclavo, testimoniabais el santo dogma de IQUALDAD. Es en vuestro recinto en donde, amante solitario de la LIBERTAD, he visto aparecerme su genio, no como le pinta el insensato vulgo, armado de antorchas y de puñales, sino bajo el aspecto augusto de la JUSTICIA, llevando en sus manos la sagrada balanza en que son pesadas las acciones de los mortales en las puertas de la Eternidad.

¡Cuántas virtudes poseéis, oh, tumbas! Vosotras espantáis a los tiranos, emponzoñáis con secreto terror sus goces impíos; así huyen de vuestro aspecto incorruptible y llevan cobardemente lejos de vosotras el orgullo de sus palacios. Vosotras castigáis al opresor poderoso, despojáis del oro al concusionario avaro y vengáis a su débil víctima; compensáis las privaciones del pobre, erizando de cuidados el fausto del rico; con-

soláis al desventurado ofreciéndole un postrer asilo; dais, en fin, al alma ese justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría, la ciencia de la vida. Considerando que hay que restituíroslo todo, el hombre reflexivo no procura cargarse de vanas grandezas ni riquezas inútiles; mantiene su corazón en los límites de la equidad; y, no obstante, puesto que es menester que alimente su carrera, emplea los instantes de su existencia y usa de los bienes que le son concedidos. Así, ponéis un freno saludable al impetuoso arranque de la concupiscencia, calmáis el ardor febril de los placeres que turban los sentidos, dais descanso al ánimo en la fatigosa lucha de las pasiones y la eleváis por encima de los miserables intereses que atormentan a la muchedumbre. Y desde vuestras cumbres, abrazando el escenario de los pueblos y de las épocas, solo se despliega el espíritu a grandes efectos y no concibe sino ideas sólidas de gloria y virtud. ¡Ah! Cuando el sueño de la vida haya terminado, ¿de qué habrán servido sus agitaciones, si no dejan huella de utilidad?

¡Oh, ruinas! Yo volveré a recibir vuestras sabias lecciones; me reinstalaré en la paz de vuestras soledades, y allí, lejos del espectáculo desconsolador de las pasiones, amaré a los hombres en sus recuerdos, me ocuparé de su felicidad; y la mía consistirá en la idea de haberla apresurado.

Las Ruinas o meditación sobre las Revoluciones de los Imperios

I

El viaje

El año undécimo del reinado de Abd-ul-Hamid, hijo de Ahmedo, emperador de los turcos, cuando los rusos se apoderaron de Krimea y plantaron sus banderas en frente de Constantinopla, viajaba yo por el Imperio otomano, y recorría las provincias que en otros días formaron los reinos de Egipto y Siria.

Fijándome en lo que concierne a la felicidad de los hombres en el estado social, entraba en los pueblos y estudiaba sus costumbres; penetraba en los palacios, y observaba la conducta de los que gobiernan; me aventuraba por los campos, y examinaba la condición de los que los cultivan; y no viendo por todas partes sino bandolerismo y devastación, miseria y tiranía, oprimíase mi corazón de indignación y de pena.

Todos los días hallaba en mi ruta campos abandonados, pueblos desiertos y ciudades arruinadas; monumentos antiquísimos y reliquias de templos, palacios, fortalezas, columnas, acueductos y mausoleos; y este espectáculo me inclinó a meditar sobre los tiempos pasados, y suscitó en mí pensamientos graves y profundos.

Llegue a Hems, sobre las riberas del Oronto, y allí cerca de Palmira, en el desierto, resolví conocer por mi mismo sus monumentos tan ponderados; al cabo de tres días de marcha en las soledades más áridas

habiendo atravesado un valle lleno de grutas y de sepulturas, observé, al salir de este valle, una inmensa llanura con la escena más asombrosa de ruinas colosales: era una multitud innumerable de soberbias columnas, que, cual las alamedas de nuestros jardines, se extendían hasta perderse de vista en filas simétricas. Entre estas columnas había grandes edificios enteros medio destruídos. Por todas partes estaba el terreno lleno de vestigios semejantes, de cornisas, capiteles, fustes, entablamentos y pilastras, todo de mármol blanco y de un trabajo exquisito. Después de tres cuartos de hora de marcha a lo largo de estas ruinas, entré en el recinto de un vasto edificio, que fué antiguamente un templo dedicado al Sol; acepté la hospitalidad de unos pobres campesinos árabes que habían establecido sus chozas sobre el ara misma del templo, y resolví detenerme para apreciar en detalle la belleza de tantas y tan suntuosas obras.

Todos los días salía a visitar los monumentos diseminados en la llanura y una tarde me había adelantado hasta el Valle de los Sepulcros, subí a las alturas que lo rodean, y desde las cuales domina la vista las ruinas y la inmensidad del desierto. El sol se acababa de poner, y una zona rojiza marcaba todavía su huella en el horizonte lejano de los montes de Siria; la luna llena se levantaba sobre el Eufrates; el cielo estaba despejado; el aire, en calma; la luz, expirante del día minoraba el horror de las tinieblas, la frescura naciente de la noche calmaba la abrasada tierra, y los pastores habían retirado sus camellos; la vista no percibía ya movimiento alguno sobre la llanura monótona; un silencio profundo reinaba en el desierto, y sólo a intervalos remotos se oían los lúgubres acentos de

algunos pájaros nocturnos y de algunos chacales... Las sombras se aumentaban, y ya no distinguían mis ojos más que lo blanco de las columnas y los muros... Estos lugares solitarios, esta noche apacible, esta escena majestuosa, imprimieron en mi ánimo un recogimiento religioso. El aspecto de una gran ciudad desierta, la memoria de los pasados tiempos, la comparación del estado actual, todo elevó mi mente a las reflexiones más sublimes. Sentado sobre el fuste de una columna, apoyado el codo sobre mi rodilla, sostenida la cabeza con la mano, y dirigiendo mis miradas al desierto o sobre las ruinas, me abandoné a una meditación profunda.

II

La meditación

Aquí, decía yo, floreció en otro tiempo una ciudad opulenta y existió un imperio poderoso. Si, en estos mismos lugares, ahora tan desiertos, pululaba una multitud que animaba sus recintos y circulaba por estos caminos tan tristes y solitarios. En estos muros, donde reina un silencio tétrico, resonaron el eco de las artes y las risas de los regocijos. Estos mármoles amontonados formaban palacios; estas columnas derribadas, templos; estas galerías derruídas, plazas públicas. Allí, para los deberes de su culto y los cuidados de su subsistencia, afluí un gran pueblo; allí, una industria creadora de goces atraía las riquezas de todos los climas y cambiaba la púrpura de Tiro por el hilo de Serica; los blandos tejidos de Cachemira por los tapices fastuosos de Lydia; el ámbar de la Baltica por las perlas y los perfumes árabes; el oro de Ofir por el estaño de Thulé.

Y ahora ved lo que queda de aquella ciudad poderosa: un esqueleto lúgubre. Ved lo que queda de tan vasto dominio: un recuerdo vano y obscuro. A la algarazara del concurso que se oprimía bajo 'estos pórticos ha sucedido una soledad mortal. Al murmullo de las plazas públicas, ha sucedido el silencio de las tumbas. La opulencia de una ciudad comercial se ha trocado en pobreza repulsiva. Los palacios de los reyes se han convertido en refugio de fieras; pastan los rebaños en los atrios, y en los santuarios se desliza el reptil. ¡Cómo se disipó tanta gloria! ¡Cómo se esterilizaron tantos trabajos! ¿Es así, pues, como perecen las obras humanas y se desvanecen naciones e imperios?

Y la historia de los tiempos pasados se reprodujo en mi pensamiento. Recordé los tiempos antiguos en que veinte pueblos famosos habitaban estos lugares; me figuré al asirio en las riberas del Tigris; al caldeo, en las del Eufrates; al persa reinando desde el Indus al Mediterráneo. Evoqué los reinos de Damasc y Idumea, de Jerusalem y Samaria, y los belicosos Estados de los filisteos y las repúblicas comerciales de Fenicia. Esta Siria, me dije, hoy casi despoblada, contaba entonces cien populosas ciudades; sus campiñas estaban cubiertas de aldeas, granjas y cabañas. Por todas partes se veían campos cultivados, caminos frecuentados, habitaciones llenas de moradores... ¡Ah! ¿Qué se hicieron aquellas edades de abundancia y vida? ¿Qué tantas brillantes creaciones de la mano del hombre? ¿En dónde están las fortalezas de Ninive, los muros de Babilonia, los palacios de Persépolis, los templos de Balbeck y Jerusalem? ¿Dónde las flotas de Tyro, las canteras de Arad, los talleres de Sidon y la multitud de marineros, pilotos, comerciantes y soldados? Y esos

labradores, y cosechas, y rebaños, y toda esa creación inmensa de seres animados, de que se envanecía la superficie de la tierra, ¿dónde están?... ¡Ah! ¡Yo he recorrido esta tierra devastada!... He buscado los antiguos pueblos y sus obras magníficas, y sólo he visto rastros semejantes a los que deja el pie del caminante sobre el polvo movedizo: los templos y los palacios se desmoronaron, los puertos desaparecieron, los pueblos han sido destruídos, y la tierra, falta de habitantes, no es más que un espacio cubierto de sepulcros... ¡Gran Dios! ¿De dónde vienen tan funestas revoluciones? ¿Por qué causas ha mudado tanto la suerte de estas comarcas? ¿Por qué han desaparecido tantas ciudades? ¿Por qué no se ha reproducido y perpetuado su antigua población?

Incesantemente se presentaban a mi espíritu pensamientos nuevos. Todo, continuaba yo, extravía mi raciocinio y sume mi corazón en la incertidumbre. Cuando estas comarcas disfrutaban de lo que constituye la gloria y la felicidad, eran pueblos infieles los que las habitaban: eran los fenicios, sacrificadores homicidas de Molok, que reunían en estos muros las riquezas de todos los climas; los kaldeos, prosternados delante de una serpiente, que subyugaban ciudades opulentas, y despojaban los palacios de los reyes y los templos de los dioses; los persas, adoradores del fuego, que recogían los tributos de cien naciones; los habitantes de esta misma ciudad, adoradores del sol y de los astros, que elevaban tantos monumentos de prosperidad y de lujo... Ganados numerosos, campos fértiles, cosechas abundantes, todo cuanto debiera ser el premio de la piedad, se hallaba en poder de estos idolatras; y ahora que los pueblos creyentes y santos

ocupan montañas, todo se ha convertido en desierto y esterilidad. La tierra no produce sino abrojos y espinas bajo estas manos benditas. El hombre siembra con afanes y sólo cosecha inquietudes y lágrimas; la guerra, el hambre y la peste alternativamente. Y, sin embargo, ¿no son estos los hijos de los profetas? ¿Este musulmán, este cristiano, este judío, no son los pueblos elegidos del cielo, colmados de gracias y milagros? ¿Por qué no gozan de los mismos favores estas castas privilegiadas? ¿Por qué estas tierras, santificadas con la sangre de los mártires, se ven privadas de los beneficios antiguos?

Y siguiendo mi espíritu el curso de las vicisitudes que han transmitido alternativamente el cetro a pueblos tan diversos en cultos y costumbres, desde los del Asia antigua hasta los modernos de Europa, este nombre de una tierra natal, despertó en mí el sentimiento de la patria; y volviendo mis ojos hacia ella, fijé mis ideas en la situación en que la había dejado.

Me acordé de sus campos tan ricamente cultivados, de sus caminos suntuosamente trazados, de sus ciudades habitadas por inmenso pueblo, de sus escuadras esparcidas por todos los mares, de sus puertos cubiertos de los tributos de una y otra India, y comparando con la extensión de su comercio, la actividad de su navegación, la riqueza de sus monumentos, las artes y la industria de sus habitantes, todo lo que Egipto y Siria pudieron poseer, me complacía en hallar el esplendor pasado del Asia en la Europa moderna; pero pronto se disipó el encanto de mi sueño. Reflexionando cuál había sido en otros tiempos la actividad de los lugares que yo contemplaba, ¿quién sabe, dije, si no será igual dentro de algunos años el

abandono de nuestros países, si sobre las orillas del Sena, del Támesis y del Zwidertzée, donde actualmente no basta el corazón a la multitud de sensaciones en el torbellino de tantos placeres? ¿Quién sabe si un viajero como yo no se sentará algún día solitario sobre las ruinas silenciosas y no llorará sobre las cenizas de los pueblos y la memoria de su grandeza?

Se inundaron mis ojos de lágrimas y cubriéndome la cabeza con mi capa, me absorbí en meditaciones tristes sobre las cosas humanas. ¡Ah! ¡Desgraciado del hombre!—exclamé—. La fatalidad se burla de su suerte, una necesidad funesta rige a la ventura el destino de los mortales. Pero no, no; son los decretos que se cumplen de una justicia divina; un dios misterioso ejerce sus juicios incomprensibles. Sin duda. El ha lanzado contra esta tierra un anatema secreto; en venganza de las generaciones pasadas, ha descargado su maldición terrible sobre las presentes. ¿Quién osará escudriñar los arcanos del Altísimo?

Y quedé inmóvil y absorto en profunda melancolía.

III

El fantasma

A este tiempo hirió mis oídos un ruido semejante al de una ropa flotante y al de una marcha pausada sobre yerbas secas y crugientes; levanté mi capa y mirando con espanto, creí distinguir en el claro-oscuro de la luna y por entre las columnas de un templo un fantasma blanquecino, envuelto en amplio manto y semejante a los espectros que se pintan saliendo de las tumbas. Me estremecí, y mientras que sobrecogido de espanto vacilaba entre el deseo de huir y de saber

lo que era, los graves acentos de una voz profunda me hicieron oír lo que sigue:

«¿Hasta cuándo importunará el hombre a los cielos con sus quejas? ¿Hasta cuándo, en sus clamores vanos, acusará a la suerte de ser causa de sus infortunios? ¿Estarán siempre sus ojos cerrados a la luz y su corazón a las insinuaciones de la verdad y la razón? Por todas partes se le presenta esta verdad luminosa y no quiere distinguirla; el grito de la razón hiere sus oídos y no lo escucha. ¡Hombre injusto! Si puedes por un instante desprenderte del prestigio que fascina tus sentimientos; si tu corazón es capaz de comprender el lenguaje del raciocinio, interroga esas ruínas, lee las lecciones que te presentan. Y vosotros, testigos de veinte siglos, templos santos, sepulcros venerandos, muros otro tiempo gloriosos, compareced ante la causa de la naturaleza; venid al juicio de un entendimiento recto a deponer contra una acusación injusta, a confundir las declamaciones de una falsa sabiduría o de una piedad hipócrita, y vengad los cielos y la tierra del hombre que los calumnia.

»¿Quién es esa ciega fatalidad que sin regla y sin leyes se burla de la suerte de los mortales? ¿Dónde está esa maldición divina que perpetúa la desolación de estos campos? Decid, monumentos de los tiempos pasados, han variado acaso los cielos sus leyes ni la tierra el curso de su marcha? ¿El sol ha apagado los fuegos que vivifican el orbe? ¿Los mares no elevan ya las nubes? ¿Las lluvias y los rocíos se quedan estancados en el aire? ¿Las montañas retienen sus manantiales? ¿Se han secado los riachuelos? ¿Y las plantas están privadas de semillas y de frutos? Responded, raza de mentira y de iniquidad: ¿ha turbado Dios aquel

orden primitivo y constante que asignó él mismo a la Naturaleza? ¿Ha negado el cielo a la tierra, ni la tierra a sus habitantes, los bienes que antes les concedieron? Si nada ha variado en la creación; si subsisten los mismos medios que existieron, ¿en quién consistió que las generaciones presentes no sean lo que las antiguas? ¡Ah! ¡Y cuán injustamente acusáis a la suerte y a la divinidad de la causa de vuestros males! Dí, raza perversa e hipócrita: si estos lugares están desolados, y estas ciudades poderosas se han convertido en soledades, ¿es Dios el causante de su ruína? ¿Es su mano la que ha destruído estas murallas, derribado estos templos y mutilado estas columnas, o es la mano del hombre? ¿Es el brazo de Dios el que ha llevado el acero a los pueblos, el fuego a los campos, el que ha matado el pueblo, incendiado las mieses, arrancado los árboles y talado los campos, o es el brazo del hombre furibundo?... Cuando, después de la devastación de las cosechas, ha sobrevenido el hambre, ¿es la venganza de Dios la que la ha producido, o el furor insensato de los hombres? Si la peste se ha seguido, ¿es la cólera de Dios la que la ha enviado, o la imprudencia del hombre? Cuando la guerra, el hambre y la peste han segado a los hombres y la tierra ha quedado desierta, ¿es Dios el que la ha despoblado? ¿Es su eodicia la que devasta la tierra productiva y aniquila sus frutos, o la codicia de los que gobiernan? ¿Es su orgullo el que promueve las guerras homicidas, o el de los reyes y sus ministros? ¿Es la venalidad de sus decisiones la que destruye la fortuna de las familias, o la venalidad de los órganos de las leyes? ¿Son, en fin, sus pasiones las que atormentan a los individuos y a los pueblos, o son las de los hombres? Y si

en las angustias de sus males no encuentran los remedios, ¿es la ignorancia de Dios la que debe culparse o la suya? Cesad, pues, ¡oh, mortales!, de acusar a la fatalidad de la suerte, o a los juicios de la divinidad. Si Dios es bueno, ¿podrá ser autor de vuestro suplicio? Si justo, ¿será cómplice de vuestras iniquidades? No; la fatalidad de que el hombre se queja no es la del Destino; la obscuridad en que su razón se extravía no es la de Dios; el origen de sus calamidades está sobre la tierra; no se oculta en el seno de la Divinidad, sino que reside en el hombre mismo, y la lleva en su corazón.

»Murmuras, y dices: ¿Cómo es posible que los pueblos infieles hayan gozado de los beneficios de los cielos y de la tierra? ¿Y cómo que unas generaciones santas sean menos felices que pueblos simples? ¡Hombre obcecado!, ¿donde está la contradicción que te escandaliza? ¿Dónde el enigma que atribuyes a la justicia de los cielos? Yo te entrego la balanza del premio y del castigo, de las causas y los efectos. Dime: cuando estos infieles observaban las leyes del cielo y de la tierra, cuando arreglaban sus labores según las estaciones y el curso de los astros, ¿debía Dios trastornar el equilibrio del mundo para burlarse de su prudencia? Cuando cultivaban estos campos con esmero y fatiga, ¿debía negarles las lluvias y el rocío y hacer crecer sólo espinas? Cuando para fertilizar este suelo, su industria construía acueductos, abría canales y traía, atravesando los desiertos, las aguas distantes, ¿debía secar las fuentes de las montañas, arrancar las mieses, devastar los campos que la paz poblaba, destruir las ciudades que el trabajo engrandecía y turbar el orden establecido por la sabiduría del hombre? ¿Y

qué es esa infidelidad que fundó los imperios por la prudencia, los defendió por el valor, los afirmó por la justicia; que levantó ciudades, formó puertos, desecó marismas, cubrió la mar de naves, la tierra de habitantes, y semejante al espíritu creador esparció el movimiento y la vida sobre el mundo? Si tal es la impiedad, ¿qué será la verdadera creencia? ¿La santidad consiste en destruir? El Dios que puebla el aire de aves, la tierra de animales, las ondas de reptiles, que anima la naturaleza, ¿es Dios de sepulcros y ruinas? ¿Pide la devastación por homenaje, y por sacrificio los incendios? ¿Quiere por himnos gemidos, homicidas por adoradores, por templo un mundo desierto y asolado? He aquí, sin embargo, castas santas y fieles, cuáles son vuestras obras; he aquí los frutos de vuestra decantada piedad. Habéis asesinado los pueblos, quemado las ciudades, destruído las mieses, convertido la tierra en soledad, ¡y pedís ahora el salario de vuestras obras! ¡Será forzoso resucitar a los labradores que habéis degollado, levantar los muros que habéis destruído, reproducir las mieses que habéis asolado, reunir las aguas que habéis esparcido y contrariar, en fin, todas las leyes de los cielos y la tierra! Leyes establecidas por Dios mismo en demostración de su magnificencia y su grandeza; leyes eternas, anteriores a todos los códigos y a todos los profetas; leyes inmutables que no pueden alterar ni las pasiones ni la ignorancia del hombre. Pero la pasión que las desconoce, la ignorancia que no observa las causas, que no prevé los efectos, han dicho en la necedad de su corazón: «Todo viene del acaso; una ciega fatalidad derrama el bien y el mal, sin que la prudencia o el saber puedan remediarlo». O bien adoptando un len-

juaje hipócrita: «Todo viene de Dios, que se complace en engañar la sabiduría o en confundir la razón». Y la ignorancia se ha aplaudido en su malignidad. «Así—ha dicho—, yo me igualaré a la sabiduría, que me ofende; haré inútil la prudencia, que me fatiga e importuna.» Y la codicia añade: «Así, oprimiré al débil, devoraré los frutos de sus trabajos y podré decir: «Dios es el que lo ha decretado, es la suerte la que lo ha querido.» Mas yo juro por las leyes del cielo y de la tierra, que el hipócrita no podrá lograr su iniquidad ni el injusto su feroz intento. Antes cambiará el sol su curso que la necedad prevalezca sobre la inteligencia y el saber, y que la ceguera pueda más que la prudencia en el arte delicado y profundo de proporcionar al hombre sus placeres verdaderos y de sentar su felicidad sobre bases sólidas».

IV

La exposición

Así habló el fantasma; y sobrecogido con este discurso, y agitado el corazón por diferentes sensaciones, permanecí largo tiempo silencioso. Al fin, como animándome a hablar, dije: «¡Oh, Genio de las tumbas y las ruinas! Tu presencia y tu severidad han turbado mis sentidos; pero la exactitud de tus discursos devuelve la confianza a mi alma; perdona mi ignorancia. ¡Ah! Si el hombre es ciego, ¿será posible que lo que causa su tormento constituya todavía su delito? Yo he podido desconocer la razón, pero no la he despreciado después de conocida. Si lees en mi corazón, sabes cuánto deseo la verdad, que la solicito con ansia... ¿No es en su busca por lo que me ves en estos parajes solitarios? ¡Ay de mí! Yo he recorrido la tierra, y viendo en todas partes la miseria y la desolación, el sentimiento

de los males que atormentan a mis semejantes ha afligido mi alma. Yo me he preguntado suspirando: ¿El hombre ha sido criado para las angustias y el dolor? Y he aplicado mi espíritu a la meditación de nuestros males para descubrir sus remedios. Yo me separaré, he dicho, de las sociedades corrompidas; me alejaré de los palacios, en que el alma se deprava por la saciedad, y de las cabañas, donde se envilece por la miseria. Iré a vivir al desierto, entre las ruinas, e interrogaré a los monumentos antiguos sobre la sabiduría de los tiempos pasados; invocaré en las tumbas el espíritu que formó el esplendor de los Estados y la gloria de los pueblos de Asia. Preguntaré a las cenizas de los legisladores por qué se elevan y decaen los Imperios, de qué causas nacen la prosperidad y las desgracias de las naciones, y, en fin, sobre qué principios deben establecerse la paz de las sociedades y la felicidad de los hombres.»

Callé, y bajando los ojos oí la respuesta que sigue del Genio respetable. «La paz, dijo, y la felicidad descienden sobre aquel que practica la justicia. ¡Oh, joven! Pues que tu corazón busca la verdad con rectitud, puesto que tus ojos pueden todavía reconocerla a través de la venda de los prejuicios, tus ruegos no serán inútiles: expondré a tu vista esa verdad porque suspiras, a tu razón la sabiduría que reclamas, y te revelaré los secretos de las tumbas y la ciencia de los siglos...» Entonces, acercándose y poniendo su mano sobre mi cabeza: «Levántate, mortal, dijo, y levanta tus sentidos del polvo en que te arrastras...» Y, repentinamente, penetrado de un fuego celestial, me pareció que sentía romperse los lazos que nos ligan a la tierra, y que cual un vapor ligero arrebatado por el vuelo del genio, me

veía transportado a regiones superiores. Allí, en lo más alto, bajando mis ojos a la tierra, percibí una escena nueva. En el espacio, bajo mis pies, un globo semejante al de la luna, pero menos grande y luminoso, me presentaba una de sus faces: esta faz tenía el aspecto de un disco sembrado de grandes manchas; unas, blancas y nebulosas; otras, verdes y oscuras; y entretanto que yo me esforzaba en descubrir lo que eran estas manchas: «Hombre que buscas la verdad, me dijo el Genio conductor, ¿reconoces este espectáculo?» ¡Oh, Genio!, respondí, si no viese en la otra parte el globo de la luna tomaría éste por aquél, porque tiene las mismas apariencias de este planeta visto con el telescopio en la sombra de un eclipse; cualquiera diría que estas diversas manchas son mares y continentes.» «Si, respondió, son mares y continentes, y los mismos del hemisferio que habitas.» «¡Cómol, exclamé. ¿Esa es la tierra donde viven los mortales?» «Sí, repuso. Ese espacio nebuloso que ocupa irregularmente una gran porción del disco y le ciñe casi por todas partes es lo que llamáis el Océano, que desde el polo del Sur, adelantándose hacia el Ecuador, forma, primero, el gran golfo de la India y del Africa, después se prolonga al Oriente a través de las islas Malayas hasta la Tartaria, al paso que por el Oeste envuelve los continentes de Africa y Europa hasta el norte de Asia.

»Bajo nuestros pies se halla esa península cuadrada, que es la región árida de los árabes; a su izquierda, ese gran continente, casi desnudo en su interior y verdoso en sus extremos, es el suelo abrasado que habitan los hombres negros. Al Norte, más allá de un mar irregular, estrecho y largo, están las tierras de Europa,

rica en praderas y en campos cultivados; a su derecha, desde el Caspio, se extienden las llanuras nevadas e incultas de la Tartaria. Volviendo hacia nosotros, este espacio blanquecino es el vasto y triste desierto de Cobi, que separa la China del resto del mundo. Esas lenguas de tierra y esos puntos separados son las penínsulas y las islas de los pueblos malayos, tristes poseedores de los aromas y perfumes. Ese triángulo que avanza en el mar es la península demasiado célebre de la India. Ves el curso tortuoso del Ganges, las ásperas montañas del Tibet, el valle delicioso de Kachemir, los desiertos salinos del Persa, las riberas del Eufrates y el Tigris, el curso profundo del Jordán y los canales del Nilo solitario...»

«¡Oh, Genio, dije, interrumpiéndole. La vista de un mortal no alcanza a distinguir esos objetos tan lejanos. Al instante me tocó los ojos, que se hicieron más perspicaces que los del águila; y, a pesar de ello, los ríos no me parecían todavía sino cintas sinuosas, las montañas surcos tortuosos y las ciudades tableros de damas.

Y el Genio me dijo: «Esos montones de piedras labradas que percibes en el valle estrecho que el Nilo fecundiza, son los esqueletos de los palacios y los templos de que se enorgullecía la antigua Etiopía. He allí los vestigios de su metrópoli primitiva, la Thebas de los cien palacios, donde nacieron las leyes, las ciencias y las artes, cuna misteriosa de tantas opiniones como sin saberlo, rigen todavía a los pueblos. Más abajo, esos bloques son las pirámides cuyas masas enormes te han sorprendido; más allá, esa ribera que guarnece el mar y una cadena de montañas, fué la mansión de los pueblos fenicios; allí estuvieron las

ciudades poderosas de Tiro, Sidon, Ascalon, Gaza y de Berites. Ese hilo de agua sin salida es el Jordán, y esas rocas áridas fueron teatro de sucesos que hicieron mucho ruido en el mundo. He allí aquel desierto de Horeb y aquel Monte Sinaí, donde, por medios que el vulgo ignora, un hombre atrevido y de ingenio profundo fundó instituciones que han influido sobre toda la especie humana. En la árida playa confinante no percibes resto de esplendor, y, sin embargo, fué depósito de riquezas. Aquí estaban aquellos puertos idumeos desde donde las flotas hebreas y fenicias, costeando la península árabe, se dirigían al golfo Pérsico para tomar en él las perlas de Hevila y el oro de Saba y de Ofir; sobre aquella costa de Oman y de Bahrain se hallaba el centro de este comercio de lujo, que hizo la fortuna de los antiguos pueblos; allí es donde venían a parar los aromas y las piedras preciosas de Ceilán, los chales de Kachemir, los diamantes de Golconda, el ámbar de las Maldivas, el almizcle del Tibet, el acibar de Cochin, los monos y pavos reales de la India, el incienso de Hadramaút, la mirra, la plata, el polvo de oro y el marfil de Africa; de allí es de donde estos objetos transportados por el mar Rojo aumentaron la opulencia de Thebas, Sidon, Menfis y Jerusalén; y otras veces, subiendo por el Tigris y el Eufrates, suscitaron la actividad de las naciones asirias, medas, kaldeas y persas; y estas riquezas, según su uso ó abuso, realzaron o destruyeron su dominación. He aquí el manantial que producía la magnificencia de Persépolis, cuyas columnas descubres: de Ecbatana, cuyo séptuplo recinto está destruído; de Babilonia, que sólo conserva montones de tierra removida; de Nínive, cuyo nombre apenas subsiste; de

Tapsaques, de Anatho y de Gerra y de esta desolada Palmira. ¡Oh, nombres por siempre gloriosos!, ¡oh, campos célebres!, ¡oh, recintos memorables!, ¡qué lecciones profundas ofrece vuestro aspecto presentel, ¡cuántas verdades sublimes están escritas sobre la superficie de esta tierra! Recuerdos de tiempos pasados, venid a mi memoria; lugares testigos de la vida del hombre en tantas edades, representadme las revoluciones de su fortuna, decid a qué causas debió sus venturas y sus desgracias; descubridle el origen de sus males; rectificad sus juicios con la vista de sus errores; enseñadle su propia sabiduría, y que la experiencia de las generaciones pasadas forme un cuadro de instrucción y un germen de felicidad para las presentes y futuras.

V

Condición del hombre en el Universo

Después de algunos momentos de silencio volvió el Genio a hablar:

«Ya he dicho: el hombre atribuye en vano sus desgracias a agentes oscuros e imaginarios; en vano busca causas misteriosas y extrañas a sus males; no hay duda que su condición está sujeta a varios inconvenientes en el orden general del Universo, que su existencia está dominada por potencias superiores; pero éstas no son ni los decretos de un destino ciego ni los caprichos de seres fantásticos; lo mismo que al mundo, rigen al hombre leyes naturales, regulares en su curso, consiguientes en sus efectos, inmutables en su esencia; y estas leyes, manantial común de los bienes y los males, no están escritas en los astros u ocultas en códices misteriosos; inherentes a la natura-

leza de los seres, se presentan al hombre en todo tiempo y lugar, obran sobre sus sentidos, advierten su inteligencia y proporcionan a cada acción su pena y su recompensa. Conozca el hombre esas leyes; comprenda la naturaleza de los seres que le rodean y su naturaleza propia, y conocerá los motores de su suerte y sabrá las causas de sus males y sus remedios.

Cuando la potencia desconocida que anima el Universo y formó el globo que el hombre habita, imprimió a los seres propiedades esenciales que constituyeron la regla de sus movimientos individuales, el lazo de sus relaciones recíprocas y la causa de la armonía del conjunto. Así estableció un orden de causas y efectos, de principios y consecuencias, que bajo apariencia de acaso gobierna el mundo y mantiene el equilibrio del Universo; así la potencia desconocida dió al fuego el movimiento y la actividad, al aire lo hizo elástico, pesada y densa a la materia; formó el viento más ligero que el agua, el metal más pesado que la tierra, y la madera menos compacta y tenaz que el acero; ordenó que la llama subiese, que la piedra bajase y que las plantas vegetasen: al hombre, queriendo exponerle al choque de tantos seres diversos y al mismo tiempo preservar su frágil vida, le dió la facultad de sentir. Por ella, toda su acción nociva a su existencia le produjo una sensación de mal y de dolor, y toda acción favorable, una sensación de bienestar y de placer. Por estas sensaciones, el hombre huyendo ya de lo que hiere sus sentidos, ya arrastrado hacia lo que los halagan, ha necesitado amar. Por lo tanto, el amor de sí mismo, el deseo del bienestar, la aversión del dolor, han sido las leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre

por la Naturaleza y que, semejantes a las del movimiento en el mundo físico, han venido a ser el principio sencillo y fecundo de todo lo que ha pasado en el mundo moral.

Tal es, pues, la condición del hombre: por una parte, sometido a la acción de los elementos que le rodean, está sujeto a males inevitables; y si en este principio se ha mostrado severa la Naturaleza, por otra parte justa y aun indulgente, ha templado no sólo sus males con bienes positivos, sino que le ha dado el poder de aumentar unos y de disminuir otros, pareciendo decirle: «Débil obra de mis manos, nada te debo, y te doy la vida; el mundo en que te coloco no fué hecho para ti, y sin embargo, te concedo lo disfrutes; le hallarás mezclado de bienes y de males; a ti toca distinguirlos; a ti guiar tus pasos con acierto en los senderos de flores y espinas. Sé tú mismo el árbitro de tu suerte.» Sí, seguramente: el hombre se ha hecho el autor de su destino; él mismo ha creado alternativamente los reveses y los sucesos de su fortuna; y si tiene motivos para quejarse de su debilidad o su imprudencia, al considerar de qué principios ha partido y a qué altura ha sabido elevarse, tal vez tiene más derechos a presumir de su fuerza y a envanecerse de su ingenio.

VI

Estado original del hombre

Formado el hombre en su origen desnudo de espíritu y de cuerpo, se halló echado por el acaso sobre una tierra agreste y confusa; huérfano abandonado por la potencia desconocida que le había producido, no vió a su lado seres bajados de los cielos para advertir las necesidades que no debe sino a sus sentidos, ni

para instruirle en los deberes que nacen únicamente de sus necesidades. Semejante a los demás animales, sin experiencia de lo pasado, sin previsión de lo futuro, vagó por los bosques, guiado por la Naturaleza: el hambre le inclinó a los alimentos, y proveyó a su subsistencia; las intemperies le inspiraron el deseo de cubrir su desnudez; por el atractivo de un placer poderoso se acercó a un ser parecido, y perpetuó su especie...

Así, las impresiones que recibió de cada objeto, despertando sus facultades, desenvolvieron por grados su entendimiento y comenzaron a instruir su ignorancia; sus necesidades suscitaron su industria, sus peligros formaron su valor; aprendió a distinguir las plantas útiles de las dañinas, a combatir los elementos, a sujetar los animales, a defender su vida, y de este modo alivió su miseria.

El amor de sí mismo, la aversión al dolor, el deseo del bienestar fueron los móviles sencillos y poderosos que le sacaron del estado salvaje en que la Naturaleza le había colocado; y cuando al presente se halla su vida sembrada de placeres, cuando puede contar cada día por alguna dulzura, tiene el derecho de felicitarse y decir: «Yo soy el que ha producido los bienes que me rodean; yo soy el autor de mi felicidad; habitación cómoda, vestidos apropiados, alimentos sanos y abundantes, campos placenteros, colinas fértiles, imperios populosos, todo es obra de mi ingenio; sin mí esta tierra, abandonada al desorden, sería una marisma inmundada, un bosque salvaje o un desierto espantoso»... ¡Sí, hombre creador, recibe un homenaje! Tú has llegado a medir la extensión de los cielos; tú has conseguido calcular la masa de los astros; tú has logrado

apoderarte del rayo de las nubes, dominar el mar y las tormentas y sujetar los elementos. ¡Cómo tantos rasgos sublimes han podido mezclarse con tantos extravíos!»

VII

Principios de las sociedades

Los primeros hombres, errantes en los bosques y en las orillas de los ríos, empleados en la caza y la pesca, rodeados de riesgos, asediados por los enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles, y acosados por las bestias feroces, debieron sentir su debilidad individual; y movidos de una necesidad común de seguridad y de un sentimiento recíproco de los mismos males, reunieron sus medios y sus fuerzas, y se asociaron para asegurar su existencia, aumentar sus facultades y proteger sus goces; y el amor de sí mismo fué el principio de la sociedad.

Instruidos después por la prueba repetida de diversos accidentes, por las fatigas de una vida vagabunda, por las inquietudes de frecuentes hambres, se dijeron: «¿Por qué hemos de emplear nuestros días en buscar frutos esparcidos sobre una tierra estéril? ¿Por qué hemos de aniquilarnos persiguiendo presas que suelen escapárenos en los bosques y los ríos? ¿Por qué no reunir bajo nuestra mano los animales que nos sustentan? ¿Por qué no hemos de aplicar nuestros cuidados a su multiplicación y defensa? Nos alimentaremos entonces con sus productos; nos vestiremos de sus despojos y viviremos exentos de las fatigas del día y de los cuidados de los futuros».

Y los hombres, ayudándose, cogieron al cabrito ligero, la oveja tímida, el camello paciente, el toro indómito, el caballo fogoso, y comenzaron a gozar del

reposo de las comodidades; y el amor de sí mismo, principio de todo raciocinio, fué motor de todas las artes y todos los placeres.

Así que los hombres pudieron pasar los días entregados al reposo y en la comunicación de sus ideas, dirigieron sobre la tierra, los cielos y su propia existencia, su reflexión: observaron el curso de las estaciones, la acción de los elementos, las propiedades de los frutos y las plantas, y aplicaron su espíritu a multiplicar sus goces. Y habiendo observado que ciertas semillas contenían en pequeño volumen una substancia sana, esparcieron sobre la tierra el trigo, la cebada y el arroz, que fructificaron; y habiendo encontrado el medio de obtener en pequeño espacio, y sin mudar de sitio, muchas subsistencias e infinitas provisiones, construyeron viviendas estables, formaron aldeas y ciudades, y más adelante naciones numerosas; y el amor de sí mismo produjo el desarrollo del ingenio y del poder.

«De este modo, y con el único auxilio de sus facultades, ha sabido elevarse el hombre a la asombrosa altura de su fortuna presente. Y hubiera sido muy dichoso si, observando escrupulosamente la ley impresa a su ser natural, hubiese llenado con fidelidad su único objeto. Pero, por una imprudencia funesta, habiendo unas veces desconocido y otras traspasado sus límites, se ha extraviado en un laberinto de errores e infortunios; y el amor de sí mismo, unas veces desordenado, otras ciego, ha venido a ser principio fecundo de calamidades.»

Origen de los males de las sociedades

En efecto: así que los hombres pudieron desenvolver sus facultades, enagenados por el atractivo de los objetos que halagan los sentidos, se entregaron a los deseos más desenfrenados. No les bastó ya la medida de las dulces sensaciones que la Naturaleza había ligado a sus verdaderas necesidades: no contentos con los bienes que les ofrecía la tierra o producía su industria, quisieron acumular goces, y codiciaron los que poseían sus semejantes. Y un hombre fuerte se levantó contra otro débil para arrebatarle el fruto de sus fatigas; y el débil convocó a otro débil para resistir a la violencia; y dos fuertes se dijeron: «¿A qué fatigar nuestros brazos para producir lo que se encuentra en poder de los débiles? ¡Unámonos y despojémosles! ¡Ellos trabajarán por nosotros!» Y se atormentaron los hombres recíprocamente; y se estableció sobre la tierra una discordia funesta, en la cual, reproduciéndose las pasiones bajo mil formas diversas, no han cesado de formar un encadenamiento sucesivo de calamidades.

Así, ese amor propio que, moderado y prudente, era principio de felicidad y perfección, convertido en ciego y desordenado se transformó en veneno corruptor: y la codicia, hija de la ignorancia, se ha hecho causa de todos los males que han desolado la tierra.

Ignorancia y codicia; he aquí el origen de todos los tormentos de la vida. En ellas consisten las ideas falsas de la felicidad, y que desconocidas o quebrantadas las leyes de la Naturaleza en sus relaciones con los objetos exteriores, se haya violado la moral indi-

vidual; en ellas consiste que cerrando el corazón a toda compasión y su espíritu a la equidad, haya el hombre vejado y afligido a su semejante, y violado la moral de la sociedad. Por la ignorancia y la codicia, ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu, y la tierra se ha vuelto teatro sangriento de discordia y latrocinio. Por la ignorancia y la codicia se han desunido los ciudadanos y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y esclavos. Por ellas, unas veces insolentes y audaces los jefes de una nación, han forjado las cadenas, y la codicia mercenaria ha fundado el despotismo político; otras, hipócritas y astutos, han hecho bajar del cielo poderes mentirosos y un yugo sacrílego. La crédula avaricia ha fundado el despotismo religioso. Por ellas, en fin, se han desnaturalizado las ideas del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, de la virtud y del vicio; y las naciones se han extraviado en un laberinto de errores y de calamidades. ¡La codicia del hombre y su ignorancia!... He aquí los genios malignos que han perdido la tierra, los decretos del acaso que han derrocado los imperios, los anatemas que han destruído estos muros en otros tiempos tan gloriosos y convertido el esplendor de una ciudad populosa en una soledad de luto y ruinas. Pero supuesto que fué del seno del hombre de donde salieron todos los males que le han desgarrado, en él fué donde debió encontrar los remedios y en él es donde deben buscarse.

IX

Origen de los gobiernos y de las leyes

No tardó en llegar el tiempo en que fatigados los hombres de los males que recíprocamente se causa-

ban, suspiraron por la paz; y reflexionando sobre sus infortunios y las causas que los producían, dijeron: «Nos dañamos con nuestras pasiones; y por querer cada uno apoderarse de todo, ninguno posee: lo que hoy quita uno, mañana se lo arrebatan. Instituyamos árbitros que diriman nuestras discordias. Cuando el fuerte se levantara contra el débil, el árbitro le reprimirá y dispondrá de nuestros brazos para contener la violencia; y la vida y las propiedades de cada uno se hallarán bajo la custodia y la protección comunes, y todos gozaremos de los bienes de la Naturaleza.»

Así se formaron en las sociedades convenios tácitos o expresos, que vinieron a ser regla de las acciones de los particulares, medida de sus derechos ley de sus relaciones recíprocas; y se pusieron delante algunos hombres para hacerlas observar, y el pueblo les entregó la balanza para pesar los derechos, y la espada para castigar las transgresiones.

Entonces se estableció entre los individuos un feliz equilibrio de fuerzas y de acción que constituyó la seguridad común. El nombre de equidad y justicia fué reverenciado sobre la tierra; todo hombre pudo gozar en paz de los frutos de su trabajo, se dedicó enteramente a los movimientos de su alma; y suscitada y sostenida su actividad por la esperanza o por la verdadera posesión de los placeres, hizo germinar las riquezas del Arte y la Naturaleza; los campos se cubrieron de mieses; los valles, de ganados; las colinas, de frutos; el mar, de buques, y el hombre fué feliz y poderoso sobre la tierra.

De esta suerte, el desorden que produjo su imprudencia lo reparó su misma sabiduría. Para asegurar sus propios goces respetó los ajenos; y la codicia

halló su correctivo en el amor ilustrado de sí mismo.

Por consecuencia, el amor de sí mismo, móvil eterno de todo individuo, vino a ser la base necesaria de toda sociedad; y de la observancia de esta ley natural, dependió la suerte de las naciones. Cuando las leyes ficticias y convencionales llenaron su destino, el hombre, movido por un instinto poderoso, desplegó las facultades de su ser; y de la multitud de felicidades particulares se compuso la felicidad pública. Pero cuando estas leyes coartaron la tendencia del hombre hacia su felicidad, privado su corazón entonces de los móviles verdaderos, se debilitó en la inacción, y el decaimiento de los individuos produjo la debilidad pública.

Así que, como el amor de sí mismo instiga sin cesar al hombre contra su semejante y tiende a disolver la sociedad, el arte de las leyes y la virtud de sus agentes deben templar el conflicto de las pasiones y asegurar a cada uno su bienestar a fin de que en el choque de sociedad con sociedad tengan todos los miembros un mismo interés en la conservación y en la defensa de la causa pública.

La prosperidad de los imperios ha dependido de la equidad de los gobiernos y las leyes; y su poder ha tenido por medida en lo exterior el número de los intereses particulares y el grado de adhesión a la cosa pública.

Por otra parte, habiendo hecho la multiplicación de los hombres difícil el señalamiento de sus derechos recíprocos, por la complicación de sus relaciones; habiendo suscitado la lucha perpetua de sus pasiones incidentes imprevistos; habiendo sido los convenios viciosos, insuficientes o nulos, y, en fin, habiendo ya

desconocido, ya ocultado su objeto los autores de las leyes y dejándose arrastrar sus ministros por su codicia, se introdujo en las sociedades el desorden; y el vicio de las leyes e injusticia de los gobiernos, derivados de la codicia y la ignorancia, han sido los móviles de las desgracias de los pueblos y del trastorno de los Estados.

X

Causas generales de la prosperidad de los Estados antiguos.

Tales han sido, ¡oh joven que buscas la sabiduría! las causas de las revoluciones de estos antiquísimos Estados, cuyas ruinas contemplas. En todas partes se ofrecen a mi espíritu los mismos principios de fomento y destrucción de esplendor y decadencia. Si un pueblo es poderoso, si su imperio prospera es porque las leyes convencionales son conformes a las de la Naturaleza; porque el Gobierno proporciona a los hombres el uso libre de sus facultades, la seguridad igual de sus personas y de sus propiedades. Si, al contrario, un imperio se arruina o se disuelve, es porque las leyes son viciosas e imperfectas o porque el gobierno corrompido las quebranta. Y si las leyes o los gobiernos se depravan después, esta alternativa de bien y de mal depende de la naturaleza del corazón humano, de la sucesión de sus inclinaciones, del progreso de sus conocimientos y de la combinación de las circunstancias y de los acontecimientos, como lo prueba la historia de la especie.

En la infancia de las naciones, cuando los hombres vivían aun en los bosques, sujetos a las mismas necesidades y dotados de las propias facultades, eran casi iguales en fuerzas; y esta igualdad fué fecunda y ven-

tañosa en la organización de las sociedades; siendo cada individuo independiente de otro, ninguno fué esclavo ni tuvo la pretensión de ser dominador. El hombre nuevo ni conocía la servidumbre ni la tiranía; provisto de los medios suficientes a su bienestar, no penso en adquirir otros. No debiendo ni exigiendo nada, juzgaba de los derechos ajenos por los suyos, y tenía ideas exactas de la justicia; ignorando el arte de gozar, no sabía producir sino lo necesario; y por falta de superfluidades estaba aletargada la codicia; mas si ésta se atrevía a despertar, la resistía con vigor el hombre a quien querían privar de lo preciso, y la sola opinión de esta resistencia conservó un justo equilibrio.

Así, pues, la igualdad original, a falta de convenios, mantenía la libertad de las personas, la seguridad de las propiedades, las buenas costumbres y el orden. Cada uno trabajaba por sí y para sí, y el corazón del hombre ocupado no experimentaba deseos culpables. Gozaba poco, pero satisfacía sus necesidades; y como la Naturaleza, indulgente, las hizo inferiores al poder de satisfacerlas, el trabajo produjo la abundancia, y ésta la población, se desarrollaron las artes, se extendió el cultivo, y la tierra, cubierta de numerosos habitantes, se dividió en diversos dominios. Luego que se fueron complicando las relaciones de los hombres, resultó más difícil de mantener el orden de las sociedades.

El tiempo y la industria engendraron las riquezas, y la codicia se hizo más activa; y porque la igualdad, fácil entre los individuos, no pudo subsistir entre las familias, se rompió el equilibrio natural; fué preciso entonces substituirle un equilibrio facticio: nombrar

jefes, establecer leyes; pero varias circunstancias contribuyeron a moderar el desorden y a que los gobiernos se viesen en la necesidad de ser justos.

En efecto: siendo los Estados al principio débiles y debiendo temer a los enemigos externos, importó mucho a los jefes no oprimir a sus súbditos para no disminuir sus medios de resistencia, facilitar las invasiones extranjeras y, por medio de pretensiones injustas, comprometer su propia existencia.

En lo interior, el carácter de los pueblos repelía la tiranía. Los hombres habían contraído desde larga fecha hábitos de independencia; tenían pocas necesidades y un conocimiento positivo de sus fuerzas. Como los Estados eran reducidos, era difícil desunir a los ciudadanos para oprimir a unos por otros; se comunicaban con demasiada facilidad, y eran muy claros y muy sencillos sus intereses: a más, siendo propietarios y cultivadores todos los hombres, ninguno tenía necesidad de venderse, y el déspota no habría hallado mercenarios.

Si se suscitaban disensiones, eran de familia a familia, de facción a facción, y los intereses eran siempre comunes a un gran número de individuos; las turbulencias eran seguramente más vivas; pero el temor a los extranjeros apaciguaba las discordias: si la opresión de un partido lograba consolidarse, hallándose la tierra libre y encontrando los hombres sencillos en todas partes las mismas ventajas, el partido aplastado emigraba y llevaba a otra parte su independencia.

Los antiguos Estados gozaban, por tanto, de infinitos medios de prosperidad y poder: cuando el hombre hallaba su bienestar en la constitución de su país, tomaba vivo interés en conservarle; si un extraño lo

atacaba, como defendía su hacienda y su casa, llevaba a los combates la pasión de una causa personal, y el sacrificio de sí mismo producía el sacrificio por la patria.

Y porque toda acción útil al público atraía estimación y reconocimiento, cada cual procuraba ser útil; el amor propio multiplicaba los talentos y las virtudes cívicas.

Y porque todo ciudadano contribuía igualmente con sus bienes y su persona, eran inagotables los ejércitos y las rentas públicas; y las naciones desplegaban unas masas imponentes de fuerzas.

Y porque la tierra era libre y su posesión segura y fácil, cada uno era propietario y la subdivisión de las propiedades conservaba las costumbres e impedía el lujo.

Y porque cada cual cultivaba por sí mismo, el cultivo era más activo, los productos más abundantes y la riqueza particular constituía la opulencia pública.

Y porque la abundancia de los productos facilitaba la subsistencia, la población fué rápida y numerosa y los Estados llegaron en breve al término de su esplendor.

Y porque hubo más productos que consumo nació la necesidad de comerciar, y se hicieron cambios de pueblo a pueblo, que aumentaron su actividad y sus recíprocos goces.

Se establecieron escalas florecientes de comercio y puntos poderosos de dominación. Y sobre las orillas del Nilo y del Mediterráneo, del Tigris y del Eufrates, las riquezas reunidas de la India y de Europa levantaron cien metrópolis a su mayor altura.

Y enriquecidos los pueblos, aplicaron el sobrante

de sus recursos a los trabajos de utilidad pública, y esta fué la época de aquellas obras cuya magnificencia nos admira; de los pozos de Tiro, de los diques del Eufrates, de los conductos subterráneos de Media, de las fortalezas del desierto, de los acueductos de Palmira, de los templos, de los pórticos... Y estos trabajos pudieron ser inmensos sin abrumar a las naciones, porque fueron producto de un concurso igual y común de las fuerzas de individuos apasionados y libres.

De este modo prosperaron los Estados antiguos, porque las instituciones sociales se ajustaron a las verdaderas de la Naturaleza, y porque gozando los hombres de la libertad y seguridad de sus personas y propiedades pudieron desplegar sus facultades y toda la energía del amor de sí mismos.

XI

Causas generales de las revoluciones y de la ruina de los Estados antiguos

Cuando la codicia suscitó entre los hombres una lucha constante y general, que produjo las invasiones recíprocas de los individuos y las sociedades, se originaron las agitaciones y revoluciones sucesivas.

En el estado salvaje de los primeros hombres esta codicia audaz y feroz enseñó la rapiña, la violencia y asesinato, y por mucho tiempo se retardaron los progresos de la civilización.

Y porque un hombre fué más fuerte que otro se tomó esta desigualdad accidental de la naturaleza por una ley positiva: y como el fuerte pudo quitar al débil la vida y no se la quitó, se atribuyó un derecho abusivo de propiedad y la esclavitud de los individuos preparó la esclavitud de las naciones.

Y porque el jefe de una familia pudo ejercer una autoridad absoluta en su casa no tomó otra regla de conducta que sus gustos y pasiones; dió o quitó sus bienes sin igualdad, sin justicia, y el despotismo paternal echó los cimientos del despotismo político.

En las sociedades formadas sobre tales bases, habiéndose multiplicado las riquezas con el tiempo y el trabajo, se hizo la codicia más artificiosa, porque las leyes trataban de contenerla. Bajo apariencias de unión y paz fomentó en cada Estado una guerra intestina, en la cual, divididos los ciudadanos en cuerpos contrarios, compuestos de órdenes, de clases y de familias, aspiraron constantemente a apropiarse, bajo el nombre de «poder supremo», la facultad de apoderarse y avasallar todo, según sus pasiones; y este espíritu de invasión fué disfrazado bajo todas formas, pero siempre el mismo es su fin y sus móviles.

Unas veces oponiéndose al pacto social o rompiendo el que existía, entregó los habitantes de su país al choque tumultuoso de todas sus discordias; y los Estados disueltos, bajo el nombre de anarquía, fueron atormentados por las pasiones de sus miembros. Otras veces un pueblo celoso de su libertad, habiendo propuesto agentes para administrar, se apropiaron éstos los poderes de que sólo eran depositarios; emplearon los fondos públicos en corromper las elecciones, en atraerse partidarios y en dividir al pueblo; convirtieron su poder temporal en perpetuo; se hicieron hereditarios de electivos que eran, y revuelto el Estado por las intrigas de los ambiciosos, por las liberalidades de los ricos perturbadores, la venalidad de los pobres holgazanes, el empirismo de los oradores, la audacia de los perversos y la debilidad de los virtuosos, se vió ator-

mentado con todas las convulsiones e inconvenientes de la democracia.

En unos países, los jefes iguales en fuerzas se temieron; hicieron pactos leoninos, asociaciones infames, y repartiéndose las facultades, los empleos y los honores, se atribuyeron privilegios e inmunidades; se erigieron en cuerpos separados, en clases distintas; avasallaron al pueblo, y, bajo el nombre de aristocracia, se vió el Estado afligido por las pasiones de los grandes y ricos.

En otros países, tendiendo al mismo fin pero por otros medios, ciertos impostores sagrados abusaron de la credulidad de los ignorantes. En la obscuridad de los templos, y tras los velos de los altares, hicieron hablar a los dioses, pronunciaron oráculos, ejecutaron prodigios, ordenaron sacrificios, exigieron ofrendas, prescribieron fundaciones y, bajo título de teocracia y religión, fueron martirizados los Estados por las pasiones de los sacerdotes.

Algunas veces, cansada una nación de sus desórdenes, se dió un solo dueño y se limitó el poder del príncipe, él tuvo por el contrario, deseos de extenderlo, y si lo dejó absoluto, abusó del depósito que se le había confiado; y bajo el nombre de monarquía se vieron despedazados los Estados por las pasiones de los reyes y príncipes.

Aprovechándose entonces algunos facciosos del descontento, lisonjearon al pueblo con la esperanza de un dueño mejor; esparcieron dádivas y promesas; derribaron al déspota para colocarse en su lugar, y sus disputas sobre la sucesión desolaron los Estados con los desórdenes y devastaciones de las guerras civiles.

Al fin, entre estos rivales, uno más hábil o más

afortunado, reconcentró en sí el poder; por un fenómeno raro, un hombre solo avasalló millones de semejantes contra su voluntad, y el arte de la tiranía nació también de la ambición. Observando el espíritu de egoísmo que sin cesar divide a los hombres, supo el ambicioso fomentarle: lisonjeó la vanidad de unos, excitó la envidia de otros, la avaricia de éste, el resentimiento de aquél, irritó las pasiones de todos; oponiendo entre sí los intereses o las preocupaciones, sembró las discordias y los rencores; prometió al pobre el despojo del rico, al rico el avasallamiento del pobre; amenazó a un hombre con otro, a una clase con otra, y aislando a los ciudadanos por medio de la desconfianza, formó fuerza de su debilidad y les impuso un yugo de opinión, cuyos nudos se estrecharon mutuamente. Con el ejército, se apoderó de las contribuciones; con éstas dispuso de aquél, y por medio del resorte poderoso de las riquezas y de los empleos encadenó a todo un pueblo con un lazo indisoluble, y los Estados cayeron en la lenta consunción del despotismo.

Así un mismo móvil que variaba su acción bajo todas las formas, atacó sin cesar la consistencia de los Estados, y de un círculo eterno de vicisitudes nació un eterno círculo de pasiones.

Este espíritu constante de egoísmo y usurpación engendró dos efectos funestos: uno fué dividir las sociedades en fracciones, produciendo su debilidad y facilitando su disolución; otro, tendiendo a concentrar el poder en una mano, absorbió sociedades y Estados en perjuicio de su tranquilidad y de su existencia.

Lo mismo que en un Estado, habia absorbido un partido a la nación, una familia el partido y un indivi-

duo la familia, se estableció de Estado a Estado un movimiento de absorción que desplegó en grande en el orden político todos los males particulares del orden civil. Y habiendo subyugado una ciudad a otra, la hizo dependiente, y compuso una provincia; y dos provincias, una vez absorbidas, formaron un reino; en fin, de dos reinos conquistados se vieron nacer imperios de una extensión inmensa; y en esta aglomeración ilimitada, lejos de crecer la fuerza interna de los Estados en razón de su masa, disminuyó; y en vez de hacerse más dichosa la suerte de los pueblos, se hizo más infeliz por razones que derivaban de la naturaleza de las cosas.

Porque haciendo los Estados más complicada y espinosa su administración a medida que se extienden, fué preciso dar más actividad al poder, y desapareció la proporción entre los deberes de los soberanos y sus facultades.

Porque los déspotas, conociendo su debilidad, temieron todo lo que desarrollaba la fuerza de las naciones e hicieron un estudio particular para debilitarla.

Porque desunidas las naciones por las preocupaciones, los odios favorecieron la perversidad de los gobiernos. Porque, roto el equilibrio de los Estados, los fuertes oprimieron a los débiles.

En fin, porque a medida que los Estados se concentraron, los pueblos, privados de sus leyes, de sus usos y de los gobiernos que les convenían, perdieron aquel espíritu de personalidad que determinaba su energía. Y considerando los déspotas a los imperios como dominios y a los pueblos como propiedades, se entregaron a los robos y desórdenes más arbitrarios.

Y todas las fuerzas y riquezas fueron aplicadas a

gastos particulares, a caprichos personales; y los reyes, en el hastío de su saciedad, se entregaron a todos los gustos facticios y depravados; necesitaron pensiles o jardines levantados sobre bóvedas, ríos elevados sobre montañas; cambiaron las fértiles campiñas en parques y bosques de caza; formaron lagunas en parajes secos, alzaron peñascos en los lagos, hicieron construir palacios de mármol y pórfido, quisieron muebles de oro y de diamantes. Bajo pretexto de religión fundó templos, edificó para vanos esqueletos extravagantes tumbas, mausoleos y pirámides. Durante reinados enteros, emplearon millones de brazos en los trabajos más estériles, e imitando los parásitos el lujo de los príncipes, y transmitiéndolo hasta las últimas clases, vino a ser un manantial inagotable de corrupción y empobrecimiento.

Y no bastando en la sed de los deleites, los tributos, se aumentaron sin medida; y viendo el labrador sus afanes sin ninguna recompensa, perdió el ánimo; y observando el comerciante que se le despojaba del fruto de sus fatigas, se hastió de su industria; y condenada la multitud a sufrir las angustias de la pobreza limitó su trabajo a lo indispensable, y se anonadó toda actividad productiva.

Estos sobrecargos hicieron onerosa la posesión de las tierras; el humilde propietario abandonó su campo o lo vendió al poderoso, y los bienes se reunieron en pocas manos. Y favoreciendo todas las leyes y las instituciones esta acumulación, se dividieron las naciones entre un grupo de ociosos opulentos y una multitud de mercenarios. El pueblo, indigente, se envileció; los grandes, saciados, se depravaron; y decreciendo el número de los interesados en la conserva-

ción del Estado, su fuerza y su existencia se hicieron más y más precarias.

Como no se ofreciese a la emulación objeto alguno de utilidad, ni al saber ningún estímulo, cayeron los ánimos en una ignorancia profunda.

Y la administración secreta y misteriosa que fundó el despotismo produjo la imposibilidad de reforma ni mejoramiento; y como los jefes regían por la violencia y el fraude, los pueblos sólo vieron en ellos una facción de enemigos públicos, y desapareció toda armonía entre gobernantes y gobernados.

Y habiendo enervado estos vicios los Estados del Asia opulentísima, los pueblos vagabundos y pobres de los desiertos y de los montes codiciaron los goces de las llanuras fértiles; y estimulados por la avaricia, atacaron a los imperios civilizados y derribaron los tronos de los déspotas, y estas revoluciones fueron rápidas y fáciles, porque la política de los tiranos había afeminado a los súbditos, arrasado las fortalezas y destruído los guerreros, y los vasallos anonadados no sentían ya los estímulos del interés personal ni los soldados mercenarios los impulsos generosos del valor.

Y como enjambres de salvajes habían reducido a la esclavitud a naciones enteras, los imperios formados de un pueblo conquistador y de un pueblo conquistado reunieron en su seno dos clases esencialmente opuestas y enemigas. Disolvieron los principios de la sociedad; ya no hubo interés común ni espíritu público, y se estableció una distinción de castas y razas que redujo a sistema regular la persistencia del desorden; y según su nacimiento, era el hombre siervo o tirano, propietario o mueble.

Y siendo los opresores menos que los oprimidos, fué preciso perfeccionar la ciencia de la opresión para sostener este falso equilibrio. El arte de gobernar se redujo al de someter el mayor número de hombres al menor. Para lograr una sumisión tan contraria al instinto, fué preciso establecer los castigos más severos; y la crueldad de las leyes hizo las costumbres atroces. Y como la distinción de personas estableció en los estados dos códigos, dos justicias y dos derechos, puesto el pueblo entre las inclinaciones de su corazón y el juramento de su boca, tuvo dos conciencias contradictorias; y las ideas de lo justo y de lo injusto no hallaron base en su entendimiento.

Bajo tal régimen, los pueblos sucumbieron en el desfallecimiento y la desesperación; y unidos los accidentes de la naturaleza a los males que los afligían, atribuyeron sus causas a potencias ocultas, y porque tenían tiranos en la tierra supusieron que los había en el cielo, agravando así la superstición las desgracias de las naciones.

Así nacieron las doctrinas funestas y los sistemas de religión atrabilarios y misantrópicos que pintaron a los dioses como malos y déspotas. Y para calmarlos, les ofreció el hombre el sacrificio de sus placeres, imponiéndose privaciones, y trastornó las leyes de la Naturaleza. Tomando por crímenes sus deleites y por expiaciones sus sufrimientos, quiso amar el dolor y abjurar el amor de sí mismo; mortificó sus sentidos, detestó su vida; y una moral abnegativa y antisocial sumergió las naciones en la indolencia y la muerte.

Mas como la sabia Naturaleza había dotado el corazón del hombre de una esperanza inagotable, viendo que la felicidad engañaba sus deseos en la tierra, fué

a buscarla en otro mundo; lisonjeándose con una dulce ilusión, imaginó otra patria, otro asilo, donde, lejos de los tiranos, recuperase los derechos de su ser; y resultó de ahí un nuevo desorden. Pues que, encantado con un mundo imaginario, despreció el de la Naturaleza, y por esperanzas quiméricas la realidad. Consideró la vida como un tránsito penoso, como un sueño trágico; su cuerpo como una prisión y la tierra como un lugar de destierro y de peregrinación, que no se dignó cultivar. Entonces se estableció una ociosidad sagrada; se abandonaron los campos, se multiplicaron los baldíos, se quedaron yermos los imperios, y los monumentos se vieron descuidados; en fin, por todas partes la ignorancia, la superstición y el fanatismo multiplicaron las devastaciones y las ruinas.

Agitados por sus pasiones, los hombres, siempre imprudentes y codiciosos, pasando de la esclavitud a la tiranía, del orgullo a la bajeza y de la presunción al desaliento, han sido ellos mismos los eternos instrumentos de sus infortunios.

Y he aquí por qué móviles sencillos y naturales se dirigió la suerte de los Estados antiguos y se levantaron o abatieron, según que las leyes físicas del corazón humano fueron observadas o desatendidas; y cien pueblos diversos, cien imperios alternativamente abatidos, poderosos y destruidos, han ofrecido a la tierra lecciones instructivas. Pero estas lecciones son perdidas para las generaciones subsiguientes. Los desórdenes pasados han vuelto a aparecer entre los pueblos actuales; los jefes de las naciones han continuado por las sendas de la tiranía y la impostura, y los pueblos extraviándose entre las tinieblas de las supersticiones y la ignorancia.

Y bien —añadió el Genio—; pues que la experiencia de los tiempos pasados no sirve a los actuales, pues que las faltas de los progenitores no han instruído a sus descendientes, los ejemplos van a repetirse y la tierra verá renovarse las escenas terribles de las épocas olvidadas. Nuevas resoluciones van a agitar pueblos e imperios. Los Tronos más poderosos serán de nuevo destruídos, y las catástrofes más terribles recordarán a los hombres que no quebrantan en vano las leyes de la Naturaleza, de la Sabiduría y de la Verdad.

XII

Lecciones de los tiempos pasados, repetidas en los tiempos presentes

Así habló el Genio... Y yo, asombrado de la exactitud y coherencia de todo su discurso, acometido de una multitud de ideas, quedé absorto en silencio profundo... Pero mientras tenía fija la vista sobre Asia, con aire triste y meditador, repentinamente y del lado del Norte, hacia las orillas del Mar Negro, y en los campos de Krimea atrajeron mi atención unos torbellinos agitados de llamas y humo. Parecían elevarse de toda la península; y después, habiendo pasado por el istmo hacia el continente, corrieron toda la longitud del lago cenagoso de Azof, cual si los impeliése un viento del Oeste, y fueron a desvanecerse en las verdes llanuras del Kouban. Considerando la marcha de estos torbellinos, noté que les precedían o seguían pelotones de seres que, como hormigas o langostas turbadas por el pie del caminante, se agitaban con ligereza; a veces parecía que marchaban unos contra otros y que pugnaban entre sí, quedando muchos sin movimiento al primer choque... ¿Ves—me dijo el Genio—

esos fuegos que recorren la tierra, y comprendes sus efectos y sus causas? ¡Oh, Genio! —respondí—. Veo columnas de llamas y de humo y una especie de insectos en medio; pero cuando apenas distingo las masas de ciudades y monumentos, ¿cómo podré discernir tan diminutos vivientes? Solamente podría decir que esos insectos simulan combates porque van y vienen, se chocan y persiguen. No los simulan —dijo el Genio—, sino que los ejecutan. ¿Y quienes son—pregunté—esos animalitos inquietos que se destruyen? ¿No perecerán demasiado pronto esos seres efímeros, que apenas viven un día?... Entonces el Genio me dijo: Ve y escucha. Dirigiendo al momento mis ojos sobre los mismos objetos: ¡Ah, desdichados! —esclamé sobrecogido de dolor—. ¡Esas columnas de fuego, esos insectos, ¡oh, Genio, son hombres! Esos son los estragos horribles de la guerra... Esos torrentes de llamas y humo salen de pueblos y aldeas. Ya veo los jinetes que los encienden y que, sable en mano, recorren la campiña; delante veo huir despavoridas turbas de niños, ancianos y mujeres. Observo otros soldados que los acompañan, llevando una lanza a sus espaldas. Reconozco por sus caballos, sus kalpacos y su mechón de pelo que son los tártaros, y sin duda aquellos que los persiguen, cubiertos de un sombrero triangular y vestidos de uniformes verdes, son los moscovitas... ¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Acaba de encenderse la guerra entre el imperio de los zares y el de los sultanes. Todavía no —replicó el Genio—; esto no es más que un preliminar. Estos tártaros han sido vecinos molestos y se libran de ellos; su país parece muy bueno, y se redondean ocupándolo, y para preludio de otra revolución se ha destruído el trono de los Guerais.

En efecto; ví los pendones rusos flamear sobre Crimea y su pabellón desplegarse sobre el Ponto Euxino.

Mas a los gritos del tártaro fugitivo se conmovió el imperio de la Media Luna. «¡Que arrojan a nuestros hermanos! —claman los hijos de Mahoma—. ¡Que ultrajan al pueblo del profeta y los infieles ocupan una tierra sagrada, profanando los templos del Islamismo! Armémonos y corramos a los combates para vengar la gloria de Dios y nuestra propia causa.»

Al instante se siguió un movimiento general de guerra en los dos imperios. Por todas partes se vieron hombres armados, municiones y víveres, y desplegarse con terror el aparato mortífero de los combates. Por una parte, los musulmanes, reunidos ante sus mezquitas, se lavaban manos y pies, se cortaban las uñas y se peinaban la barba; después, extendiendo alfombras sobre la tierra y volviéndose al Mediodía, unas veces con los brazos abiertos y otras cruzados, hacían genuflexiones; y, acordándose de los reverses de la última guerra, gritaban: «Dios clemente, Dios misericordioso, ¿cómo has abandonado a tu pueblo fiel? Tú, que prometiste al profeta el imperio de las naciones y has ensalzado la religión, ¿cómo puedes entregar los verdaderos creyentes al cuchillo de los infieles?» Y los imanes y santones decían al pueblo: «Es en castigo de vuestros pecados, porque coméis tocino, bebéis licores y tocáis las cosas inmundas. Si, Dios os castiga; haced penitencia, purificaos, decid la profesión de fe; ayunad desde la aurora hasta que el sol se ponga; dad el diezmo de vuestros bienes a las mezquitas; id a la Meca, y Dios os hará triunfar.» Y el pueblo, tomando aliento, prorrumplía en gritos espantosos: «No hay sino un Dios, y Mahoma es su profeta: anatema a

cualquiera que no lo crea.» «Dios de bondad —añadía—, concédenos el exterminio de esos cristianos, pues por tu gloria les combatimos, y nuestra muerte es un martirio en honor de tu nombre.» Y ofreciendo víctimas se prepararon para los combates.

Por otra parte, los rusos, de rodillas, clamaban: «Demos gracias a Dios. El ha fortalecido nuestro brazo para humillar a nuestros enemigos. Dios benéfico, escucha nuestros ruegos; para agradarte, pasaremos tres días sin comer carne ni huevos. Concédenos la facultad de exterminar a esos mahometanos impíos y de destruir su Imperio: te daremos el diezmo de los despojos y te elevaremos nuevos templos.» Y los sacerdotes llenaron las iglesias de una nube de humo y dijeron al pueblo: «Rogamos por vosotros, y Dios acepta nuestro incienso y bendice vuestras armas. Continuad ayunando y combatiendo: confesadnos vuestras culpas secretas; dad vuestros bienes a la Iglesia, y os absolveremos de vuestros pecados, y moriréis en gracia.» Al mismo tiempo echaban agua sobre el pueblo, le distribuían huesecitos de muertos para que les sirviesen de amuletos y talismanes; y el pueblo no respiraba sino guerra y furor.

Admirado de este cuadro, y afligido por sus funestas consecuencias, meditaba sobre la dificultad que presentaba al juez común el acceder a súplicas tan opuestas, cuando el Genio, afectado de un movimiento de indignación, exclamó con vehemencia:

«¿Qué acentos de locura ofenden mis oídos? ¿Qué delirio perverso turba el espíritu de las naciones? ¡Cesad, sacrílegas plegarias! ¡Oh, cielos! ¡Repeled con firmeza sus votos homicidas, los holocaustos impíos! ¡Mortales insensatos, así adoráis a la Divinidad! Decid,

¿cómo es posible que Aquel a quien aclamáis padre común reciba homenaje de unos hijos crueles que fieros se degüellan? Vencedores, ¿cómo podrá mirar benigno vuestros brazos manchados con la sangre que engendró? Y vosotros, vencidos, ¿qué esperáis de esos gemidos inútiles? ¿Tiene, Dios, acaso, el corazón de un mortal para tener sus pasiones mudables? ¿Es capaz de las agitaciones de la venganza o la compasión, del furor o el arrepentimiento? ¡Qué idea tan baja os habéis formado del mayor de los seres! Al escucharlos parecería que, extravagante y caprichoso, se enfada Dios o se apacigua como un hombre vulgar; que, alternativamente, ama y aborrece; que castiga o acaricia; que, inconsecuente o pérfido, tiende lazos para hacer sucumbir; que castiga, traidor, el mal que antes consiente; que prevé los crímenes y no quiere impedirlos; que, juez parcial, es fácil corromperlo por medio de presentes; que, déspota imprudente, promulga leyes y luego las revoca; que, tirano feroz, tan pronto da como quita sus gracias sin razón ni justicia, y que sólo se ablanda a fuerza de bajezas... ¡Ah! Ahora conozco la falacia del hombre. Y al ver el cuadro que trazó de la Divinidad, he dicho: «No; no es *Dios el que ha creado al hombre a su imagen: es el hombre el que lo ha representado semejante a la suya*: él le dió su espíritu, le revistió de sus inclinaciones y le ha prestado sus juicios... Y cuando ante la mescolanza se encontró inconsecuente con sus mismos principios, afectando una humildad hipócrita graduó de impotente su razón natural y llamó misterios de Dios a los absurdos de su entendimiento.

Dijo que Dios era inmutable, y le dirigió votos para hacerle mudar. Le llamó incomprendible, y trató

de interpretarle. Levantáronse esos impostores que osaron suponerse confidentes de Dios, y que, erigiéndose en doctores de los pueblos, abrieron el camino de la impostura y de la iniquidad: ellos han atribuído mérito a prácticas indiferentes o ridículas; han erigido en virtud el acto de tomar tales posturas, el de proferir tales palabras y el de articular algunos nombres; han transformado en delito el comer ciertas carnes y el beber ciertos licores en tales días. Un judío moriría primero que trabajar el sábado; un persa preferiría perecer a soplar el fuego con su aliento; un indio coloca la perfección suprema en frotarse con excremento de vaca y en pronunciar misteriosamente Aúm; un musulmán cree haberlo remediado todo lavándose cabeza y brazos, y disputa, sable en mano, si debe comenzarse por el codo o por la punta de los dedos; un cristiano se juzgaría condenado si comiera carne en lugar de pescado. ¡Oh, doctrinas sublimes y celestiales! ¡Oh, perfecta moral de tantas religiones, digna del martirio y del apostolado! Pasaré los mares para enseñar estas leyes admirables a los pueblos salvajes. Les diré: «Hijos de la Naturaleza, ¿hasta cuándo marcharéis por los senderos de la ignorancia? ¿Hasta cuándo desconoceréis los verdaderos principios de la moral y de la religión? Buscad lecciones entre los pueblos piadosos y sabios de los países civilizados; ellos os enseñarán que para agradar a Dios es menester, en cierto mes del año, morir de sed y de hambre; que puede derramarse la sangre del prójimo y purificarse de este crimen haciendo una profesión de fe y una ablución metódica; que puede arrebatarle su bien y ser absuelto repartiéndolo con ciertos hombres que se apresuran a devorarlo.

¡Poder soberano y oculto del Universo! Tú, a quien no conocen los mortales, pero te reverencian; ser incomprendible e infinito; Dios que en la inmensidad de los cielos diriges los mundos y pueblas el espacio de millones de soles, di: ¿Qué te parecen esos insectos humanos que mi vista divisa apenas sobre la tierra? Cuando te ocupas en guiar los astros en sus órbitas inmensas. ¿qué son para ti esos gusanillos que se agitan sobre el polvo? ¿Qué importan a tu grandiosidad sus distinciones de sectas y qué las sutilezas con que se atormenta su locura?

Y vosotros, hombres crédulos, mostradme la eficacia de vuestras prácticas. Después de tantos siglos, ¿qué han cambiado vuestras necias recetas en las leyes constantes de la Naturaleza? ¿El sol ha brillado más? ¿Es otro el curso de las estaciones? ¿La tierra es más fecunda, los pueblos son más dichosos? Si Dios es bueno, ¿cómo pueden agradarle vuestras penitencias? Si es infinito, ¿qué agregan vuestros homenajes a su gloria? Si sus decretos lo han previsto todo, ¿los cambian por ventura vuestras plegarias? ¡Responded, hombres inconsecuentes!

Vosotros, vencedores: ¿en qué pensáis servir a Dios? ¿Necesita vuestro auxilio? Si quiere castigar, ¿no tiene los temblores de tierra, los volcanes y el rayo? ¿Y el Dios clemente no sabe corregir si no extermina?

Vosotros, musulmanes: si Dios os castiga porque violáis cinco preceptos, ¿cómo favorece a los francos, que se burlan de ellos? Si por el Koran gobierna la tierra, ¿sobre qué principios juzgó a las naciones anteriores al profeta, a tantos pueblos que bebían vino, que comían tocino, que no iban a la Mekka, y a los

cuales les fué, no obstante, permitido elevar imperios poderosos? ¿Cómo juzgó a los sabeos de Nínive y de Babilonia; al persa adorador del fuego; al griego y al romano, idólatras; los antiguos reinos del Nilo y vuestros propios abuelos, árabes y tártaros? ¿Cómo juzga a tantas naciones que desconocen o ignoran vuestro culto, como las castas numerosas de los indios, el vasto imperio de China, las negras tribus de Africa, los insulares del Océano y los pueblos de América?

Hombres presuntuosos e ignorantes; si Dios reuniese todas las generaciones pasadas y presentes, ¿qué serían en ese Océano inmenso esas sectas que se suponen universales del cristiano y musulmán? ¿Cuáles serían los juicios de su justicia sobre la universalidad real de los humanos? En ella es donde vuestro espíritu se extravía en sistemas incoherentes y donde la verdad brilla con evidencia, donde se manifiestan las leyes poderosas y sencillas de la Naturaleza y de la razón; leyes de un motor común y general, de un Dios imparcial y justo, que, para hacer que llueva en un país, no pregunta cuál es su profeta; que hace brillar igualmente sus soles sobre todas las castas de los hombres, sobre el blanco como sobre el negro, sobre el judío como sobre el musulmán, el cristiano como el idólatra; que hace prosperar las mieses donde las manos cuidadosas las cultivan; que multiplica toda nación en que reina el orden y la industria; que hace prosperar todo imperio donde se practica la justicia, el hombre poderoso está ligado por las leyes, el pobre se ve protegido por ellas, el débil vive tranquilo y cada cual goza de los derechos que ha recibido de la Naturaleza y de un contrato formado con equidad.

He aquí los principios por los que son juzgados

los pueblos; he aquí la verdadera religión que rige la suerte de los imperios y gobierna vuestro destino, ¡oh, musulmanes! Preguntad a vuestros antepasados por qué medios fomentaron su fortuna siendo idólatras, pocos y pobres, y vinieron desde los desiertos de Tartaria a acampar en estas ricas regiones. Preguntadles si por el Islamismo, desconocido hasta entonces, vencieron a los griegos y a los árabes, o por el valor, la prudencia y el espíritu de unión, verdaderas potencias del estado social. Entóndes el mismo sultán hacía justicia y vigilaba la disciplina; se castigaba a los jueces prevaricadores y al gobernador concusionario y la multitud vivía desahogadamente; el cultivador estaba libre de las rapiñas del genízaro y los campos prosperaban, los caminos estaban seguros y el comercio esparcía la abundancia. Erais bandidos coligados, pero entre vosotros erais justos; subyugabais los pueblos, mas no los oprimíais. Vejados por sus príncipes, preferían ser vuestros tributarios. ¿Qué me importa—decía el cristiano—que mi señor adore o destruya las imágenes siempre que me haga justicia? Dios juzgará su doctrina en los cielos.

Erais sobrios y sufridos; vuestros enemigos, cobardes y enervados; erais diestros en la guerra; vuestros enemigos habían olvidado sus principios; vuestros jefes eran experimentados, vuestros soldados aguerridos y obedientes; el botín excitaba el ardor; el valor era recompensado, y la cobardía y la indisciplina castigadas; todos los resortes del corazón humano se hallaban en ejercicio; así vencisteis a cien naciones y fundasteis un imperio inmenso.

Pero siguieron otras costumbres, y en los reveses que las acompañaron fueron todavía las leyes de la

Naturaleza las que influyeron. Después de haber devorado a vuestros enemigos, vuestra codicia, siempre agitada, os ha devorado a vosotros. Una vez enriquecidos, os dividisteis para el reparto de lo que teníais que gozar, y se introdujo el desorden en todas las clases de vuestra sociedad. El sultán, embriagado en su grandeza, desconoció sus funciones, y todos los vicios del poder arbitrario se desplegaron. No encontrando obstáculo a sus placeres, se convirtió en un ser depravado, y, como el hombre débil y orgulloso, alejó de sí al pueblo; su voz no pudo guiarle. Ignorante y adulado, desatendió toda instrucción y vino a caer en la más estúpida incapacidad; inepto para los negocios, cargó su peso sobre mercenarios, y le engañaron. Para satisfacer sus pasiones estimuló las ajenas, aumentó sus necesidades y su enorme lujo lo devoró todo; no tuvo bastante con la mesa frugal, los vestidos modestos y las habitaciones reducidas de sus antepasados: para saciar su fausto, fué necesario agotar los mares y la tierra, hacer venir del Polo las pieles exquisitas y del Ecuador los tejidos más ricos: devoró en una sola comida los impuestos de una gran ciudad, y en la manutención de un día las rentas de una provincia. Se rodeó de un enjambre de eunucos, mujeres y satélites. Habiéndole dicho que la virtud de los reyes era la liberalidad y magnificencia, los tesoros del pueblo fueron entregados a los aduladores; a imitación del dueño, los esclavos han querido tener casas suntuosas, muebles, tapices, vasos de oro y plata, y las riquezas del imperio se las ha tragado el serrallo.

Los esclavos y las mujeres vendieron su crédito para satisfacer este lujo desenfrenado, y la venalidad introdujo una depravación general, pues ellos vendie-

ron el favor soberano al visir y éste vendió el imperio; vendieron la ley al cadí y éste vendió la justicia; el templo al imán y éste vendió los cielos; y lográndolo todo por el oro se hizo todo lo posible para obtenerlo, el amigo fué traidor al amigo, el hijo a su padre, el criado a su amo, la mujer a su honor, el mercader a su conciencia, y desaparecieron del Estado la buena fe, las costumbres, la concordia y la fuerza.

Y el bajá, que compró el gobierno de una provincia, procuró sacar todo el partido posible por medio de exacciones exorbitantes y de concusiones de todo género. Vendió la cobranza de los impuestos, el mando de las tropas, la administración de los pueblos. El aduanero desolló al mercader, y el comercio se perdió; el agá robó al cultivador, y el cultivo se disminuyó. El labrador no pudo sembrar por falta de fondos ni pagar los impuestos, y, amenazado con el palo, tuvo que empeñarse; el numerario se escondió por falta de seguridad; el interés fué enorme y la usura del rico agravó la miseria del artesano.

Los accidentes de las estaciones y las sequías hicieron perder las cosechas; pero no por esto hizo el gobierno gracia alguna en la cantidad ni el tiempo de pagar los impuestos, y agobiando esta calamidad a los vecinos de un pueblo, una parte de ellos emigró: y debiendo repartirse las contribuciones entre los pocos que quedaban, se consumó su ruína y la despoblación del país.

Oprimidos muchos pueblos por la tiranía, se sublevaron, y el bajá no lo sintió, pues así pudo hacerles la guerra, allanar sus casas, robar sus muebles, llevarse sus ganados; y cuando el país quedó desierto, dijo: «¡Qué me importa, si me voy mañana!...»

Las tierras quedaron sin brazos, y las lluvias o los torrentes desbordados formaron pantanos, cuyas exhalaciones pútridas, bajo un clima ardiente, produjeron epidemias y pestes, de lo cual se siguió todavía mayor despoblación, miseria y ruína.

¡Oh, quien sería capaz de referir todos los males de este régimen tiránico!... Unas veces los bajás se hacen guerra y las provincias de un Estado se ven devastadas por querellas personales. Otras, por temor a sus tiranos, atraen sobre el pueblo los castigos de su rebelión. Otras asalarian extranjeros por recelo de sus súbditos, y para ganarlos les permiten todo género de vejaciones. Aquí promueven una causa a un hombre rico y le despojan de sus bienes bajo un falso pretexto; allí se valen de testigos falsos o imponen una contribución por un delito imaginario; en todas partes excitan el odio de las sectas, provocan sus delaciones para vejar cuanto pueden, robando y maltratando a las personas; y cuando su avaricia tiene acumuladas todas las riquezas, usando el gobierno de perfidia y fingiendo desagraciar al pueblo oprimido, atrae a sí sus despojos con los del culpable y derrama inútilmente la sangre por un crimen de que es cómplice.

¡Oh, perversos monarcas o ministros, que así sacrificáis la vida y los bienes de los pueblos! ¿Sois vosotros, acaso, los que habéis dado el aliento al hombre para quitárselos? ¿Hacéis nacer los productos de la tierra para disiparlos? ¿Os fatigáis en labrar los campos? ¿Sufrís el ardor del sol, el afán de la sed, al segar las mieses y trillarlas? ¿Trasnocháis en el campo raso como el pobre pastor? ¿Atravesáis los desiertos como el activo mercader? ¡Ah! Cuando he visto la crueldad y el orgullo de los poderosos, indignado, he

dicho: «¡Y qué! ¿No se levantarán sobre la tierra hombres que venguen a los pueblos y castiguen a los tiranos? ¿Un pequeño número de bandidos devora a la multitud y ésta se deja devorar? ¡Oh, pueblos envilecidos, desconocéis vuestros derechos! Toda autoridad viene de vosotros; todo poder es vuestro. En vano los reyes os mandan en nombre de Dios y en nombre de su lanza; soldados, permaneced inmóviles; pues que Dios sostiene a los sultanes, vuestro socorro debe ser inútil; pues que su espada les basta, para nada necesitan de la vuestra; veamos de este modo lo que pueden por sí propios... Pueblos, sabed que aquellos que os gobiernan son vuestros jefes y no vuestros señores; administradores y no propietarios; que no tienen autoridad sobre vosotros, sino por vosotros y por vuestro beneficio; que vuestras riquezas son vuestras y ellos responsables; que reyes o vasallos, a todos los ha hecho Dios iguales y que ninguno de los mortales tiene derecho a oprimir a sus semejantes.

Pero esta nación y sus jefes han desconocido estas santas verdades... Pues bien: ellos sufrirán las consecuencias... La sentencia está pronunciada, y se acerca el día en que el colono se desplomará bajo su mole. Sí; yo lo juro por las ruinas de tantos imperios destruidos; el de la Media Luna sufrirá la suerte de los Estados que imita. Un pueblo extranjero echará a los sultanes de su metrópoli y el trono de Orkan será destruido. Entonces, privada de su jefe, la horda de los Ogucianos se dispersará como la de los Nogais; y libres del yugo, los pueblos del imperio recuperarán sus antiguas distinciones; y sucederá una anarquía como en el imperio de los Sophis, hasta que aparezcan entre los árabes, los armenios o los griegos legisladores que

rehagan sus Estados... ¡Oh, si se hallasen sobre la tierra hombres profundos y atrevidos, qué elementos de grandeza y de gloria no podrían encontrar!... Pero ya suena la hora del Destino. El grito de la guerra hiere mis oídos y la catástrofe va a comenzar. En vano opone el sultán sus armas, pues son batidos y dispersados sus soldados ignorantes; en vano llama a sus vasallos, que responden: «Así está escrito. ¿Qué importa que sea otro nuestro dueño si no podemos perder en mudarle?» En vano invocan al cielo y al profeta los verdaderos creyentes, pues el profeta murió y el cielo despiadado les responde: «Cesad de invocarnos; vosotros habéis ocasionado vuestros males, curaoslos. La Naturaleza ha establecido leyes y a vosotros os toca practicarlas; observad, raciocinad, aprovechad la experiencia. Lo que pierde al hombre es su locura, y la sabiduría, lo que salva. Los pueblos son ignorantes: que se instruyan; sus jefes son perversos: que se mejoren y corrijan, porque tal es el decreto de la Naturaleza; y como los males de las sociedades provienen de la codicia y la ignorancia, los hombres no cesarán de verse atormentados hasta tanto que sean ilustrados y sabios.»

XIII

¿Se mejorará la especie humana?

Al terminar estas palabras, me sentí oprimido por el dolor que me causó su severidad, y exclamé, anegado en llanto: «¡Desgraciadas de las naciones! ¡Desgraciado de mí mismo! ¡Ay! Ahora es cuando desespe-

ro de la felicidad del hombre. Pues que sus males proceden de su corazón, pues que él es el único que puede remediarlos, ¿quién podrá poner freno a la codicia del poderoso? ¿Quién ilustrará la ignorancia del débil? ¿Quién instruirá a la multitud en sus derechos y obligará a los jefes a cumplir sus deberes? La generación del hombre está condenada para siempre a padecer. El individuo no dejará de oprimir al individuo, una nación de atacar a otra, y nunca renacerán los días de gloria y prosperidad. ¡Ay de mí! Vendrán conquistadores, arrojarán a los opresores, se establecerán en su lugar; pero sucediéndoles en su poder, les sucederán también en su rapacidad; la tierra cambiará de tiranos sin haber cambiado de tiranía.»

Entonces, volviéndome hacia el Genio, le dije: «¡Oh, Genio! La desesperación se ha apoderado de mi alma: el conocimiento de la naturaleza del hombre; la perversidad de los que gobiernan y el envilecimiento de los gobernados, me hacen enojosa la vida; ¿qué queda al hombre virtuoso sino reunir sus cenizas con las de las tumbas cuando no cabe elección sino entre ser cómplice o víctima de la opresión?»

El Genio calló, mirándome con severidad, mezclada de compasión; y al cabo dijo: «¿Luego en morir consiste la virtud? ¿El hombre perverso ha de ser infatigable en consumir el crimen, y el justo ha de arrojarse al primer obstáculo?... Pero tal es el corazón humano: un buen suceso le llena de confianza: un revés le abate y le consterna; entregado a las sensaciones del momento, no juzga de las cosas por su naturaleza, sino por la vehemencia de su pasión. Hombre que desesperas del género humano, ¿sobre qué cálculo profundo de hechos y raciocinios has fundado

tus decisiones? ¿Has investigado la organización del ser sensible para determinar con exactitud si los móviles que le conducen a la felicidad son esencialmente más débiles que los que le alejan de ella? ¿Te has asegurado de que es imposible que progrese, cuando has visto la historia de la especie humana y juzgado lo futuro por el ejemplo de lo pasado? ¿No han dado las sociedades desde el origen algún paso hacia su instrucción y mejoramiento? ¿Se hallan todavía los hombres en los bosques, faltos de todo, ignorantes, feroces y estúpidos? ¿Se encuentran las naciones en los tiempos en que no se veían sobre el globo más que bandidos y esclavos? Si en algún tiempo y en algunos parajes se han mejorado los individuos, ¿por qué la totalidad no podrá mejorarse? Si se han perfeccionado algunas sociedades particulares, ¿por qué no la sociedad en general? Y si se han vencido los primeros obstáculos, ¿por qué los otros serán insuperables? Guárdate de la ilusión y las paradojas del misántropo; el hombre, descontento de lo presente, atribuye a lo pasado una perfección falsa, que no es más que la máscara de su tristeza. Elogia a los muertos en odio a los vivos, y golpea a los hijos con los huesos de sus padres.

»Para demostrar una supuesta perfección retrógrada, sería preciso desmentir el testimonio de los hechos y de la razón; sería forzoso probar que el hombre nace con el uso expedito de todos sus sentidos; que sabe distinguir el veneno del alimento sin el auxilio de la experiencia; que el niño es más cuerdo que el viejo, el ciego más seguro en sus pasos que el que tiene vista de lince; que el hombre civilizado es más infeliz que el antropófago; en una palabra, que no existe es-

cala alguna progresiva de experiencia y de instrucción.

»Joven inexperto, cree la voz de los sepulcros y el testimonio de los monumentos; es cierto que algunos países han decaído de lo que fueron; pero si el espíritu sondease lo que constituyó entonces la sabiduría y la felicidad de sus habitantes, hallaría que hubo en su gloria mucho esplendor y poca solidez; que aun en los Estados antiguos más ponderados existieron abusos crueles y vicios enormísimos, de donde provino su fragilidad; que, en general, las constituciones de los Gobiernos eran atroces; que reinaban entre los pueblos principios abominables de rapacidad, guerras bárbaras, odios implacables; que se desconocía el derecho natural; que la moralidad se hallaba pervertida por un fanatismo insensato, por unas supersticiones miserables; que cualquier sueño, visión u oráculo producía a cada instante funestísimas conmociones; y que, aun cuando no se hayan curado completamente los pueblos de tantos males, ha disminuído mucho su intensidad, y la experiencia de lo pasado no se ha perdido para lo futuro. Sobre todo, las luces se han extendido y propagado de tres siglos a esta parte: la civilización ha hecho progresos muy notables; los inconvenientes mismos y los abusos han sido ventajosos; porque, si las conquistas han dilatado demasiado los Estados, los pueblos reunidos bajo un mismo yugo han perdido aquel espíritu de aislamiento y de división que los hacía enemigos; si los poderes se han reconcentrado, han admitido en su administración más unidad y armonía; si las guerras se han hecho más universales; sus efectos han sido menos destructores; verdad es que no han sido tan libres, pero también han sido menos turbulentos, más dóciles y pacíficos. Hasta el

despotismo les ha favorecido a veces, porque si los Gobiernos han sido más absolutos, han sido menos inquietos y borrascosos; si los tronos se han convertido en propiedades, este mismo título de herencia ha excitado menos discusiones, y los pueblos han sufrido menos sacudimientos; la esfera de las ideas se ha engrandecido; entregado el hombre a los estudios abstractos, ha conocido mejor el destino que le indicaba la Naturaleza y sus relaciones en la sociedad: se ha discutido mejor los principios; se han conocido más bien sus fines; se han esparcido más las luces, se han instruído mejor los individuos, han sido las costumbres más sociales y la vida más dulce; la especie humana, en general, ha ganado infinito, y no puede menos de hacer progresos notables, porque han desaparecido los dos obstáculos principales que lo habían hecho tan lento; la dificultad de transmitir y comunicar rápidamente sus ideas.

»Entre los antiguos pueblos, cada ciudad estaba aislada de las demás por la diferencia del idioma, y de aquí resultaba un caos favorable a la ignorancia y la anarquía. No había comunicacion de ideas, ni de inventos, ni armonía de intereses, de voluntades, ni unidad de acción y conducta; además, todos los medios de esparcir y transmitir las ideas se reducían a la palabra fugitiva y limitada, y a escritos de larga ejecución, tan dispendiosos como raros; seguíase el impedimento de toda instrucción, la pérdida de las experiencias de una en otra generación y la perpetuidad del caos y de la infamia social.

»Al contrario, en el Estado moderno, sobre todo en Europa, habiendo contraído una especie de alianza naciones muy considerables por la identidad del idioma,

se han establecido comunidades de opinión, se han reunido los espíritus, y los corazones se han dilatado, y ha podido haber concordancia de ideas y unidad de acción. Posteriormente, un arte divino, un don sagrado del ingenio, la imprenta, ha facilitado los medios de comunicar una idea a millones de hombres y fijarla de un modo estable, sin que el despotismo de los tiranos pueda destruirla; así se ha formado una masa progresiva de instrucción; una atmósfera creciente de luces, que aseguran sólidamente para lo sucesivo su mejoramiento. Y este mejoramiento es efecto necesario también de las leyes de la Naturaleza; a causa de que por la ley de la sensibilidad el hombre tiende tan invenciblemente a ser dichoso como el fuego a subir, la piedra a gravitar y el agua a nivelarse. El obstáculo único es su ignorancia, que le extravía en los medios y le engaña en los efectos y causas. A fuerza de experiencia se instruirá; a fuerza de errores se corregirá; y será prudente y bueno, porque tiene interés en serlo; comunicándose en una nación las ideas de unas clases a otras la instrucción será general, y vulgar la ciencia; y todos los hombres conocerán los principios de la felicidad pública, sus relaciones, sus derechos y sus deberes en el orden social; conocerán que la moral es una ciencia física, compuesta de elementos complicados, pero sencillos e invariables en su naturaleza, porque son elementos de la organización del hombre. Comprenderán también que deben ser moderados y justos, porque en esto estriba la ventaja y la seguridad de cada uno; pues querer gozar a expensas de otro es un cálculo falso de ignorancia, porque de ella resultan las represalias, los odios, las venganzas y la falta de probidad.

»Los particulares conocerán que su propia dicha está ligada a la de la sociedad.

»Los débiles, que, lejos de separar sus intereses, deben unirlos, porque la igualdad constituye su fuerza; los ricos, que la naturaleza de los placeres está limitada por la constitución de los órganos, y que el fastidio sigue inmediatamente a la saciedad; el pobre, que sólo en el empleo del tiempo y en la paz del corazón consistió el más alto grado de la felicidad del hombre, y alcanzando la opinión pública basta los reyes sobre sus tronos, los obligará a contenerse en los límites de una autoridad regular.

»El mismo azar, al servicio de las naciones, les dará ya jefes ineptos que por debilidad las dejarán hacerse libres, ya jefes ilustrados que por virtud las libertarán.

»Y cuando existan sobre la tierra cuerpos de naciones ilustradas y libres, sucederá a la especie lo que a sus elementos; la comunicación de las luces de una parte se extenderá de uno a otro, hasta ganar el todo. Por la ley de la imitación, el ejemplo de un pueblo se seguirá por los otros y adoptarán su espíritu y sus leyes. Los déspotas mismos, viendo que no pueden mantener su poder sin la justicia y la beneficencia, suavizarán su conducta por necesidad y por emulación, y se civilizarán generalmente los hombres.

»Entonces se establecerá entre los pueblos un equilibrio de fuerzas que, conteniéndolos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar los bárbaros usos de la guerra, y someterá a medios o pactos civiles el juicio de sus desavenencias; y la especie entera se convertirá en una gran sociedad, una gran familia, que gozará de toda la felicidad de que es capaz la sociedad humana. Esta gran operación será larga, sin duda,

porque es preciso que un mismo movimiento se propague en un cuerpo inmenso; que una misma levadura asimile una masa enorme de partes heterogéneas; pero, en fin, se verificará; ya se anuncian sus presagios. Ya se ve que, recorriendo en su marcha la gran sociedad los mismos trámites que las sociedades particulares, tiende a los mismos resultados. Disuelta al principio en todas sus partes, vió sus miembros por mucho tiempo sin coherencia y el aislamiento de los pueblos formó su edad de infancia y de anarquía; dividida después por la casualidad en secciones irregulares de Estados y de reinos, experimentó los extremos funestos de la extremada desigualdad de las riquezas y de las condiciones; y la aristocracia de los grandes imperios formó su segunda edad; posteriormente estos grandes privilegiados se disputaron el predominio, y siguió el período del choque de las pasiones. Pero al presente, cansados los partidos de sus discordias y conociendo la necesidad de las leyes, suspiran por la época del orden y la paz. Que se manifieste ese jefe virtuoso, que aparezca ese pueblo fuerte y justo, y la tierra lo levantará hasta el poder supremo: ese pueblo legislador es deseado, es llamado; mi corazón lo anuncia... Y volviendo la cabeza a Occidente: «Sí, continuó; ya un ruido sordo llega a mis oídos; un grito de libertad, pronunciado sobre climas distantes, ha resonado en el mundo antiguo. A este grito se levanta un murmullo secreto, en un gran pueblo, contra toda opresión; sorprendido de su debilidad, busca solícito cuáles son sus derechos, cuáles sus medios, y examina la conducta de sus gobernantes. Esperemos un día, una reflexión... y se verá nacer un movimiento inmenso y aparecer un siglo nuevo; siglo de admiración

para las almas vulgares, de sorpresa y de espanto para los tiranos, de libertad para un gran pueblo y de esperanza para toda la tierra.»

XIV

El gran obstáculo para la perfección

Calló el Genio... Pero inquieto mi espíritu por tristes reflexiones, rebelde a la persuasión, y temiendo ofenderle con esta resistencia, guardé silencio... Después de algún tiempo, clavando en mí la mirada penetrante: «Callas, dijo, ¡y tu corazón está agitado por sentimientos que no se atreve a exteriorizar!» Turbado y perplejo respondí: «¡Oh, Genio sagacísimo!, te ruego que perdones mi debilidad; sin duda tu boca no puede proferir sino la verdad pura; mas tu celestial inteligencia me comprende. Lo confieso: la convicción no ha penetrado en mi alma, y he creído que mis dudas podrían ofenderte.»

«¿Y qué tiene la duda, respondió, que pueda hacerle criminal? ¿Es dueño el hombre de sentir de otro modo de como está afectado?... Si una verdad es palpable, compadezcamos al que la desconoce; su castigo provendrá de su obcecación. Pero si es equívoca, ¿cómo podrá hallarse el carácter que no tiene? Creer sin evidencia, sin demostración, es acto de ignorancia y tontería: el crédulo se pierde en un laberinto de inconsecuencias; el sensato examina, discute, a fin de estar de acuerdo con sus opiniones; y el hombre de buena fe sufre la contradicción, porque ella sola es

la que hace descubrir la evidencia; violentar es propio de la mentira; obligar a creer es indicio de tiranía.»

Animado con estas palabras, dije al Genio: «Pues que mi corazón es libre, puedo indicarte que me esfuerso en vano en confiar en la esperanza con que pretendes consolarla; el alma sensible y virtuosa cede fácilmente a las ilusiones de la felicidad; pero al punto la desengaña una realidad cruel, haciéndola sentir dolor y miseria. Cuanto más medito sobre la naturaleza del hombre y examino el estado de las sociedades, menos posible creo un mundo sabio y feliz. Recorro nuestro hemisferio, y en parte alguna veo el germen de una revolución dichosa. Asia está sumergida en las más profundas tinieblas. El chino, regido por el despotismo del palo y por la suerte de los dados, encadenado por el vicio radical de una lengua y de una escritura mal construída, no me ofrece en el aborto de su civilización sino un pueblo autómeta. El indio, abrumado de preocupaciones, sujeto con los lazos sagrados de sus castas, vegeta en apatía incurable. El tártaro, errante o fijo, siempre estúpido y feroz, vive en la misma barbarie que sus abuelos. El árabe, dotado de genio felicísimo, pierde el fruto de sus virtudes naturales en la anarquía de sus tribus. El africano, degradado hasta la condición de hombre, parece estar entregado para siempre a la humillante esclavitud. En el Norte no veo más que siervos envilecidos y rebaños de pueblos, de los cuales se burlan los grandes propietarios. En todas partes la ignorancia, la tiranía y la miseria han destruído hasta el instinto de la verdad y de la dicha. Cierto es que en algunos parajes de Europa ha empezado la razón a tomar algún vuelo. ¿Pero en ella misma son acaso comunes a las nacio-

nes que la componen los conocimientos de los particulares? ¿Las luces de los Gobiernos han producido alguna ventaja a los pueblos? Y estos mismos pueblos que se suponen civilizados, ¿no son los que de tres siglos a esta parte llenan la tierra con sus injusticias? ¿No son los que, bajo pretexto de comercio, han devastado la India, despoblado un nuevo continente y sometido Africa a la más bárbara esclavitud? ¿Podrá nacer la libertad del seno de los tiranos? ¿Y se podrá distribuir la justicia por manos codiciosas e impuras? ¡Oh, Genio! Yo he visto los países civilizados, y la ilusión de su sabiduría se ha disipado al observarlos; he visto las riquezas acumuladas en pocas manos y la multitud pobre y desnuda; he visto todos los derechos, todos los poderes concentrados en algunas clases y la masa de los pueblos pasiva y precaria; he visto familias de príncipes y no cuerpos de la nación; en fin, he visto que toda la ciencia de los que mandan se reducía a oprimir con prudencia, y por lo tanto me ha parecido irremediable la esclavitud refinada de los pueblos civilizados. Sobre todo, un obstáculo ha fijado mi atención. Dirigiendo mis miradas al globo, lo he visto dividido en veinte sistemas diferentes de cultos; cada nación ha recibido o se ha formado unas opiniones religiosas contrarias, y atribuyéndose exclusivamente la verdad, cree a las demás en el error. Ahora bien: si el mayor número de los hombres se engaña, aunque de buena fe, se sigue que nuestra inteligencia cree la mentira como la verdad; y entonces, ¿qué medios quedan para descubrirla? ¿Cómo podrá desvanecerse el error una vez apoderado del espíritu? ¿Cómo será posible quitarse la venda, cuando el primer dogma de todas las religiones es la proscripción de la

duda, la prohibición del examen y la negación de su propio raciocinio? ¿Qué hará la verdad para darse a conocer? Si se presenta con las pruebas del raciocinio, el pusilánime recusa el testimonio de su conciencia; si invoca la autoridad de las potencias celestiales, el preocupado le opone una autoridad del mismo género y reputa de blasfemia toda invocación. Así es como los hombres contentos, al parecer, con su ceguera y cargándose voluntariamente de cadenas, se han entregado para siempre indefensos a su ignorancia y sus pasiones. Para libertarse de un cúmulo de trabas tan fatales sería menester un concurso, también inaudito, de felices circunstancias. Sería preciso que, curada una nación entera del delirio de la superstición, fuese inaccesible a los impulsos del fanatismo; que libre del yugo de una falsa doctrina, se impusiese un pueblo el de la verdadera moral y la razón; que fuese al mismo tiempo atrevido y prudente, instruido y dócil; que cada individuo conociese sus derechos y no traspasase sus límites; que el pobre supiese resistir la seducción y el rico la avaricia; que se hallasen jefes desinteresados y justos; que sintiese el pueblo, al recobrar sus derechos, que no puede ejercerlos sino por medio de los órganos que debía elegir; que, elector de sus magistrados, supiese al mismo tiempo censurarlos y respetarlos, y que una nación, en fin, fuese bastante valerosa para conquistar su libertad, bastante instruída para afianzarla, poderosa para defenderla y generosa para transmitirla. ¿Pero tantas condiciones podrán reunirse? Y aun cuando en sus combinaciones infinitas la suerte produjera ésta, ¿tendría yo la dicha de gozarla? ¿O llegará mucho después que estén yertas mis cenizas?»

Mi pecho oprimido no me permitió hablar más... El Genio tampoco me respondió; pero oí que decía en voz baja: «Sostengamos la esperanza de este hombre, porque si el que ama a sus semejantes se desalienta, ¿qué será de las naciones? Pues bien: anticipemos los futuros tiempos; descubramos a la virtud el siglo asombroso que está pronto a nacer a fin de que, a la vista del objeto que desea, se reanime con nuevo ardor y redoble los esfuerzos que debe hacer para lograrlo.»

XV

El siglo nuevo

Apenas hubo proferido estas palabras, se oyó del lado de Occidente un gran ruido; y volviendo la vista, percibí a la extremidad del Mediterráneo, en el dominio de una de las naciones de Europa, un movimiento prodigioso y tal como se ve en una vasta ciudad cuando se manifiesta una sedición violenta, y el pueblo se agita y difunde, cual las olas de un mar embravecido, por las calles y las plazas públicas. Heridos al propio tiempo mis oídos por los gritos, distinguí las siguientes frases:

«¿Qué nuevo prodigio es este? ¿Qué plaga cruel y desconocida? Somos una nación poderosa ¡y parece que no tenemos brazos! Poseemos un suelo fertilísimo ¡y carecemos de producciones! Somos activos y laboriosos, ¡y vivimos en la indigencia! Pagamos enormes tributos, ¡y nos dicen que no son suficientes! Estamos

en paz con las naciones vecinas, ¡y nuestros bienes no están seguros! ¿Cuál es el enemigo oculto que nos devora?»

Y algunas voces respondieron: «Levantad un estandarte en torno del cual se reunan todos lo que por medio de útiles trabajos mantienen y conservan la sociedad, y conoceréis el enemigo que os devora».

Levantado, en efecto, el estandarte, se halló esta nación repentinamente dividida en dos cuerpos desiguales: uno, innumerable y casi total, ofrecía en la pobreza general de los vestidos y en los rostros descarnados los indicios de la miseria y del trabajo; el otro, grupo pequeñísimo, fracción imperceptible, presentaba en la riqueza de sus vestidos, cargados de oro y plata, y en la lozanía de sus rostros, los síntomas de la holgazanería y la abundancia.

Y mirando estos hombres con mayor atención, reconocí que el gran cuerpo estaba compuesto de labradores, artesanos, mercaderes y de todas las profesiones laboriosas y estudiosas útiles a la sociedad, y que en el pequeñísimo grupo sólo se encontraban curas y ministros del culto de todas jerarquías, empleados del fisco y de otras varias clases, con uniformes, libreas y otros distintivos; en fin, gentes religiosas, civiles o militares y otros asalariados del Gobierno.

Y hallándose estos dos cuerpos frente a frente y mirándose con admiración, observé que de una parte nacía la cólera y la indignación y de la otra una especie de terror, y el gran cuerpo dijo al más pequeño:

«¿Por qué estáis separados de nosotros? ¿No sois una parte de nosotros mismos?»

«No—respondió el grupo pequeñísimo—: vosotros sois el pueblo; nosotros somos una clase distinguida,

que tenemos nuestras leyes, nuestros usos y nuestros derechos particulares».

El Pueblo.—¿Y de qué trabajo vivís en nuestra sociedad?

La Clase privilegiada.—No hemos nacido para trabajar.

—¿Cómo habéis adquirido tantas riquezas?

—Tomando el cuidado de gobernaros.

—¡Qué decís! Nosotros nos fatigamos, ¡y vosotros gozáis! Nosotros producimos, ¡y vosotros disipáis! Las riquezas provienen de nosotros, pero vosotros las absorbéis. ¿Y a esto llamáis gobernar?... Clase privilegiada, cuerpo distinto que no sois el pueblo, formad vuestra nación separada, y veréis cómo subsistiréis.

Deliberando entonces el pequeño grupo sobre aquel caso nuevo, dijeron algunos hombres justos y generosos: «Nos es preciso unirnos al pueblo y compartir con él las cargas, pues son hombres como nosotros y nuestras riquezas provienen de ellos». Pero otros repusieron con orgullo: «Sería una vergüenza confundirnos con la turba, que ha nacido para servirnos. ¿No somos la raza noble y pura de los conquistadores de este imperio? Recordemos a esa turba nuestros derechos y su origen».

Los Nobles.—¡Pueblo! ¿olvidas que nuestros antepasados han conquistado este país, y que si vuestro origen ha obtenido su salvación fué con condición de servirnos? Ved, pues, nuestro contrato social; ved el Gobierno constituido por el uso y prescrito por el transcurso del tiempo.

El Pueblo.—Origen puro de los conquistadores, manifestadnos vuestra genealogía, y veremos si lo que

en un individuo es robo y rapiña viene a ser virtud en una nación.

Y al instante se oyeron voces en diferentes puntos que llamaban por sus nombres a los nobles; y citando su origen y parientes, nombraban a sus abuelos, bisabuelos y a sus mismos padres, que habían nacido mercaderes y artesanos, y después de haberse enriquecido, sin detenerse en los medios, habían comprado a peso de oro su nobleza: de suerte que un pequeño número de familias era realmente de linaje antiguo. «Mirad, decían, a estos hombres de fortuna, que no reconocen a sus parientes; mirad a estos reclutas plebeyos, que se creen ilustres veteranos». Lo que causó rumor y risa.

Para impedirla, algunos hombres austeros gritaron y dijeron: «Pueblo dulce y fiel, reconoced la autoridad legítima: el rey lo quiere y la Ley lo ordena».

El Pueblo.—Muy bien; pero decidnos qué significa legítima, sino íntima a la ley, escrita en ella. Ahora; si los reyes solos hacen la ley, ellos también se hacen legítimos. Amigos de los reyes, decidles que es sólo legítimo el Gobierno justo; que el sólo justo es el conforme al interés del pueblo, porque el pueblo es el número mayor, que en la balanza pesa más que el pequeño. Oprimir el pueblo, engañarle es usurpación.

Y a esto dijeron los militares: «La multitud no obedece sino a la fuerza; es menester reprimirla. Soldados: castigad a este pueblo rebelde.»

El Pueblo.—¡Soldados: Sois nuestra propia sangre! ¿Seréis capaces de ofender a vuestros hermanos? Si el pueblo perece, ¿quién mantendrá el Ejército?

Y los soldados, bajando las armas, dijeron: «También nosotros somos pueblo; mostradnos el enemigo.»

Al ver esto manifestaron los eclesiásticos que ya no quedaba sino un recurso: aprovecharse de la superstición del pueblo y espantarle con el nombre de Dios y de la religión.

Los sacerdotes.—¡Amados hermanos! ¡Hijos nuestros! Dios nos ha instituído para gobernaros.

El Pueblo.—Mostradnos vuestros poderes celestiales.

—Es menester tener fe: la razón extravía.

—¿Gobernáis sin raciocinar?

—Dios quiere la paz: la religión prescribe la obediencia.

—La paz supone la justicia; la obediencia quiere la convicción de nuestras obligaciones.

—No estamos en este miserable mundo sino para sufrir.

—Pues dadnos ejemplo.

—¿Viviréis sin Dios y sin reyes?

—Queremos vivir sin tiranos.

—Necesitáis mediadores.

—¿Mediadores cerca de Dios y de los reyes, cortesanos y sacerdotes? Gracias; vuestros servicios son demasiado dispendiosos. Nosotros trataremos directamente nuestros negocios.

Entonces el grupo pequeñísimo dijo: «Todo está perdido; la multitud se halla ilustrada.»

Y el Pueblo respondió: «Todo está salvado, porque, ilustrados, no abusaremos de nuestra fuerza ni pretenderemos más que nuestros derechos. Teníamos resentimientos, pero los olvidamos; éramos esclavos, podíamos mandar, y sólo queremos ser libres: y la libertad no es sino la justicia.»

XVI

Un pueblo libre y legislador

Este suceso extraordinario me hizo considerar que todo poder público se hallaba interrumpido, y que, cesando repentinamente el régimen habitual de este pueblo, podía caer en la disolución de la anarquía. Tal idea me llenó de espanto; pero luego reparé que, deliberando sobre su situación, dijo:

«No basta haber sacudido el yugo de los parásitos y de los tiranos; es menester impedir que renazca. Somos hombres, y la experiencia nos ha enseñado la tendencia que tenemos a dominar y a poseer a expensas de los otros. Es preciso, pues, precavernos de una inclinación que fomente la discordia; establecer reglas positivas de nuestras acciones y de nuestros derechos. Ahora bien: el conocimiento de estos derechos, el juicio de estas acciones, son cosas abstractas y difíciles que exigen todo el tiempo y facultades de un hombre. Ocupados en nuestros trabajos, no podemos ocuparnos en semejantes estudios, ni ejercer por nosotros mismos tales funciones. Escojamos, pues, hombres que las desempeñen: deleguémosles poderes para crearnos un gobierno y leyes; constituyámosles representantes de nuestras voluntades e intereses. Y a fin de que sean una representación fiel, elijámoslos numerosos e iguales a nosotros para que la diversidad de nuestras voluntades y de nuestros intereses se encuentre reunida en ellos.»

Así lo hizo; y habiendo escogido el pueblo en su seno el número de hombres que juzgó oportuno, les

dijo: «Hemos vivido hasta ahora en una sociedad formada por el acaso, sin bases fijas, sin convenios libres, sin estipulación de derechos; y han resultado de este estado precario desórdenes y fatalidades. Hoy queremos establecer un contrato regular, y os hemos elegido para extender los artículos: examinad maduramente cuáles deben ser sus bases y condiciones. Investigad con esmero cuál es el fin, cuáles son los principios de toda asociación; conoced los derechos que cada miembro tiene, las facultades que cede y las que conserva; indicadnos reglas y leyes equitativas; estableced un nuevo sistema de gobierno, porque conocemos que han sido muy viciosos los principios que nos han guiado. Nuestros padres han marchado por sendas de ignorancia y la costumbre de seguirlos nos ha extraviado. Todo se ha hecho por violencia, fraude o seducción, y las verdaderas leyes de la moral y la razón están obscurecidas. Desembrollad ese caos, descubrid sus relaciones, publicad su código y nos conformaremos con él.»

El pueblo, entonces, levantó un trono, y haciendo sentar en él a los elegidos, les dijo: «Os levantamos sobre nosotros a fin de que podáis descubrir mejor el conjunto de nuestras relaciones y seáis superiores a toda pasión. Pero acordaos de que sois nuestros semejantes; que el poder que os conferimos es nuestro; que os lo damos en depósito, y no en propiedad o herencia; que habéis de ser los primeros en obedecer las leyes que forméis; que después bajaréis a donde estamos, y que no habréis adquirido otro derecho que el de la estimación y la gratitud. Y reflexionad con qué tributo de gloria no honrará el Universo la primera asamblea de hombres razonables que haya decla-

rado solemnemente los principios inmutables de la justicia y consagrado los derechos de las naciones a la faz de los tiranos, cuando ha reverenciado con tal adulación a tantos apóstoles de la impostura.»

XVII

Base universal de todo derecho y de toda ley

Los hombres elegidos por el pueblo para fijar los principios de la moral y de la razón, procedieron a realizar el objeto sagrado de su encargo; y tras largo examen, habiendo descubierto un principio universal y fundamental, se levantó un legislador y dijo al pueblo: «He aquí la base primitiva; el origen físico de toda justicia y todo derecho.

»Cualquiera que sea la potencia activa, la causa motriz que rige el Universo, habiendo dado a todos los hombres los mismos organismos, las mismas sensaciones y necesidades, ha declarado por este hecho que daba a todos los propios derechos al uso de sus bienes, y que todos los hombres son iguales en el orden de la Naturaleza.

»En segundo lugar, resulta evidentemente que habiendo dado a cada uno los medios suficientes para proveer a su existencia, les ha constituido a todos independientes unos de otros, les ha creado libres; de modo que ninguno está sometido a otro; y cada uno es propietario de su ser.

»Así, la igualdad y la libertad son atributos esenciales del hombre, leyes de la Divinidad, constitutivas e irrevocables como las propiedades físicas de los elementos.

»Luego de que todo individuo sea dueño absoluto de su persona, se sigue que la libertad absoluta de su consentimiento es condición inseparable de todo contrato.

»La igualdad y la libertad son, pues, las bases físicas e inalterables de toda reunión de hombres en sociedad y, por consecuencia, el principio necesario y engendrador de toda ley y de todo sistema de gobierno regular.

»Por haber faltado a este principio, se han introducido desórdenes; sólo observándolo, podréis corregirlos y reconstituir una asociación dichosa.

»Pero mirad que resultará una gran sacudida en vuestros hábitos, en vuestras fortunas y preocupaciones. Será preciso disolver contratos viciosos y derechos abusivos; renunciar a distinciones injustas y a falsas propiedades, y entrar por un momento en el estado de la Naturaleza. Mirad si podréis consentir tantos sacrificios».

Pensando en la codicia inherente al corazón del hombre, creí que este pueblo iba a renunciar a toda idea de mejoramiento. Pero al instante se adelantaron una multitud de hombres generosos hacia el trono, y abjuraron todas sus distinciones y todas sus riquezas.

«Dictamos, dijeron, las leyes de igualdad y de libertad; nada queremos poseer en adelante sino por título de justicia.

»Igualdad, libertad, justicia: he aquí en lo sucesivo nuestro código y nuestro estandarte».

Al momento levantó el pueblo una bandera grandísima con estas tres palabras, a las cuales señaló tres colores; y habiéndola plantado sobre la silla del legislador, tremoló la enseña de la justicia universal por

primera vez sobre la Tierra. El pueblo erigió ante este sitio un altar nuevo, sobre el cual colocó una balanza de oro, una espada y un libro con esta inscripción:

A LA LEY IGUAL QUE JUZGA Y PROTEGE

Y habiendo rodeado la silla y el altar de un anfiteatro inmenso, se sentó esta nación en él toda entera para oír la publicación de la ley; millones de hombres levantaron los brazos al cielo e hicieron solemne juramento de vivir iguales, libres y justos; respetar sus derechos recíprocos y sus propiedades, y obedecer a la ley y a sus ejecutores legalmente elegidos.

Este espectáculo tan imponente de fuerza y de grandeza, y tan admirable por su generosidad, me conmovió al punto de hacerme derramar lágrimas, y dirigiéndome al Genio exclamé:

«Ahora deseo vivir, pues la esperanza me reanima».

XVIII

Espanto y conspiración de los tiranos

Apenas resonó sobre la Tierra este clamor solemne de igualdad y libertad, se produjo sorpresa y turbación en el seno de las naciones; por una parte empezó la multitud a agitarse, indecisa, entre el temor y la esperanza, entre el conocimiento de sus derechos y la costumbre de arrastrar sus cadenas; por otra, despertados los reyes súbitamente del sueño de la indolencia y del despotismo, temieron ver destruir sus tronos; y en todas partes esas clases de tiranos civiles y religiosos que engañan a los reyes y oprimen a los pueblos,

se vieron sobrecogidos de furor y espanto; y tramando pérfidos designios, prorumpieron:

«¡Desdichados nosotros si el grito funesto de libertad llega a oídos de la multitud, si este espíritu de justicia se propaga!...» Y viendo flamear la brillante bandera, añadieron:

«¿Concebís la multitud de males que se encierran en esas palabras? Si todos los hombres son iguales, ¿dónde están nuestros derechos exclusivos de honor y poder? Si son libres, ¿qué será de nuestros esclavos y nuestras propiedades? Si todos son iguales en el estado civil, ¿dónde están nuestras prerrogativas de nacimiento y herencia? ¿Y qué vendrá a ser la nobleza? Si son todos iguales ante Dios, ¿dónde está la necesidad de mediadores? ¿Qué será del sacerdocio? ¡Ah! Apresurémonos a destruir un germen tan fecundo y contagioso; aterremos a los reyes para que se unan a nuestra causa. Dividamos los pueblos y suscitemosles turbulencias y guerras; ocupémosles con luchas y conquistas, y alarmémosles con el poder de esta nación libre; formemos una gran liga contra el enemigo común; abatamos esa bandera sacrilega; sofoquemos en su origen este incendio de revoluciones.

Y los tiranos formaron una liga: y arrastrando tras sí una multitud forzada o seducida, se dirigieron contra la nación libre, e invadiendo con grandes alaridos el altar y el trono de la ley natural, dijeron:

«¿Qué doctrina nueva y herética es esta? ¿Qué altar impío es este, y qué culto sacrilegio?... ¡Pueblos fieles y creyentes!: ¿cómo podréis persuadiros de que hasta hoy no se ha descubierto la verdad, y habéis seguido las sendas del error, y de que tienen estos hombres el privilegio de ser más sabios que vosotros? Y tú

nación descarriada y rebelde, ¿no ves que tus jefes te engañan, que alteran los principios de vuestra fe y destruyen la religión de vuestros padres? ¡Ah! Temed la cólera del cielo, y apresuraos, por un pronto arrepentimiento, a reparar vuestros errores.»

Pero la nación libre guardó profundo silencio; y manifestándose toda entera armada, conservó una actitud imponente.

Y el legislador dijo a los jefes de los pueblos: «Si cuando marchábamos con una venda en los ojos, la luz alumbraba nuestros pasos, ¿porque huirá de las miradas que la buscan? Si los jefes que prescriben a los hombres ser perspicaces, los engañan y extravían, ¿qué harán aquellos que sólo quieren guiar a ciegos? ¡Jefes de los pueblos! Si poseéis la verdad, hacédnosla ver, la recibiremos con reconocimiento, porque la buscamos de buena fe y nos interesa hallarla. Somos hombres, y podemos engañarnos; pero vosotros lo sois también, y no sois infalibles. Ayudadnos, pues, a desenmarañar este laberinto, en que tantos siglos hace anda la triste humanidad, a disipar la ilusión de tantos errores y tan viciosos hábitos. Terminemos en un día los combates eternos del error; establezcamos entre él y la verdad una pública contienda, y escuchemos los dictámenes de los hombres de todas las naciones. Convoquemos la asamblea general de los pueblos para que sean jueces en su propia causa; y que en los debates de todos los sistemas, oídos todos los argumentos en favor de las preocupaciones y de la razón, haga al fin nacer la concordia universal de los espíritus y de los corazones por el sentimiento de una general evidencia.

Asamblea general de los pueblos

Así habló el legislador; y convencida la multitud, aplaudió estos principios, y los tiranos quedaron solos y confusos.

Entonces se ofreció a mi vista una escena asombrosa: todos los pueblos y las naciones de la Tierra, corriendo de todas partes, me pareció que se reunían en un mismo recinto y formaban un Congreso inmenso.

Diferenciado en grupos por el variado aspecto de los trajes, de los rasgos del rostro, del color de la piel, su innumerable multitud me ofreció el espectáculo más extraordinario e interesante.

De una parte, veía al europeo con su traje ajustado, su sombrero puntiagudo y triangular, su barba afeitada y los cabellos empolvados; de otra, el asiático con la capa talar, la barba larga, la cabeza rasa y un turbante redondo; aquí observaba los pueblos africanos, con la piel de ébano, los cabellos lanosos, el cuerpo ceñido de paños blancos y azules, adornados de brazaletes y collares de coral, conchas y vidrio; allí, las castas septentrionales envueltas en sacos de piel; el lapón con su gorro puntiagudo, y por zapatos, abarcas; el samoyedo, de cuerpo ardiente y olor penetrante; el tonguzo, con el gorro de puntas y los idolos pendientes del cuello; el yacuto, con el rostro picado; el calmuco, con la nariz aplastada y los ojos torcidos; más allá estaban los chinos, vestidos de seda y con las trenzas pendientes; los japoneses, de mez-

clas muy variadas; los malayos, con sus grandes orejas, su nariz atravesada por un anillo y un sombrero inmenso de hojas de palma; y los habitantes taraceados de las islas del Océano y del continente antípoda.

El aspecto de tantas variedades de una misma especie, de tantas modificaciones de una misma organización, nos inspiró mil sensaciones y pensamientos. Consideré con asombro aquella gradación de colores, que desde la viva escarlata pasa ya hasta al moreno claro y después obscuro, ahumado, bronceado, aceitunado; plomizo y cobrizo; en fin, hasta el negro de ébano y azabache; y viendo al cachemiro con la tez de rosa al lado del indio morenuzco, al georgiano cerca del tártaro, reflexionaba sobre los efectos de los climas fríos o calientes, del suelo alto o profundo, pantanoso o seco, raso o sombrío; comparaba al enano del polo con el gigante de las zonas templadas; el cuerpo descarnado del árabe con el rollizo del holandés; el talle corto y grueso del samoyedo con la soltura del griego y del eslavo; la lana negra y crasa del etíope con la seda dorada del dinamarqués; el rostro aplastado del calmuco, sus ojos pequeñuelos y torcidos, y su nariz achatada, con el rostro ovalado y saliente, los grandes ojos azulados y la nariz aguileña del abazan y circasiano. Oponía también las telas pintadas del indio, los géneros preciosos del europeo, las ricas pieles del siberiano a los tejidos de cortezas, juncos, hojas y plumas de los salvajes, y a las figuras azuladas de serpientes, de flores y estrellas con que su piel estaba señalada. Unas veces creía ver en el cuadro abigarrado de esta multitud las praderas esmaltadas del Eufrates y el Nilo, cuando después de las lluvias y las inundaciones nacen por todas partes millones de

flores; otras veces me figuraba al observar su murmullo y movimiento, aquellos enjambres innumerables de langostas que vienen por la primavera a cubrir las llanuras del Haurán.

Y al aspecto de tantos seres, abrazando la inmensidad de los pensamientos y de las sensaciones, reflexionando sobre la oposición de tantas opiniones, de tantos errores, y en el choque de tantas pasiones de hombres tan inestables, me hallé vacilante entre el asombro, la admiración y el temor secreto. A este tiempo, el legislador pidió el silencio.

«Habitantes de la Tierra, dijo: Una nación libre y poderosa os dirige palabras de paz y justicia, y os ofrece garantías de sus intenciones en su convicción y su experiencia. Afligida largo tiempo por los mismos males que vosotros, ha buscado su origen, y ha encontrado que todos derivan de la violencia y de la injusticia, erigidas en leyes; entonces, anulando sus instituciones artificiosas y arbitrarias, y remontando al origen de todo derecho y razón, ha visto que existían en el orden del Universo y en la constitución física del hombre, leyes eternas, inmutables, y que sólo esperaban fijase la vista en ellas para hacerle dichoso. ¡Hombres, levantad los ojos al cielo que os ilumina! ¡Volvedlos después a esa Tierra que os mantiene! Cuando habéis recibido la misma vida y los mismos órganos, ¿no habéis recibido los mismos derechos al uso de estos beneficios? ¿No sois iguales y libres todos? ¿Qué mortal se atreverá a negar a su semejante lo que le concede la Naturaleza? ¡Oh, naciones! Ahuyentemos toda discordia y tiranía; no formemos más que una sociedad y una gran familia; y pues que el género humano no tiene sino una misma constitución, que no exista para él

más que una ley, y que ésta sea la de la NATURALEZA; ni más que un código, el de la RAZÓN; ni más que un trono, el de la JUSTICIA; ni más que un altar, el de la UNIÓN».

Así habló. Una aclamación inmensa se levantó hasta los cielos; y los pueblos, en la embriaguez de su júbilo, hicieron retumbar la tierra con las palabras Igualdad, Justicia y Unión. Pero luego siguió a este primer movimiento otro diferente: los doctores y los jefes de los pueblos los excitaron a las disputas; vi nacer un murmullo que, comunicándose de unos a otros, produjo gran desorden: cada nación tenía pretensiones exclusivas y reclamaba el predominio de sus opiniones y su código.

«Tú sigues el error —se decían los partidos unos a otros —; nosotros solos poseemos la verdad, tenemos la ley verdadera, la regla cierta de todo derecho, de toda iusticia, el único medio de la felicidad y la perfección; todos los demás hombres son ciegos o rebeldes». En medio de esta algarabía, reinaba más agitación extrema.

Pero el legislador pidió que callasen, y dijo: «¡Oh, pueblos! ¿Qué movimiento de pasión os agita? ¿A dónde os conducirían esas querellas? De muchos siglos acá la Tierra es una palestra, y habéis derramado torrentes de sangre por vuestras desavenencias. ¿Qué han producido tantos combates y tantas lágrimas? Cuando el fuerte ha sometido a su opinión al débil, ¿qué ha hecho en favor de la verdad? ¡Oh, naciones!, tomad consejo de vuestra propia sabiduría. Cuando una disputa divide a los individuos o las familias, ¿qué hacéis para conciliarlas? ¿No les ofrecéis árbitros?» «Sí, sí» —exclamó la multitud— «¡Pues bien!,

ofrecedlos a los autores de vuestras disensiones. Mandad a vuestros preceptores, que os imponen su creencia, que ventilen ante vosotros las razones en que la fundan. Pues que invocan vuestros intereses, conoced cómo los defienden. Y vosotros, jefes y doctores de los pueblos, antes de comprometerlos en la lucha de vuestras opiniones, discutid sus pruebas. Establezcamos una controversia solemne, una investigación pública de la verdad, no ante un tribunal de un hombre corruptible o de un partido apasionado, sino delante del de todas las luces y todos los intereses de que se compone la humanidad, y que la razón natural de toda la especie sea nuestro árbitro y nuestro juez.

Noticia bibliográfica

Voyage en Egypte et en Syrie.

Considération sur la guerre des Turcs et de la Russie.

Mémoire sur la chronologie des douze siècles antérieurs au passage de Xercès en Grèce.

Rapport sur les vocabulaires comparés des peuples de toute la Terre, du Professeur Pallas.

Alphabet européen appliqué aux langues asiatiques.

Discours sur l'étude philosophique des langues.

Lettre au comte Lanjuinais sur l'antiquité de l'Alphabet Phénicien.

Vues nouvelles sur l'organisation des langues orientales.

Histoire de Samuel, inventeur du sacre des rois.

Tableau du climat et du sol des Etats
Unis.

Recherches nouvelles sus l'Histoire an-
cienne.

Supplément à l'Hérodote du Larchez.

Méthode pour apprendre les langues arabe,
persanne et turque.

ÍNDICE

Noticia biográfica	5
Invocación	9
Las Ruínas o meditación sobre los Imperios:	
I.—El viaje	11
II.—La meditación	13
III.—El fantasma.	17
IV.—La exposición	22
V.—Condición del hombre en el Universo	27
VI.—Estado original del hombre	29
VII.—Principios de las sociedades.	31
VIII.—Origen de los males de las sociedades	33
IX.—Origen de los gobiernos y de las leyes	34
X.—Causas generales de la prosperidad de los Estados antiguos.	37
XI.—Causas generales de las revoluciones y de la ruína de los Estados antiguos	41
XII.—Lecciones de los tiempos pasados, repetidas en los tiempos presentes	50
XIII.—¿Se mejorará la especie humana?	63
XIV.—El gran obstáculo para la perfección.	71
XV.—El siglo nuevo.	75
XVI.—Un pueblo libre y legislador.	80
XVII.—Base universal de todo derecho y de toda ley.	82
XVIII.—Espanto y conspiración de los tiranos	84
XIX.—Asamblea general de los pueblos	87
Noticia bibliográfica	93

Biblioteca Popular

LOS GRANDES PENSADORES

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y del progreso.

TOMOS PUBLICADOS

(PRIMERA SERIE)

VICTOR HUGO	Páginas escogidas,	(Nobre, 1915)
F. PI Y MARGALL	Las Clases Jornaleras	
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica	
P. J. PROUDHON	La Propiedad	
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo	
EDUARDO BENOT	Temas Varios	
ELISEO RECLUS	El Hombre y la Tierra (Fragmentos)	
ERNESTO RENAN y	{ Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales	
M. BERTHELOT		
EMILIO ZOLA	Crítica Social	
J. MICHELET	De los Jesuitas	
CAMILO FLAMMARIÓN	La Vida	
DIDEROT	La Religiosa	

(SEGUNDA SERIE)

F. LAMENNAIS	Palabras de un creyente,	(Nobre, 1916)
P. KROPOTKINE	Palabras de un rebelde	
J. J. ROUSSEAU	El contrato social	
H. SPENCER	Creación y evolución	
J. JAURÉS	El Socialismo	
STUART MILL	El utilitarismo	
C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira	tomo I

EN PRENSA

C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira	tomo II
CH. DARWIN	El Hombre y su origen	
L. TOLSTOY	La gran tragedia	
CH. DICKENS	Los tiempos difíciles	
M. GORKI	Los vencidos	

Se publica el segundo sábado de cada mes. Cada tomo 50 cts.

SUSCRIPCIÓN

Un año; o sean 12 volúmenes	5'—pesetas
Seis meses, o sean 6 volúmenes	2,75 "
Exterior,—Un año	6,—

La suscripción puede empezar en cualquier mes del año

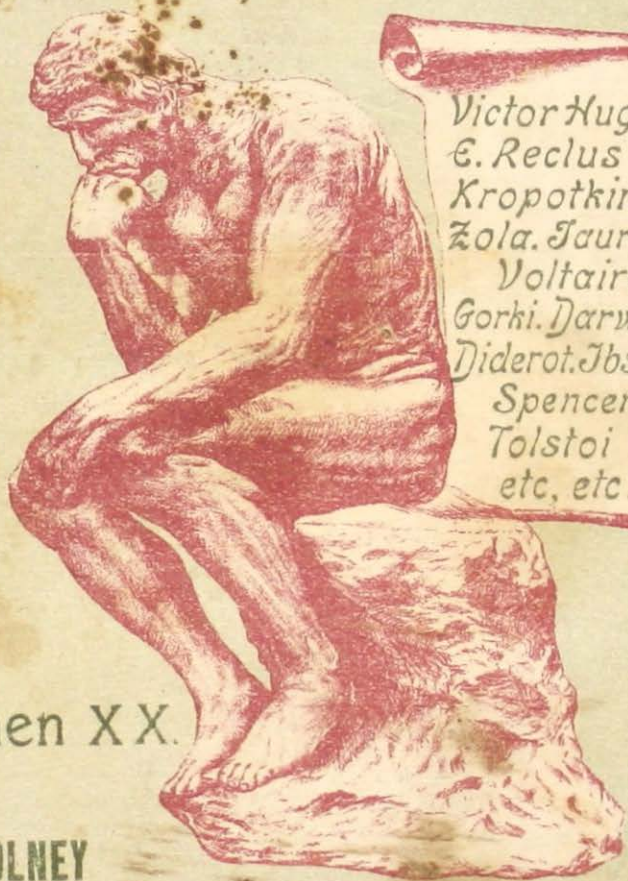
El pago de cada suscripción deberá hacerse por anticipado, remitiendo el importe por giro postal o cualquier otro medio.

TOMOS ENCUADERNADOS

Los doce tomos publicados divididos en 2 elegantes volúmenes conteniendo 6 tomos cada uno, encuadernados con lujosas tapas a varias tintas, se venden a 4 pesetas cada volumen.

Cada tomo separadamente encuadernado con tapas de tela inglesa, se vende a una peseta.

BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES



*Victor Hugo
E. Reclus
Kropotkine
Zola. Taurès
Voltaire
Gorki. Darwin
Diderot. Ibsen
Spencer
Tolstoi
etc. etc.*

Volumen XX.

C. VOLNEY

Las Ruinas de Palmira

(Tomo II)

140

373 B

VOLNEY

F 596

Sp 935

BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

VOLNEY



LAS RUINAS DE PALMIRA

VERSIÓN CASTELLANA REVISADA

por

Cristóbal Litrán

VOLUMEN XX - SEGUNDA SERIE

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA

CORTES, 478

BUENOS AIRES

PICHINCHA, 1867

Las Ruinas o meditación sobre las Revoluciones de los Imperios

XX

Investigación de la verdad

Los pueblos aplaudieron. El legislador continuó: «A fin de proceder con orden, dejad en el circo, delante del altar de la Paz y la Unión un semicírculo libre, y que cada sistema de religión y cada secta, levantando un estandarte particular, venga a plantarlo en el límite de la circunferencia; que sus jefes y doctores se coloquen alrededor y que sus sectarios se sitúen detrás en una misma línea.»

Trazado el semicírculo, se levantó una multitud innumerable de estandartes de todos colores y formas, como las que se ven en un puerto concurrido por cien naciones comerciantes los días de fiesta, en que millares de pabellones y gallardetes flamean sobre un bosque de mástiles. Al ver esta prodigiosa diversidad de banderas, me volví al Genio y le dije: «Yo creía que la Tierra estaba solamente dividida en ocho o diez sistemas de creencia, y aun así desesperaba de que pudiera lograrse su reconciliación; pero ahora que descubro

tantos millares de partidos, ¿cómo podré esperar concordia?» «Sin embargo, respondió el Genio, todavía no están todos; ¡y quieren ser intolerantes!...»

Al paso que los grupos venían, empezó a explicarme sus símbolos.

«Ese grupo de estandartes verdes, que tiene una media luna, un velo y un sable, es de los sectarios del profeta árabe. Decir que hay un Dios (sin saber lo que es), creer en las palabras de un hombre (sin entender su idioma), ir a un desierto a rogar a Dios (que se halla en todas partes), lavar sus manos con agua (y no abstenerse de sangre), ayunar de día (y devorar de noche), dar limosna de sus bienes (y robar los ajenos): tales son los medios de perfección instituidos por Mahoma. El que no corresponde a ellos es un réprobo, tocado de anatema y destinado al cuchillo. Un Dios clemente, autor de la vida, dió estas leyes de opresión y muerte; las hizo para todo el Universo, y no las reveló sino a un hombre; las estableció desde la eternidad, y acaban casi de publicarse; son suficientes para todas las necesidades, y, sin embargo, añadió a ellas un volúmen. Este volumen debía esparcir la luz, demostrar la evidencia, atraer la perfección y la felicidad, y a pesar de esto, aun viviendo el apóstol, ofrecían sus páginas a cada frase sentidos oscuros, ambiguos, contradictorios, y ha sido preciso explicarlo y comentarlo; y sus intérpretes se han dividido en sectas enemigas. Una sostiene que Alí es el verdadero sucesor; la otra defiende a Omar y Abubeker. Esta niega la eternidad del Korán, aquélla las absoluciones y preces; el Carmata proscribela peregrinación y permite el vino; el Hakemita predica la transmigración de las almas; así se cuentan hasta sesenta y dos partidos.

Cada cual se atribuye exclusivamente la evidencia, reprochando a los otros la herejía y rebelión. Esta religión que adora a un Dios clemente y misericordioso, autor y padre común de todos los hombres, se ha convertido en foco de discordias, en pretexto de guerra y mortandad, y no ha cesado, de mil doscientos años a esta parte, de inundar la Tierra de sangre y de esparcir la desolación de un extremo a otro del antiguo mundo.

»Esos hombres que se distinguen por sus enormes turbantes blancos, sus mangas anchas y sus largos rosarios, son los imanes, los molas y los muphtis, y cerca de ellos los derviches con los gorros puntiagudos, y los santones con los cabellos sueltos. Mira con qué vehemencia hacen profesión de fe y comienzan a disputar sobre las manchas graves o ligeras, sobre la materia y forma de las abluciones, los atributos de Dios y sus perfecciones, el chaitan y los ángeles malos o buenos, sobre la muerte, la resurrección, el interrogatorio, en el sepulcro, el juicio, el pasaje del puente estrecho como un cabello, la balanza de las obras, las penas del Infierno y las delicias del Paraíso.

»Ese segundo grupo, todavía más numeroso, compuesto de estandartes blancos sembrados de cruces, es el de los adoradores de Jesús. Reconociendo el mismo Dios que los musulmanes, fundando su creencia en los mismos libros, admitiendo como ellos un primer hombre que perdió a todo el género humano por comer una manzana, les tienen, sin embargo, un santo horror y los tachan de blasfemos e impíos. Estriba el gran punto de sus disensiones en que, después de haber admitido un Dios único e indivisible, los cristianos le dividen en tres personas, que quieren sea cada

una un Dios entero y completo, sin dejar de formar un todo. Y añaden que este ser que llena el Universo se ha encarnado en el cuerpo de un hombre y revestido de órganos materiales, perecedores y circunscriptos, sin dejar de ser inmaterial, eterno e infinito. Los musulmanes, que no comprenden estos misterios, aunque sí la eternidad del Korán y la misión del profeta, los rechazan como visiones de cabezas enfermas; de lo cual se siguen odios implacables.

Por otra parte, divididos los cristianos en muchos puntos de su propia creencia, forman una multitud de partidos, y las disputas que los agitan son tanto más violentas cuanto más inaccesibles son a los sentidos los objetos en que se fundan; y siendo las demostraciones imposibles, la opinión de cada cual no tiene otra regla que el capricho. Aunque convienen en que Dios es un ser incomprendible, disputan sobre su esencia, su modo de obrar y sus atributos. Convienen en que la transformación en hombre es superior al entendimiento, y disputan sobre la confusión o distinción de las dos voluntades y las dos naturalezas, sobre la variación de substancia, sobre la presencia real o hipotética, el modo de la encarnación, etc.

»De aquí una multitud innumerable de sectas, de las cuales han perecido ya doscientas o trescientas, y existen todavía cuatrocientas, representadas por esa infinidad de estandartes que deslumbran tu vista. El primero que está a la cabeza, rodeado de ese grupo con vestidos tan extraños: de esa mezcla confusa de ropajes violeta, rojo, blancos y negros de cabezas tonsuradas, de sombreros encarnados, bonetes cuadrados, mitras puntiagudas y aun largas barbas, es el estandarte del pontífice de Roma, que, aplicando al

sacerdocio la preeminencia de su ciudad, ha erigido su supremacía en dogma y ha hecho artículo de fe su orgullo.

»Veo a su derecha el pontífice griego, que, envanecido de la rivalidad suscitada por su metrópoli, opone iguales pretensiones contra la Iglesia de Occidente, alegando la mayor antigüedad de la de Oriente. A la izquierda están los dos estandartes de los jefes modernos, que, sacudiendo un yugo tiránico, han levantado en su reforma altares contra altares y arrebatado al Papa la mitad de Europa. Detrás están las sectas subalternas, que subdividen todavía más los grandes partidos, los nestorianos, cuticheos, jacobitas, iconoclastas, anabaptistas, presbiterianos, viclefistas, osiandrinos, maniqueos, metodistas, adamitas, contemplativos, tembladores, los llorones y otros cien que se persiguen fuertes, se toleran débiles, se oborrecen en nombre de un Dios de paz, se forma cada uno un paraíso exclusivo en una religión de caridad universal, y condenándose en otro mundo a penas eternas, realizan en este el infierno que su fantasía coloca en el otro.»

Viendo un estandarte solo de color de jacinto, alrededor del cual estaban reunidos hombres de todos los trajes de Asia y de Europa, dije al Genio: «A lo menos hallaremos aquí unanimidad.» «Sí, me respondió; al primer aspecto y por acaso fortuito y momentáneo; pero ¿no reconoces este sistema de culto?» Entonces reparé en el monograma del nombre de Dios en letras hebreas, y en las palmas que tenían en las manos los rabinos. «Es verdad, dije, que son los hijos de Moisés dispersos, y que aborreciendo a todas las naciones han sido en todas perseguidos y aborrecidos.» «Sí, repuso, y por esto han conservado aparien-

cias de unidad, no habiendo tenido ni tiempo ni libertad para disputar. Pero apenas confronten sus principios los verás dividirse, como en otro tiempo, a lo menos en dos sectas principales, de las cuales una, ateniéndose al sentido literal de sus libros, negará todo lo que no está claramente expresado en ellos, y resistirá como invención de circunciso, la supervivencia del alma al cuerpo y su transmigración a lugares de penas o delicias, su resurrección, el juicio final, los ángeles buenos y malos, la rebelión de Luzbel y todo el sistema poético de un mundo ulterior; y este pueblo privilegiado, cuya perfección consiste en cortarse un pedacito de carne; este pueblo átomo, que no es más que una ola en el océano inmenso de los pueblos y que pretende que Dios lo ha hecho todo para él, verá reducirse a menos de la mitad, por su cisma, la influencia harto débil que tiene ya en la balanza del Universo».

El Genio me mostró después un grupo inmediato compuesto de hombres vestidos de ropajes blancos, que llevaban un velo sobre la boca; estaban colocados en torno de un estandarte de color de aurora, sobre el cual se hallaba pintado un globo partido en dos hemisferios, uno negro y otro blanco. «Lo mismo sucederá—continuó—a estos hijos de Zoroastro, restos oscuros de pueblos tan poderosos antes: perseguidos ahora como los judíos, reciben sin discusión los preceptos del representante de su profeta; pero así que el mobed y los destouros se reúnan, renacerá la controversia sobre el bueno y el mal principio; sobre los combates de Ormuzd, dios de la luz, y de Ahrimanes, dios de las tinieblas; sobre el sentido directo o alegórico; sobre los buenos y los malos genios; el culto del

fuego y de los elementos; las abluciones y las manchas; la resurrección en cuerpo, o solamente en alma; la renovación del mundo existente, y el mundo nuevo que le debe suceder. Y los parsis se dividirán en sectas tanto más numerosas cuanto más variadas sean las costumbres y opiniones que las familias hubiesen adquirido de los pueblos extranjeros en los tiempos de su dispersión.

«Esos estandartes de fondo celeste, en donde están pintadas figuras tan monstruosas de cuerpos humanos dobles, triples, cuádruples, con cabezas de león, de jabalí y de elefante, con colas de pescado, de tortuga, etc., son los de las sectas indias, que encuentran sus dioses en los animales y las almas de sus parientes en los reptiles y los insectos. Estos hombres fundan hospicios para los gavilanes, las serpientes y las ratas, ¡y tienen horror a sus semejantes! Se purifican con el excremento y la orina de vaca, ¡y se creen manchados por el contacto de un hombre! Llevan una randa en la boca, temerosos de tragarse en una mosca un alma en pena, ¡y dejan morir de hambre a un paria! En fin, admiten las mismas divinidades, y, sin embargo, se dividen en bandos enemigos y diversos.

»Este primer estandarte, aislado, en que ves una figura con cuatro cabezas, es el de Brhama, que, aunque es Dios creador, no tiene sectarios ni templos, y reducido a servir de pedestal al Lingam, se contenta con un poco de agua que todas las mañanas le echa el brahman sobre la espalda, recitándole un cántico estéril.

»Este otro, donde está pintado un milano con el cuerpo encadenado y la cabeza blanca, es el de Vichnou, que aunque es Dios conservador, ha pasado una

parte de su vida en aventuras nocivas. Considérale bajo las formas horribles de jabalí y de león, destrozando las entrañas humanas, o la figura de un caballo que debe venir, sable en mano, a destruir la edad presente, a obscurecer los astros, abatir las estrellas, conmover la Tierra y hacer vomitar a la gran serpiente un fuego que consumirá los globos.

»Este tercero es el de Chiven, Dios de destrucción y estrago, y que tiene, sin embargo, por emblema el signo de la producción; es el más indigno y el que cuenta más sectarios. Altaneros por la influencia de este carácter, los que adoran a semejante dios desprecian a los otros, aunque son sus iguales y hermanos; y para imitar sus extravagancias, profesan el pudor y la castidad y coronan públicamente de flores, y riegan con leche y miel la imagen obscena del Lingam.

»Detrás vienen los pequeños estandartes de una multitud de Dioses machos, hembras y hermafroditas, que, siendo parientes y amigos de los tres principales, han pasado su vida en hacerse la guerra, y sus adoradores los imitan. Estos Dioses nada necesitan, y sin cesar reciben ofrendas; son todopoderosos, llenan el Universo, y un brahman, por medio de algunas palabras, los encierra en un ídolo o en un cántaro para vender sus favores a su antojo.

»Mas allá, esa multitud de estandartes que, sobre un fondo amarillo que les es común, tienen emblemas diferentes, son los de un mismo dios, que reina en las naciones de Oriente bajo diversos nombres. El chino lo adora en Fôt; el japonés, en Budso; el habitante de Ceilán, en Bedhou y Bondoh; el de Laos, en Chekia; el pegouano, en Phta; el siamés, en Sommona Kodom; el tibetano, en Budd y en La; y todos de acuerdo acerca

del fondo de su historia celebran su vida penitente, sus mortificaciones, sus ayunos, sus funciones de mediador y de expiador, los odios de un Dios enemigo suyo, sus combates y su ascendiente. Pero discordes acerca de los medios de agradarle, disputan sobre ritos y prácticas y sobre los dogmas de la doctrina interior o de la doctrina pública. Aquí, este bonzo japonés, con el vestido amarillo y la cabeza rapada, predica la eternidad de las almas, sus transmigraciones a diversos cuerpos, y cerca de él el sintoísta niega su existencia separada de los sentidos, y sostiene que no son sino efecto de los órganos a que están unidos y con los cuales perecen, como el sonido con el instrumento. Allí el siamés, con las cejas afeitadas y la pantalla talipat en la mano, recomienda la limosna, las expiaciones y las ofrendas y, sin embargo, cree en la ceguera del Destino y en la Fatalidad. El hochango chino sacrifica a las almas de los antepasados, y cerca de él un sectario de Confucio busca su horóscopo en los dados tirados al azar y en el movimiento de los cielos. Este muchacho, rodeado de un enjambre de ministros con vestidos y sombreros amarillos, es el gran Lama, en que acaba de pasar el dios que se adora en Tibet. Un rival se presenta para disfrutar con él de este beneficio; y sobre las orillas del Baikal, el calmuco tiene también su Dios, como el habitante de La-sa. Pero acordados en que Dios no puede existir sino en un cuerpo de hombre, ambos se ríen de la ignorancia del indio, que honra las boñigas de vaca, al paso que ellos consagran los excrementos de su pontífice.»

Después de estos estandartes principales se ofrecieron a la vista otros que no podía enumerar, y así me dijo el Genio: «No acabaría si quisiese especifi-

carte todos los sistemas de creencia que dividen a las naciones. Aquí adoran las hordas tártaras, bajo las figuras de animales, de pájaros e insectos, los buenos y los malos genios, que, a las órdenes de un dios indolente, rigen el Universo; y hace recordar esta idolatría el paganismo del antiguo Occidente. Ya ves el equipaje estrafalario de sus chamanes, que bajo un vestido de cuero guarnecido de campanillas y cascabeles, de ídolos de hierro, garras de aves, pieles de serpientes y cabezas de mochuelos, se agitan con convulsiones fingidas y llaman a los muertos para engañar a los vivos con gritos mágicos. Allí, los pueblos negros del Africa, en el culto de sus ídolos, ofrecen las mismas opiniones. Y allá el habitante de Juida, que adora a Dios en una gran serpiente, que, por desgracia, le gusta mucho a los cerdos... Mira el telauta, vestido de todos colores y muy semejante a un soldado ruso; el kamchadalo, que hallando que todo va mal en este mundo y en su clima, se le presenta como un viejo enfadado, fumando su pipa y cazando en trineo zorras y martas. En fin, observa cien naciones salvajes que, no teniendo ninguna de las ideas de los pueblos civilizados, ni acerca de Dios, ni del alma, ni del mundo ulterior, no forman ningún sistema de culto y no gozan menos de los bienes de la Naturaleza en medio de la irreligión en que las ha criado.»

XXI

Problema de las contradicciones religiosas

En tanto que me hacía el Genio estas reflexiones, se colocaron los diversos grupos en sus lugares respectivos, y siguiendo al bullicio de la multitud un silencio general, habló el legislador de esta manera: «Jefes y doctores de los pueblos, ya veis qué caminos tan distintos han seguido las naciones, porque han vivido separadas entre sí, y cada una cree seguir el de la verdad; pero siendo cierto que la verdad no puede hallarse al fin de todos, es preciso que se equivoque la mayor parte de los que siguen rutas y opiniones tan diversas. Luego si tantos hombres se engañan, ¿quién se atreverá a sostener que es infalible? Empezad, pues, por ser indulgentes en vuestras disensiones. Busquemos todos la verdad como si nadie la conociese. Las opiniones que han gobernado la Tierra, producidas por la casualidad, acreditadas por la ignorancia crédula de la multitud, propagadas por el amor de la novedad y de la imitación, han usurpado el imperio que han ejercido. Ya es tiempo, si son fundadas, de dar a su certidumbre un carácter de solemnidad. Llamémoslas, pues, a examen; exponga cada cual su creencia; y siendo todos jueces, reconózcase sólo por verdadero aquello que lo sea para todo el género humano.»

Entonces se concedió la palabra al primer estandarte de la izquierda, y dijeron sus jefes: «No puede dudarse que nuestra doctrina es la sola verdadera e

infalible. En primer lugar, Dios mismo nos la reveló...»

«Y la nuestra también», gritaron todos los demás estandartes.

«Nuestra doctrina está acreditada, dijo el primero, por una multitud de milagros, por resurrecciones de muertos, torrentes dejados en seco, montañas transportadas a otros puntos y otros prodigios.»

«Y nosotros también, gritaron todos los demás grupos, tenemos multitud de milagros.»

Y empezaron a probarlo, contando cosas absurdas e increíbles.

«Sus milagros, dijo el primer estandarte, son prodigios supuestos o prestigios del espíritu maligno, que los ha engañado.» «Los supuestos son los vuestros», replicaron ellos.

El legislador preguntó si tenían testigos vivos. «No, respondieron todos, los hechos son antiguos y los testigos se han muerto; pero han dejado escritos». En buen hora, reprodujo el legislador; pero ¿quién podrá conciliarlos, contradiciéndose tanto entre sí? «¡Árbitros justos!, exclamó uno de los grupos; la prueba de que nuestros testigos han visto la verdad, está en que han muerto para acreditarla, y nuestra creencia está sellada con sangre de los mártires».

«Y la nuestra también, dijeron los otros, tenemos millares de mártires que han muerto en medio de los tormentos más horribles, sin desmentirse».

A este tiempo los cristianos de todas las secciones, los musulmanes, los indios y los japoneses citaron leyendas interminables de confesores, de mártires y de penitentes.

Uno de estos partidos negó los mártires de los otros, y entonces dijeron: «Pues bien; ahora mismo va-

mos a morir para probar que nuestra creencia es la verdadera».

Al instante se presentó una multitud de hombres de todas las religiones y sectas para sufrir los tormentos y la muerte. Muchos de ellos empezaron desde luego a despedazarse los brazos y a darse golpes en la cabeza y en el pecho, sin manifestar dolor alguno.

Pero conteniéndolos el Legislador, les dijo: «Hombres, escuchad con sangre fría mis palabras: si murieseis para probar que dos y dos son cuatro, ¿podría este sacrificio acreditar que son cuatro?»

«No», respondieron todos. «Y si murieseis para probar que son cinco, ¿serían por ello cinco?» «No», volvieron a decir. «¡Y bien! ¿Qué prueba vuestra persuasión, si nada cambia la existencia de las cosas? La verdad es una; vuestras opiniones, varias; luego muchos de vosotros os engañáis: Si el error tiene mártires, ¿dónde está el distintivo de la verdad? Si el espíritu maligno puede hacer milagros, ¿dónde el carácter positivo de la Divinidad? Pero además, ¿por qué apelar siempre a milagros insuficientes e incompletos? ¿Por qué, en lugar de estos trastornos que se suponen en la Naturaleza, no se cambian más bien las opiniones? ¿Por qué espantar a los hombres o matarlos, en vez de instruirlos y enmendarlos?»

«¡Oh, mortales crédulos y obstinados! Ninguno está seguro de lo que pasó ayer, ni de lo que sucede hoy mismo a nuestra vista, ¡y juramos por lo que ha pasado hace dos mil años!»

«¡Hombres débiles y orgullosos!, las leyes de la Naturaleza son inmutables y profundas; nuestros espíritus están llenos de ilusiones y frivolidad, ¡y queremos comprenderlo y demostrarlo todo! Pero en verdad es

más fácil que se engañe todo el género humano que hacer variar la Naturaleza en un átomo».

«Pues bien, dijo un doctor: abandonemos las pruebas de hecho y tratemos de las de raciocinio y de las inherentes a la doctrina misma».

Entonces un imán de la ley de Mahoma se adelantó lleno de confianza en medio del circo; y después de haber vuelto su cara hacia la Mekka y de pronunciar enfáticamente la profesión de la fe, dijo: «¡Loado sea Dios...! La luz brilla con evidencia, y la verdad no necesita examen». Y enseñando el Korán, añadió: «He aquí la luz y la verdad en su propia esencia. No hay duda en la verdad de este libro, el cual conduce rec- tamente al que marcha con ojos cerrados y recibe sin discusión la palabra divina descendida sobre el profeta para salvar al simple y confundir al sabio. Dios ha establecido a Mahoma como su ministro sobre la Tierra; le ha entregado el mundo para someter a sablazos el que se resista a creer su ley; los infieles disputan y no quieren creer; su endurecimiento viene de Dios, y él marcado su corazón para entregarlo a los más espantosos castigos»...

Al oír estas palabras se suscitó en todas partes violento rumor que interrumpió al orador: «¿Qué hombre es ese, gritaron todos los grupos, que nos ultraja? ¿Con qué derecho pretende imponernos su creencia como un tirano? ¿No nos has dado Dios, como a él, unos ojos, un espíritu y una inteligencia? ¿Y no tenemos el derecho de emplearlos para saber lo que debemos negar y creer? Si se atribuye el derecho de atacarnos, ¿no tendremos nosotros el de defendernos? Si se le antoja creer sin examen, ¿no somos dueños de creer con discernimiento?»

»¿Y qué especie de doctrina luminosa es esa que teme, sin embargo, la luz? ¿Quién es ese apóstol de un dios clemente, que sólo predica carnicería y mortandad? Si la violencia y la persecución son los argumentos de la vida, ¿la dulzura y la caridad podrán ser los indicios de la mentira?»

A este tiempo se adelantó un hombre de un grupo inmediato hacia el imán: «Concedamos, dijo, que Mahoma sea el profeta de la verdadera religión; mas decidme: ¿A quién debemos seguir para practicarla? ¿A su yerno Alí, o a sus vicarios, Omar y Abubekre?»

Apenas pronuncio estos nombres cuando en el seno de los musulmanes estalló un cisma terrible: Los partidarios de Omar y de Alí se trataron mutuamente de herejes, de impíos, de sacrílegos, y se llenaron de maldiciones; se hizo la disputa tan violenta, que fué preciso que mediasen los grupos inmediatos para impedir que viniesen a las manos.

Apaciguado un poco este alboroto, dijo el Legislador a los imanes: «¡Veis las consecuencias que resultan de vuestros principios! Si los hombres los practicasen os destruiríais, y la primera ley de Dios, ¿no es la de que el hombre viva?»

Después se dirigió a los otros grupos, y les dijo: «Este espíritu de intolerancia ha de chocar con toda idea de justicia y destruir toda base de moral y de sociedad; pero antes de desechar enteramente este código de doctrina, ¿no sería conveniente oír alguno de sus dogmas, a fin de no decidir sobre las formas antes de haber decidido sobre su fondo?»

Y habiendo consentido los grupos, empezó el imán a exponer cómo después de haber enviado Dios veinticuatro mil profetas a las otras naciones idólatras,

envió al fin uno que era el prototipo de la perfección: Mahoma, sobre el cual caiga la salud de paz. Refirió de qué manera había trazado por sí mismo la suprema clemencia las hojas del Korán para que los infieles no alterasen la divina palabra, y entrando en pormenores de los dogmas del Islamismo, explicó por qué era el Korán increado y eterno, a título de palabra de Dios, de qué modo había sido enviado hoja por hoja en veinticuatro mil apariciones nocturnas del ángel Gabriel; cómo se anunciaba el ángel por un pequeño ruido que sobrecogía al Profeta y le ocasionaba sudor frío; cómo había recorrido noventa cielos en el éxtasis de una sola noche, montado sobre Borag, medio caballo y medio mujer; de qué suerte marchaba al sol sin producir sombra, hacía reverdecer los árboles con una palabra, llenaba de agua los pozos y las cisternas y había cortado en dos partes el disco de la Luna; en qué términos había Mahoma cumplido las ordenes del cielo propagando sable en mano la religión más digna de Dios por su sublimidad, y la más adecuada a los hombres por la sencillez de sus prácticas, pues que estaba reducida a ocho o diez puntos; profesar la unidad de Dios, reconocer a Mahoma por su único profeta, rogar cinco veces al día, ayunar un mes del año, ir a la Mekka una vez en la vida, dar el diezmo de sus bienes, no beber vino, no comer puerco y hacer la guerra a los infieles; que por este medio, siendo todo musulmán apóstol y mártir al par, disfrutaba en este mundo una multitud de bienes, y a su muerte, pesada su alma en la balanza de las obras y absuelta por los dos ángeles negros, atravesaba por encima del Infierno el puente estrecho como un cabello y cortante como un sable, y era al fin recibida en el lugar de delicias bañado por

ríos de leche y miel, embalsamado de perfumes árabes e indios, y donde unas vírgenes siempre castas, las celestiales huríes, colmaban de favores a los escogidos, que gozaban de juventud perpetua.

A estas palabras una risa involuntaria se marcó en todos los semblantes, y los demás grupos dijeron: «¿Cómo es posible que admitan tales despropósitos hombres razonables? Al oírlos, ¿quién no creerá estar escuchando un cuento de «Las mil y una noches?»

Un Samoyedo se adelantó en la palestra, y dijo: «El paraíso de Mahoma me parece bueno, pero uno de los medios de alcanzarlo me embaraza un poco; porque si no se debe comer ni beber entre dos soles como él ordena, ¿cómo podrá practicarse semejante ayuno en nuestro país, donde el sol permanece cuatro meses sobre el horizonte sin ponerse en él?»

«Eso es imposible, dijeron los doctores musulmanos para sostener el honor del profeta; pero, habiendo afirmado el hecho cien pueblos diversos, se vió terriblemente comprometida la infalibilidad de Mahoma.»

«Es singular, añadió un europeo, que haya revelado Dios todo lo que pasa en los cielos, y que nunca nas haya instruído de lo que pasa en la Tierra.»

«En cuanto a mí, dijo un americano, encuentro también una gran dificultad en el punto de la peregrinación; porque supongamos a veinticinco años por generación y cien millones de varones sobre el globo: estando cada uno de ellos obligado a ir a la Mekka una vez en su vida, se hallarán todos los años cuatro millones de hombres caminando; y como no será posible regresar en el año mismo, se duplicará el número, que compondrá ocho millones. Ahora bien: ¿Dónde podrían hallarse los víveres, el agua, los buques y de-

más objetos necesarios para esta procesión universal? Sería menester apelar a infinitos milagros.»

«La prueba de que la religión de Mahoma no es la revelada, dijo un teólogo católico, está en que la mayor parte de las ideas que forman su base existían mucho antes que ella, y que por lo tanto no es más que una mezcla confusa de verdades adulteradas de nuestra santa religión y la de los judíos, que un hombre ambicioso hizo servir para sus proyectos de dominación y sus miras profanas. Recorred su libro, y sólo veréis historias de la Biblia y del Evangelio disfrazadas en cuentos absurdos, y lo restante un tejido de declamaciones contradictorias y vagas, y de preceptos ridículos o peligrosos. Analizad el espíritu de estos preceptos y la conducta del apóstol; no se descubrirá más que un carácter astuto y atrevido, que, para lograr su fin, excita las pasiones del pueblo. Habla con hombres crédulos y les inventa prodigios; son ignorantes y envidiosos, y lisonjea su vanidad despreciando las ciencias; son pobres y avarientos, y excita su codicia con la esperanza del pillaje; no tiene que dar sobre la Tierra, y crea tesoros en el Cielo, haciendo desear la muerte como un bien supremo; amenaza con el Infierno a los cobardes; promete el Paraíso a los valientes; fortalece a los débiles con la opinión del fatalismo; en una palabra: promueve el celo que tanto necesita por medio de todos los atractivos de los sentidos, y los móviles de todas las pasiones.

»Pero ¡qué diferente nuestra santa doctrina! ¡Y con qué evidencia se prueba su origen celestial! ¡Y de qué modo no atestiguan su emanación de la Divinidad, su moral dulce y benéfica, y sus efectos espirituales! Es verdad que muchos de sus dogmas son superiores a la

comprensión del entendimiento humano, e imponen a la razón un respetuoso silencio; pero por esto mismo está mejor probada su revelación, pues que nunca hubieran podido inventar los hombres tan grandes misterios». Y teniendo en una mano la Biblia y en la otra los cuatro Evangelios, empezó a referir: «Que habiendo pasado Dios una eternidad sin hacer nada, determinó, al fin, no se sabe por qué, crear el Universo en seis días y descansar el séptimo, porque se hallaba fatigado; que habiendo colocado la primera pareja de seres humanos en un lugar de delicias, les prohibió, sin embargo, probar de un fruto que dejó a su alcance; que estos primeros padres, cediendo a la tentación de comerle, toda su descendencia (aun no nacida) fué condenada a sufrir la pena de una falta que no había cometido; que después de haber dejado condenarse al género humano por espacio de cuatro o cinco mil años, mandó este Dios de misericordia a su muy amado Hijo, que había engendrado sin madre, y tenía la misma edad que El, que fuese a hacerse matar en la Tierra, con el fin de salvar a los hombres, de los cuales la mayor parte continuaba condenándose, aun después de aquella expiación; que para remediar tal inconveniente, este mismo Dios, nacido de una mujer, que quedó virgen después de parir, resucitó después de morir, y todos los días renacía bajo la forma de un poco de pan sin levadura.» Y pasando a la doctrina de los sacramentos, iba a tratar del poder de negar o dar la absolución de los pecados, y de los medios de purgar todo crimen con un poco de agua y algunas palabras; pero así que habló de indulgencias, poder del Papa, gracia suficiente y eficaz, le interrumpieron millares de gritos. «Es un abuso horrible, dijeron los lute-

ranos, pretender perdonar los pecados [por dinero]. «Es contrario al texto del Evangelio, dijeron los calvinistas, suponer una presencia verdadera». «El Papa no tiene derecho de decidir por sí», dijeron los jansenistas; y acusándose a un tiempo treinta sectas diferentes de errores y herejías, no fué posible entenderse.

Pasado algún tiempo y restablecido el silencio, dijeron los musulmanes al Legislador: «Cuando repeléis nuestra doctrina, porque propone cosas increíbles, ¿podréis admitir la de los cristianos, ¿No es más opuesta todavía al sentido natural y la justicia? ¡Un dios inmaterial e infinito hacerse hombre! ¡Tener un hijo de su misma edad! ¡Convertirse este hombre-Dios en pan que se come y se digiere! ¿Tenemos nosotros algo que se parezca a eso? ¿Poseemos los cristianos el derecho exclusivo de exigir una fe ciega?»

Entonces se adelantaron varios salvajes, y dijeron: «¡Cómo! Porque un hombre y una mujer comieron una manzana seis mil años hace, ¿ha de ser condenado todo el género humano? ¿Y llamáis a ese Dios justo? ¿Qué tirano hizo responsables a los hijos de las faltas de sus padres? ¿Cuál es el hombre que puede responder de las acciones de otro? ¿No es eso trastornar toda idea de justicia y razón?»

«¿Y dónde están, dijeron otros, los testigos y las pruebas de esos pretendidos hechos? ¿Pueden admitirse sin pruebas? Para la menor acción judicial son necesarios dos testigos; ¿y querrán hacernos creer todas esas cosas por simples tradiciones y de oídas?»

Después habló un rabino así: «En cuanto al fondo de los hechos, nosotros salimos garantes: mas en punto a la forma y al uso que han hecho de ellos, es muy diferente el caso, y los cristianos se condenan por sus

propios argumentos; porque no pueden negar que somos nosotros la raíz original de que derivan y el tronco primitivo; y de aquí se sigue que o nuestra ley es de Dios y la suya es una herejía, pues que difiere de ella, o nuestra ley no es de Dios y la suya cae al mismo tiempo».

«Es menester distinguir, respondió el cristiano: vuestra ley es de Dios como simbólica y preparatoria, pero no como final y absoluta; vosotros sólo sois el simulacro, y nosotros somos la realidad.»

«Sabemos, replicó el rabino, que tales son vuestras pretensiones, pero son falsas. Vuestro sistema está cimentado enteramente sobre las bases del sentido místico y de interpretaciones quiméricas y alegóricas: este sistema violenta el texto de nuestros libros, substituye las ideas más extravagantes al sentido recto, y ve cuanto se le antoja, como una imaginación que desvaría ve figuras en las nubes. Así habéis hecho un Mesías espiritual de lo que, según nuestros profetas, no era sino un rey político. Habéis hecho una redención del género humano de lo que no era sino el restablecimiento de nuestra nación. Habéis establecido una supuesta concepción virginal sobre una frase mal entendida. Suponeis cuanto os conviene, y veis en nuestros libros esta trinidad, de que no se hace la menor mención y cuya idea viene de las naciones profanas, habiéndola vosotros admitido como otras opiniones de todos los cultos y las sectas con que compusisteis vuestro sistema en la anarquía de vuestros tres primeros siglos.»

Al oír esto se llenaron de furor los doctores cristianos: gritaron «sacrilegio», «blasfemia» y quisieron precipitarse sobre el judío,» Varios frailes con vesti-

mentas negras y blancas se adelantaron llevando un estandarte donde estaban pintadas tenazas, parrillas y una hoguera y las palabras justicia, caridad y misericordia. «Es menester, dijeron, hacer un auto de fe con estos impíos y quemarlos en honra y gloria de Dios.» No bien acabaron de anunciar esta idea cuando se dispusieron a realizarla, trazando el plano de una hoguera; pero los musulmanes les dijeron con tono irónico: «¡He aquí esa religión de paz, esa moral humilde y benéfica que nos habéis ponderado! ¡He aquí esa caridad evangélica, que no combate la incredulidad sino por la dulzura, y que no opone a las injurias sino la paciencia! ¡Hipócritas! ¡Así engañáis a las naciones! ¡Así habéis propagado vuestros funestos errores! Cuando erais débiles propagabais la libertad, la tolerancia y la paz; siendo fuertes, habéis practicado la persecución y la violencia...»

Iban a referir la historia de las guerras y las matanzas del Cristianismo, cuando el legislador refrenó esta discordia.

«No es nuestra causa, respondieron los frailes negriblancos, con tono humilde y melifluo, lo que queremos vengar; es la de Dios; es su gloria.»

«¿Y con qué derecho, replicaron los imanes, os constituís sus representantes? ¿Tenéis privilegios que no tengamos? ¿Sois hombres de otra especie?»

«Defender a Dios y pretender vengarle», dijo otro grupo. «¿No es insultar su sabiduría y su poder? ¿No sabe mejor que los hombres lo que conviene a su decoro?» «Sí; pero sus vías son ocultas», respondieron los frailes. «Siempre tendréis que probar, contestaron los rabinos, que tenéis el privilegio exclusivo de entenderlas.» Entonces los judíos, orgullosos de hallar

quienes sostuviesen su causa, creyeron que iban a triunfar los libros de Moisés, cuando el Móbed (o pontifice) de los parsis, dijo al legislador lo siguiente:

«Hemos escuchado lo que han dicho judíos y cristianos sobre el origen del mundo; y aunque alterado todo, reconocemos muchos hechos; pero reclamamos contra la primacía que le atribuyen al legislador hebreo Moisés. Desde luego no podrá probar que los libros escritos con el nombre de Moisés sean realmente obra suya; al contrario, demostraremos con veinte ejemplares positivos que su redacción le es posterior en seis siglos y provienen de la connivencia de un gran sacerdote y de un rey; que si recorremos el pormenor de las leyes, ritos, preceptos que creen venir directamente de Moisés, no hallaréis en ningún artículo la menor indicación de lo que hoy compone la doctrina teológica de los judíos y de sus hijos los cristianos. En ningún pasaje veréis rasgo alguno, ni de la inmortalidad del alma, ni de otra vida, ni del Infierno y el Paraíso, ni de la rebelión del angel, principal autor de los males del género humano, etc.

»Moisés no ha conocido estas ideas, y la razón es que Zoroastro las evangelizó en Asia dos siglos después. Así es que (añadió el Móbed, dirigiéndose a los rabinos) sólo después del siglo de vuestros primeros reyes han aparecido esas ideas en vuestros escritores; y no se manifiestan sino por grados, y al principio furtivamente, según las relaciones políticas que tuvieron vuestros padres con vuestros abuelos. Pero cuando fueron vencidos y dispersados por los reyes de Nínive y Babilonia y transportados a las riberas del Eufrates y el Tigris, fué cuando, criados en nuestro país por espacio de tres generaciones sucesivas, participaron

de las costumbres y opiniones que habían refutado como contrarias a su ley. Y así que nuestro rey Ciro los libertó de la esclavitud, se inclinó su corazón a favor nuestro por gratitud, y fueron nuestros discípulos e imitadores las familias más distinguidas que los reyes de la Babilonia se habían instruido en las ciencias caldeas, y llevaron a Jerusalén nuevas ideas y dogmas extranjeros.

»Desde luego, la masa del pueblo que no emigró opuso el texto de la ley y el silencio absoluto del Profeta. Pero prevaleció nuestra doctrina; y modificada según vuestro genio, produjo una nueva secta. Esperabais un rey restaurador de vuestro poder, y nosotros anunciábamos un dios reparador y salvador; de la combinación de estas ideas, hicieron vuestros esencianos la base del Cristianismo, y aunque os queráis dar esos aires de originalidad, todos vosotros, tanto judíos, como cristianos y musulmanes, no sois en vuestro sistema de los seres espirituales, sino hijos descarriados de Zoroastro.»

Y pasando inmediatamente el Móbed a desenvolver los principios de su religión, apoyado de su Sander y de su Zend-Avesta, refirió, en el mismo orden que el Génesis, la creación del mundo en seis gahâns o tiempos; la formación del primer hombre y la primera mujer en un sitio celestial, bajo el reinado del bien; la introducción del mal en el mundo por la gran culebra, emblema de Ahrimanes; la rebelión y el combate del genio del mal y de las tinieblas contra Ormuzd, dios del bien y la luz; la división de los ángeles en blancos y negros, buenos y malos; su orden jerárquico en querubines, serafines, tronos, dominaciones, etcétera; el fin del mundo al cabo de seis mil años; la

venida del cordero reparador de la Naturaleza; la vida futura en lugares de delicias o de penas; el paso de las almas sobre el puente del abismo; las ceremonias de los misterios de Mythras; el pan ázimo que comían en ellos los iniciados; el bautismo de los recién nacidos; las unciones de los muertos, y las confesiones de sus pecados; en una palabra, expuso tantas cosas análogas a las tres religiones precedentes, que todo ello parecía un comentario del Koran y del Apocalipsis.

Pero los doctos judíos, cristianos y musulmanes reclamaron contra esta exposición, y trataron a los parsis de idólatras y adoradores del fuego, de mentir y alterar los hechos, y se suscitó violenta disputa sobre la época de los sucesos, su serie y encadenamiento, el manantial primitivo de las opiniones, su transmisión de pueblo a pueblo, la autenticidad de los libros que las establecen, el tiempo de su composición, el caracter de sus redactores y el valor de sus testimonios. Todos los partidos se reprocharon sus contradicciones, sus inverosimilitudes, sus asertos apócrifos, y se acusaron de haber establecido su creencia sobre rumores, sobre tradiciones vagas y fábulas absurdas.

Por otra parte se suscitó un gran rumor bajo los estandartes de las sectas indias; y los brahmanes, protestando contra las pretensiones de los judíos y los parsis, dijeron: «¿Qué pueblos novísimos son esos que pretenden establecerse como autores de las naciones y depositarios de sus archivos? Al oír sus cálculos de cinco y seis mil años, no parecería sino que el mundo nació ayer, siendo así que nuestros monumentos acreditan una duración de millares de siglos. Pero ¿por qué deberán ser preferidos sus libros a los nuestros? ¿Los

vedas, los chastros, los pouranos son inferiores a la Biblia, al Zend-Avesta y al Sand-der? ¿El testimonio de nuestros padres y nuestros dioses no valdrá tanto como el de los dioses y el de los padres de los occidentales? ¡Ah! ¡Si nos fuese lícito revelar los misterios a hombres profanos! ¡Si un sagrado velo no debiese encubrir nuestra doctrina!»

Callaron los brahmanes, y el legislador dijo: «Mas ¿cómo admitiremos vuestra doctrina si no la manifestáis? ¿Y cómo han podido propagarla sus primeros autores, cuando siendo los únicos que la poseían, su mismo pueblo era profano? ¿La reveló el cielo para ocultarla?»

Pero los brahmanes persistieron en no querer explicarse. Entonces dijo un europeo: «Podemos dejarles el honor del secreto, pues que su doctrina está descubierta; poseemos ya sus libros, y puedo indicaros la substancia».

Analizó los tres o cuatro vedas, los diez y ocho pouranos, y los cinco o seis chastros, y expuso de qué manera un ser inmaterial, infinito, eterno y «redondo», después de haber pasado un tiempo sin límites en contemplarse, queriendo al fin descubrirse, separó las facultades de varón y hembra, que se hallaban en él mismo, y ejecutó un acto de generación, cuyo emblema es el língamo. Explicó cómo nacieron de este primer acto tres potencias divinas, llamadas Brhama, Bichen o Vichnou, y Chib o Chiven, encargadas, la primera de crear, la segunda de conservar y la tercera de destruir o cambiar las formas del Universo; refirió de qué modo Brahma, orgulloso de haber creado el mundo y las ocho esferas de purificación, y prefiriéndose a su igual Chiven, ocasionó este movimiento de

orgullo entre ellos un combate que estrelló los globos u órbitas celestes, como una cesta de huevos. Después contó que Brahma, vencido, se vió reducido a servir de pedestal a Chiven, convertido en língamo, y que Vichnou, dios mediador, tomó en diferentes épocas nueve formas animales y mortales para conservar el mundo; primero, la de pescado, con la cual salvó del Diluvio universal a una familia que repobló la Tierra; después, bajo la forma de tortuga, sacó de la mar de leche la montaña Mandreguiri (el polo); luego, bajo la de un jabalí, despedazó el vientre del gigante Erenniachessen, que sumergía la Tierra en el abismo del Djò-le, de donde la sacó sobre sus colmillos.

En seguida expuso el europeo de qué manera, habiéndose aquel dios encarnado bajo la forma de un pastor negro y bajo el nombre de Chris-en, libertó el mundo de la serpiente venenosa Calengam, y logró aplastarle la cabeza después de haber sido mordido en el pie.

Pasando a la historia de los genios secundarios, refirió cómo había creado el Eterno, para hacer brillar su gloria, diversos órdenes de los ángeles encargados de cantar sus alabanzas y dirigir el Universo; cómo se rebeló una parte de estos ángeles bajo el mando de un jefe ambicioso, que quiso usurpar el poder de Dios; cómo le precipitó Dios en las tinieblas en castigo de su mal proceder; cómo, movido al fin de compasión, consintió en sacarlos de aquel abismo y volverlos a su gracia, después de haberles hecho sufrir pruebas muy largas; cómo, habiendo creado en este intento quince órbitas o regiones de planetas, sometió a estos ángeles rebeldes a experimentar en ellos ochenta y siete transmigraciones; explanó de qué modo las almas,

así purificadas, volvían a la fuente primitiva, al océano de vida y animación de que habían emanado; y por qué, conteniendo todos los seres vivientes una porción de esta alma universal, era un delito el privarles de ella. En fin, iba a referir todos los ritos y ceremonias de aquella religión, cuando al hablar de ofrendas y libaciones de leche y manteca hechas a dioses de madera y de cobre y de purificaciones ejecutadas con la orina o el excremento de vacas, se manifestó en todas partes un murmullo mezclado de carcajadas que interrumpió al orador.

Cada grupo, entonces, ratiocinó sobre esta religión, y los musulmanes dijeron: «Estos son idólatras: es preciso exterminarlos». Los sectarios de Confucio gritaron: «Son locos, y es menester curarlos». Otros decían: «¡Qué dioses tan graciosos: unos mamarrachos grasientos, que se lavan como los niños sucios, y de los cuales es preciso espantar las moscas golosas de miel, que vienen a emporcarnos con sus inmundicias!»

Indignado un brahman de tales sarcasmos, prorrumpió: «Esto son misterios profundos y emblemas de verdades que no sois dignos de comprender».

«¿Con qué derecho; replicó un lama del Tibet, sois vosotros más dignos que nosotros? ¿Es porque os suponéis salidos de la cabeza de Brahma, y atribuíis a otras partes menos nobles la generación del resto de los hombres? Pero a fin de sostener la vanidad de vuestras distinciones de origen de castas, probadnos que sois diferentes de nosotros. Probadnos después esas alegorías que nos contáis. Porque nosotros estamos prontos a probar que sois unos plagiarios y corruptores, imitadores del paganismo de los occidenta-

les, al cual habéis agregado, por medio de una mezcla extravagante, la doctrina espiritual de nuestro Dios; doctrina enteramente libre del dominio de los sentidos e ignorada de la tierra antes que Boudda la hubiese enseñado a las naciones.»

Una multitud preguntó qué Dios era aquél, y el lama volvió a hablar de esta suerte:

«Al principio un Dios único, que existía por sí mismo, después de haber pasado una eternidad absorto en la contemplación de su ser, quiso manifestar sus perfecciones y creó la materia del mundo. Producidos los cuatro elementos, aunque todavía confusos, sopló sobre las aguas, que se hincharon como una burbuja inmensa en forma de huevo, la cual, desenvolviéndose, formó la bóveda, y el orbe del cielo que rodea al mundo: habiendo hecho también la Tierra y los cuerpos de los seres, les cedió este Dios esencia del movimiento, y para animarlos, una porción de su ser. Por tanto, y siendo el alma de todo lo que respira una fracción del alma universal, ninguna perece, sino que cambian de molde y forma pasando por diversos cuerpos. De todas estas formas, la que más agrada al ser divino es la del hombre, por ser la que más se aproxima a sus perfecciones. Cuando un hombre se absorbe en la contemplación de sí mismo, por un desprendimiento absoluto de sus sentidos, consigue descubrir la Divinidad, y aun se convierte en ella. De todas las encarnaciones de que Dios se ha revestido ya, la más grande y la más solemne fué aquella en que apareció, hace veintiocho siglos, en Kachemira, bajo el nombre de Fôt Boudda, para enseñar la doctrina del anonadamiento o renunciación de sí mismo. Y explicando la historia de Fôt, dijo que había nacido del costado derecho de una virgen de sangre real, que no

había dejado de ser virgen aunque fué madre; que el rey del país, inquieto por su nacimiento, quiso hacerle perecer y mandó degollar a todos los varones que nacieron en aquella época; que, salvado por unos pastores, vivió Boudda en el desierto hasta la edad de treinta años, donde empezó su misión de instruir a los hombres y de libertarlos de los demonios; que hizo una multitud de milagros; que vivió ayunando y haciendo las penitencias más fuertes, y que dejó al morir un libro donde se hallaba contenida su doctrina.» Y el lama empezó a leer de esta manera:

«Aquel que abandonare a su padre y a su madre para seguirme, dice Fôt, se hará un perfecto samaneo (un hombre celestial).

«Aquel que practicare mis preceptos hasta el cuarto grado de perfección, adquirirá la facultad de volar por el aire, de hacer mover el Cielo y la Tierra y de prolongar o disminuir la vida (de resucitar),

»El Cielo y la Tierra perecerán, dice Fôt; despreciad vuestro cuerpo, compuesto de cuatro elementos perecederos, y no penséis sino en vuestra alma inmortal.

»No escuchéis la carne; las pasiones producen el temor y los pesares; sofocad las pasiones y así los evitaréis. El que muera sin haber abrazado mi religión, volverá a vivir hasta que la practique.»

El lama iba a continuar, cuando los cristianos, interrumpiendo, dijeron: «Que aquella era su misma religión adulterada; que Boudda no era sino *Iêsus*, Jesús desfigurado, y que los lamas eran unos nestorianos o maniqueos disfrazados y corrompidos.»

Pero el lama, sostenido por todos los chamanes, bonzos, gonnis y talapones de Siam, de Ceylán, del Japón y de la China, probó a los cristianos, por sus

propios autores, que la doctrina de los samaneos estaba esparcida por todo el Oriente más de mil años antes que el cristianismo; que su nombre estaba citado desde antes de la época de Alejandro, y que Boudda o Boudda había sido citado también antes que Jesús, *Iêsus*. Y volviendo contra ellos sus argumentos: «Probadme, dijo el lama, que no sois unos samaneos degenerados, que el hombre a quien hacéis autor de vuestra secta no es el mismo Fôt disfrazado. Demostradnos su existencia por monumentos históricos de la época que citáis; porque en cuanto a nosotros, fundados en la falta de todo testimonio auténtico, os la negamos y sostenemos que vuestros Evangelios no son sino los libros de los mithracos de Persia y de los esenios de Siria, los cuales no eran sino samaneos reformados.»

Al oír esto alborotaron los cristianos, y se iba a suscitar una nueva disputa, cuando un grupo de chamanes chinos y de talapones de Siam dijo, adelantándose en el circo, que iban a ponerles a todos de acuerdo. Uno tomó la palabra, y dijo: «Ya es tiempo de que terminemos estas frívolas disputas levantando para vosotros el velo de la doctrina interior, que el mismo Fôt reveló a sus discípulos al morir.»

«Todas esas opiniones teológicas, dijo, no son más que alegorías y emblemas mitológicos, bajo los cuales están envueltas ingeniosas ideas de moral y el conocimiento de las operaciones de la Naturaleza en la acción de los elementos y el movimiento de los astros.

»La verdad es que todo se reduce a la nada; que todo es ilusión, apariencia y sueño; que la metempsícosis moral es el sentido figurado de la metempsícosis física, de este movimiento sucesivo mediante el cual los elementos de un mismo cuerpo que no perecen

pasan, al disolverse, a otros, y forman nuevas combinaciones. El alma no es sino el principio vital que resulta de las propiedades de la materia y de la acción de los elementos en los cuerpos en que crean un movimiento espontáneo. Suponer que este producto de la acción de los órganos, nacido con ellos, desenvuelto y extinguido con ellos, ha de subsistir cuando ya no existen, es un cuento agradable, pero quimérico. El mismo Dios no es sino el principio motor, la fuerza oculta esparcida en los seres, la suma de sus leyes y sus propiedades; en una palabra el alma del Universo, la cual, en razón de la infinita variedad de sus relaciones y operaciones, considerada unas veces simple y otras múltiple, ya activa y ya pasiva, ha presentado siempre al espíritu humano un enigma indefinible. Lo más que puede comprenderse es que la materia no perece, que posee propiedades mediante las cuales se rige el mundo como un ser vivo y organizado: y que el conocimiento de estas leyes es lo que constituye la sabiduría; que la virtud y el mérito consisten en su observancia; y el mal, el pecado y el vicio, en su ignorancia y su infracción; que la felicidad y la desgracia son el resultado, por la misma necesidad que hace que las cosas pesadas bajen y las ligeras se eleven, y por una propiedad inevitable de las causas y de los efectos, cuya cadena remonta desde el último átomo hasta los más elevados planetas. > Esto es lo que reveló en su lecho de muerte nuestro Budha.

No bien se hubieron pronunciado estas palabras, cuando una multitud de teólogos de todas las sectas gritaron: «Que esta doctrina era puro materialismo; que eran impíos los que la seguían, ateos, enemigos de Dios y de los hombres, y que era preciso exterminarlos.» «Pues bien, respondieron los chamanes: su-

pongamos que nos equivoquemos, como puede ser, porque el primer atributo del espíritu humano es el de estar sujeto a la ilusión; pero ¿con qué derecho quitaréis la vida que el cielo ha dado a hombres como vosotros? Si ese cielo nos considera culpables, ¿por qué nos hace participar de los mismos beneficios que a vosotros? Y si nos trata con indulgencia, ¿qué derechos tenéis vosotros para ser menos tolerantes? Hombres piadosos, que habláis de Dios con tanta seguridad y confianza, ¿queréis decirnos lo que son esos seres abstractos y metafísicos que llamáis Dios y alma substancial sin materia, existencia sin cuerpo y vida, sin órganos ni sensaciones. Si conocéis estos seres por medio de vuestros sentidos o de la reflexión, hacéndonos perceptibles; pero si habláis por testimonio y tradición, enseñadnos una relación uniforme, y dad a nuestra creencia bases fijas.»

Luego se suscitó entre los teólogos una gran controversia sobre Dios y su naturaleza; sobre su modo de obrar y manifestarse; la naturaleza de su alma y su unión con el cuerpo; su existencia anterior a los órganos, o después de su formación, y la vida futura y el otro mundo. Todas las sectas opinaban de distinto modo, fundando su disentiimiento en razones especiosas, en autoridades respetables, pero opuestas, y se vieron todos metidos en un laberinto enmarañado.

Entonces el legislador reclamó silencio, y volviendo la cuestión a su primitivo objeto, les dijo:

«Jefes y maestros de los pueblos: os habéis reunido para descubrir la verdad; y creyendo cada uno poseerla, habéis exigido una fe implícita, pero reparando la contrariedad de vuestras opiniones, habéis visto que era preciso someterlas a un regulador común de

evidencia, contraerlas a un término general de comparación, y habéis convenido en esperar las pruebas de vuestras creencias. Habéis alegado hechos; pero teniendo cada religión sus milagros y sus mártires, y produciendo igualmente testimonios del sacrificio voluntario de la vida, ha quedado la balanza igual en este primer punto.

»Habéis pasado a las pruebas de raciocinio; pero los mismos argumentos se aplican igualmente a tesis contrarias; los mismos asertos, igualmente infundados, han sido igualmente expuestos y rebatidos. A más, ha suscitado la confrontación de vuestros dogmas nuevas dificultades; porque, en medio de diversidades aparentes y accesorias, os ha ofrecido su explicación un fondo de semejanza grande y un origen común; y pretendiendo cada uno ser el inventor del autógrafo, el depositario primitivo, os habéis reconvenido mutuamente de alteradores y plagiarios, y de aquí ha nacido la cuestión espinosa de la transmisión de pueblo a pueblo de las ideas religiosas.

»En fin: para completar la dificultad, habiendo querido daros razón de estas ideas, las habéis hallado confusas y extrañas; que se fundaban en bases inaccesibles a vuestros sentidos, y que no erais con respecto a ellas sino los ecos de vuestros padres. De aquí otra cuestión delicada: cómo han podido llegar a vuestros padres, los cuales no tenían otros medios que los vuestros para concebirlas; de modo que siendo por una parte desconocida la sucesión de estas ideas, y por otra un misterio su origen y su existencia en el entendimiento, todo el edificio de vuestras opiniones teológicas no es más que un problema complicado de Metafísica y de Historia.

»Pero como no obstante estas opiniones, por extra-

ordinarias que parezcan, deben tener algún origen; como las ideas, aun las más abstractas y fantáticas, tienen en la Naturaleza un modelo físico, debe tratarse de buscar este origen y descubrir cuál fué el modelo; en una palabra, trátase de saber de dónde han venido al entendimiento humano estas ideas, al presente tan confusas, de la Divinidad, del alma y de todos los seres inmateriales, que forman la base de tantos sistemas, y de distinguir la filiación que han seguido y las alteraciones que han experimentado en su sucesión y sus ramificaciones. Si hay hombres que hayan estudiado estos objetos, que se adelanten, y procuren disipar a la faz de todas las naciones la obscuridad en que tanto tiempo hace se hallan sumergidas y extraviadas.»

XXII

Origen y filiación de las ideas religiosas

Así que se pronunciaron estas palabras, un grupo nuevo, formado repentinamente de hombres que pertenecían a distintos estandartes, pero que no arbolaban ninguno, se adelantó en la palestra, y alzando la voz uno, dijo:

»Legislador, amigo de la evidencia: no es de admirar que tantas nubes ofusquen el asunto, pues que, a más de las dificultades naturales que tienen, el entendimiento no ha cesado de hallar en él obstáculos accesorios, habiendo prohibido la intolerancia de todos los sistemas, la libertad de las discusiones.

»Pero ya que puede la razón ejercer sus facultades, vamos a poner en claro y someter al juicio común lo que han enseñado largas investigaciones a los espíritus libres de preocupaciones; y la exponremos sin la pretensión de obligar a creerlo y con sólo el propósito

de promover otras investigaciones y lograr nuevas y más brillantes luces.

»Lo sabéis, doctores y preceptores de los pueblos: tinieblas densas occultan la naturaleza, el origen y la historia de los dogmas que enseñáis; impuestos por la autoridad, inculcados por la educación, sostenidos por el ejemplo, se han perpetuado de generación en generación y ha afianzado su imperio la costumbre de observarlos y la indiferencia con que se ha mirado la necesidad de discutirlos. Pero si el hombre, una vez iluminado por la reflexión y la experiencia, llama a maduro examen las preocupaciones de su infancia, descubre una multitud de contradicciones y despropósitos que despiertan su sagacidad y promueven su raciocinio.

»Reparando en la diversidad y oposición de las creencias que siguen las naciones, se enardece contra la infabilidad que todas se atribuyen; concibe que el sentido propio y la razón, emanados inmediatamente de Dios, no son una ley menos santa y una guía menos segura que los códigos ideales y contradictorios de los profetas.

»Si examina después la contextura de estos códigos, observa que sus supuestas leyes divinas, es decir, inmutables y eternas, nacieron según las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas que derivan unas de otras en un género de orden genealógico, pues que se prestan mutuamente un fondo común y parecido de ideas, que cada cual modifica como quiere.

»Si remonta al origen de las ideas, ve que se pierde en la infancia de los pueblos y en el principio del mundo mismo; y colocadas en la obscuridad del caos y en el imperio fabuloso de las tradiciones, se presentan acompañadas de circunstancias tan prodigiosas

que impiden juzgar; bien que este mismo estado de cosas suscita un raciocinio que resuelve la dificultad, porque si los hechos prodigiosos que nos presentan los sistemas religiosos han existido realmente, si, por ejemplo, las metamorfosis, las apariciones, las conversaciones de uno o muchos Dioses de que hablan los libros sagrados de los indios, de los hebreos, de los parsis, son sucesos históricos, es preciso convenir que la Naturaleza de entonces difería enteramente de la actual: que los hombres de los tiempos presentes no se parecen en nada a los de aquellos siglos, y que no deben, por lo tanto, ocuparse de ellos.

»Pero si, por el contrario, no han existido en el orden físico semejantes hechos prodigiosos, entonces se comprende que pertenecen a las creaciones del entendimiento, y su naturaleza acredita la aparición de estas monstruosidades en la Historia, y no se trata ya sino de saber cómo y por qué se han formado en la imaginación. Ahora bien; si se examinan los asuntos de sus pinturas, si se analizan las ideas que combinan, si se observan con las circunstancias que alegan, se logra descubrir una solución de las dificultades conformes a las leyes de la Naturaleza; se ve que estas relaciones fabulosas tienen un sentido figurado distinto del aparente, que estos supuestos hechos maravillosos son hechos sencillos y físicos, pero que, por haberse concebido y pintado mal, se han desnaturalizado por la confusión de los signos empleados para pintar los objetos, por los defectos de los idiomas y la imperfección de la escritura; que esos Dioses que representan papeles tan singulares en todos los sistemas no son más que las potencias físicas de la Naturaleza: los elementos, los vientos, los astros y los meteoros, que fueron personificados por el mecanismo necesario del

idioma; que su vida, costumbres y acciones no son más que la acción de sus operaciones y propiedades, y que su historia no es más que la descripción de sus fenómenos, trazada por los primeros físicos y tomada en sentido contrario por el vulgo o las generaciones siguientes, que la olvidaron. Se reconoce que todos los dogmas teológicos sobre el origen del mundo, la naturaleza de Dios, la revelación de sus leyes y la aparición de su persona son una relación de hechos astronómicos o narraciones figuradas y emblemáticas del movimiento de las constelaciones; que la idea misma de la Divinidad, tan oscura y complicada hoy, no es en su modelo primitivo sino la de las potencias físicas del Universo, consideradas unas veces como múltiples, en razón de sus agentes y fenómenos, y otras como un ser único y sencillo por el conjunto y conexión de sus partes; de modo que el ser llamado Dios ha sido tan pronto fuego, viento, agua y todos los elementos, como el Sol, los astros, los planetas y todas sus influencias; tan pronto la materia del mundo visible, la totalidad de Universo, como las cualidades abstractas y metafísicas del espacio, la duración, el movimiento y la inteligencia, pero siempre con este resultado: y es que la idea de la Divinidad no ha sido una revelación milagrosa de seres visibles, sino una producción natural del entendimiento, una operación del espíritu humano, que ha seguido sus mismos progresos y experimentado sus revoluciones en el conocimiento del mundo físico y sus agentes.

»En vano atribuyen los pueblos su culto a inspiraciones celestiales; en vano invocan sus dogmas un estado de cosas sobrenatural: la barbarie originaria del género humano, confirmada por sus propios monumentos, desmiente estos asertos; pero existe un hecho

irrecusable que habla victoriosamente contra los hechos inciertos y dudosos de lo pasado. Del principio de que el hombre no adquiere ni recibe ideas sino por el intermedio de sus sentidos, se sigue que toda noción que se atribuye otro origen que el de la experiencia y el de las sensaciones, es una suposición errónea. Ahora bien: basta fijar la atención en los sistemas del origen del mundo y la acción de los Dioses para descubrir en cada idea y cada palabra la anticipación de un orden de cosas que nació mucho tiempo después; y apoyada la razón en estas contradicciones, rechaza todo lo que no puede probarse según el orden natural; no admite como buen sistema histórico sino el que se acuerda con la verosimilitud, y establece el suyo, diciendo con seguridad:

«Antes que una nación recibiese de otra los dogmas ya inventados, antes que una generación heredase las ideas adquiridas por una anterior, no existía ninguno de estos sistemas compuestos. Siendo los primeros hombres hijos de la Naturaleza, anteriores a todo suceso y novicios en todo conocimiento, nacieron sin idea de los dogmas engendrados por las disputas escolásticas, de los ritos fundados en usos y artes que debían nacer, de los preceptos que suponen un desarrollo de las pasiones, de los códigos que indican un idioma escrito y un estado social no existente todavía; tampoco tuvieron conocimiento de la Divinidad, cuyos atributos se refieren a cosas físicas y a un estado despótico de gobierno, ni del alma y de todos esos seres metafísicos que se dice no pueden comprenderse por mediación de los sentidos, siendo así que es imposible que el entendimiento pueda formarse idea de ellos si no se vale de los únicos instrumentos que le ha dado la Naturaleza para juzgar de las cosas.

Para llegar a esto fué preciso que el hombre recorriese un círculo de hechos anteriores y que una multitud de ensayos lentos y repetidos le enseñasen el uso de sus órganos entorpecidos; que la experiencia reunida de muchas generaciones hubiese inventado y perfeccionado los medios de vivir mejor, y que, libre el espíritu de las trabas de las primeras necesidades, se elevase hasta el arte complicado de comparar las ideas, formar racionios y apreciar relaciones abstractas».

«§ I.—*Origen de la idea de Dios: culto de los elementos y de las potencias físicas de la Naturaleza.*

»El hombre no comenzó a conocer que estaba sometido a fuerzas superiores hasta que, meditando sobre su condición, venció una multitud de obstáculos y recorrió una larga carrera en la noche de la Historia. El sol le alumbraba y calentaba, el fuego le quemaba, el trueno le estremecía, el agua le ahogaba, el viento le impelía, y todos los seres ejercían sobre él una acción poderosa e irresistible. Siendo por mucho tiempo un autómeta, experimentó esta acción sin buscar sus causas; pero así que quiso conocerlas, se llenó de admiración, y pasando de la sorpresa de una idea primera a la ilusión de la curiosidad, formó una serie de racionios.

»Considerando primero la acción de los elementos sobre él, dedujo una idea de debilidad y sujeción y de la de aquéllos una idea de dominio y de poder, y esta idea de poder o de potencia fué el tipo primitivo de la idea de la Divinidad.

»En segundo lugar, excitaron en él los seres naturales las sensaciones de placer o de dolor, de bien o mal; por un efecto natural de su organización experi-

mentó, con respecto a ellos, amor o aversión; deseó o temió su presencia, y el temor o la esperanza fueron el principio de todas las ideas de religión.

»Juzgando por comparación y observando en aquellos seres un movimiento espontáneo, supuso que este movimiento tenía una voluntad y una inteligencia parecidas a las suyas; de aquí formó, por inducción, un nuevo racionio. Había experimentado que ciertas operaciones practicadas con sus semejantes producían el efecto de modificar sus afectos y dirigir su conducta; y habiendo empleado estas mismas operaciones con los seres poderosos del Universo, dijo: «Cuando mi semejante, más fuerte que yo, quiere hacerme mal, me humillo ante él, y mi ruego tiene la virtud de calmarle. Rogaré, pues, a los seres poderosos que me dañan; suplicaré a las inteligencias de los vientos, de las aguas, de los astros, y me oirán; pediré que me libren de los males y me den los bienes de que disponen; los enterneceré con mis lágrimas, los ablandaré con mis dones y gozaré del bienestar que deseo.»

«El hombre sencillo habló al Sol y a la Luna en la infancia de su corazón, animó con su mismo espíritu y sus pasiones los grandes agentes de la Naturaleza, creyó variar sus leyes inflexibles por medio de vanos sonidos y de vanas prácticas. ¡Qué error tan funesto! Pidió a las piedras que subiesen, a las aguas que se elevasen, a las montañas que mudaran de sitio, y substituyendo un mundo fantástico a un mundo verdadero, se figuró entes de opinión para espanto de su ánimo y tormento de su especie.

»Así, las ideas de Dios y de Religión, lo mismo que las demás, han provenido de los objetos físicos y han sido, en el entendimiento del hombre, producto de sus sensaciones, de sus necesidades, de las cir-

cunstances de su vida y del estado progresivo de sus conocimientos.

»Y como las ideas de la Divinidad tuvieron por motores los afectos del corazón humano; se siguió que experimentaron un orden de división calcado sobre sus sensaciones de placer y dolor, de amor o de odio, y también que las potencias de la Naturaleza, los dioses y los genios se dividieron en benéficos y maléficós, en buenos y malos, y de aquí provino la universalidad de estos dos caracteres en todos los sistemas de religión.

»Estas ideas, análogas a la condición de sus inventores, fueron por largo tiempo confusas y groseras. Los hombres errantes en los bosques, dominados por las necesidades salvajes, no tenían tiempo para combinar racionios, experimentando muchos más males que bienes; su sensación más habitual era el miedo, y su teología el terror; su culto se limitaba a algunas prácticas de salud y de ofrendas a unos seres que se representaban tan feroces y avarientos como ellos. En su estado de igualdad y de independéncia, ninguno se establecía mediador entre ellos y unos Dioses tan subordinados y pobres como él mismo; nadie tenía sobrante que dar, y no había parásitos con el nombre de sacerdotes, ni tributos con el título de víctimas, ni dominación con el pretexto de altar: el dogma y la moral reunidos se reducían a la conservación de sí mismo; y la religión, sin influjo en las relaciones mútuas de los hombres, no era sino un homenaje rendido a las potencias visibles de la Naturaleza.

»Tal fué el origen necesario y primitivo de toda idea de la Divinidad.»

Aquí el orador se dirigió a las naciones salvajes y les dijo: «Hombres que no habéis recibido todavía

ideas extrañas y ficticias, decidme si os habéis nunca formado otras; y vosotros, doctores, si tal no es el testimonio unánime de los antiguos monumentos.

»§ II.—*Segundo sistema: Culto de los astros o sabeísmo*

»Pero estos mismos monumentos nos ofrecen después un sistema más metódico y complicado, cual es el del culto de los astros, adorados, ya bajo sus propias formas, ya bajo emblemas y símbolos, y este culto fué efecto también de los conocimientos que adquirió el hombre en la Física y derivó inmediatamente de las causas primeras del estado social, es decir, de las necesidades y artes del primer grado que entraron como elementos en la formación de la sociedad.

»En efecto: así que principiaron los hombres a reunirse en sociedad, se vieron precisados a extender los medios de subsistencia y a dedicarse a la agricultura, y su ejercicio exigió la observación y el conocimiento de los cielos. Fué preciso saber cómo volvía la Naturaleza a presentar el mismo período de sus operaciones y los mismos fenómenos de la bóveda celeste; en una palabra, fué necesario regular la duración y sucesión de las estaciones y de los meses del año: por lo tanto, fué absolutamente preciso conocer la marcha del Sol, primer agente de la creación en su revolución zodiacal; después, la de la Luna, que por sus fases señalaba el tiempo; en fin, fué indispensable conocer los planetas, los cuales, por sus apariciones y desapariciones, formaban las divisiones menores del tiempo; y así se fué componiendo un sistema de astronomía y un calendario. De este trabajo resultó un modo nuevo de considerar las potencias dominantes y gobernadoras, habiéndose observado que las pro-

ducciones terrestres tenían relaciones constantes con los seres celestiales; que el nacimiento, crecimiento y destrucción de cada planta estaban ligados a la aparición, exaltación y declinación del mismo astro y del mismo grupo de estrellas; que la languidez o la actividad de la vegetación parecían depender de las influencias celestes; dedujeron los hombres una idea de acción y de poder de estos seres celestiales sobre los cuerpos terrestres; y los astros, como dispensadores de la escasez o la abundancia, se convirtieron en potencias, en genios, en dioses, autores de bienes y males.

»Habiéndose ya introducido en el estado social una jerarquía de clases, empleos y condiciones, continuaron los hombres formando raciocinios de comparación, transportaron sus nuevas nociones a su teología y resultó la formación de un sistema complicado de divinidades graduales, en el cual el Sol, primer Dios, fué un jefe militar, un rey político; la Luna, una reina compañera suya; los planetas, sus servidores, sus mensajeros y comisionados: y la multitud de estrellas, un pueblo, un ejército de héroes, de genios encargados de regir el mundo bajo las órdenes de sus oficiales respectivos.

»Y como el estado social había introducido usos y prácticas complicados, el culto marchó a la par, y los tomó semejantes: de sencillas y privadas, las ceremonias se cambiaron en públicas y solemnes; las ofrendas fueron más ricas y numerosas y los ritos más metódicos; se establecieron parajes para las asambleas y se formaron capillas y templos; se instituyeron pontífices y sacerdotes; se convino en ciertas fórmulas y épocas, y la religión se hizo un acto civil y un contrato político. Pero, en medio de estos progresos, no alteró sus principios primitivos, y la idea de Dios fué

siempre la de los seres físicos obrando el bien o el mal, es decir, produciendo sensaciones de pena o de placer, el dogma fué el conocimiento de sus leyes o maneras de obrar: y la virtud o el pecado, la observancia o la infracción de estas leyes; y la moral, en su sencillez nativa, fué una práctica sensata de todo lo que contribuye a la conservación de la existencia y al bienestar propio y de sus semejantes.

»Si se nos preguntase en qué época nació este sistema, responderíamos, autorizados con los monumentos de la Astronomía misma, que remontan sus principios a más de quince mil años; y si se pregunta a qué pueblo debe atribuirse, responderemos que estos monumentos, apoyados en tradiciones unánimes, lo atribuyen a los pueblos primitivos de Egipto; y cuando encuentra el raciocinio reunidas en aquel país todas las circunstancias físicas que han podido suscitar dicho sistema, cuando se halla al propio tiempo una zona del cielo inmediata al trópico, igualmente libre de las lluvias del Ecuador y de las nieblas del Norte, un clima saludable, un río inmenso y, sin embargo, tranquilo; una tierra fértil, sin arte ni trabajo, e inundada sin exhalaciones morbosas entre dos mares próximos a las regiones más ricas, es fácil comprender que el habitante del Nilo, agricultor por la naturaleza de su suelo, geómetra por la necesidad anual de medir sus posesiones, comerciante por la facilidad de sus comunicaciones, astrónomo, en fin, por el estado de su cielo, abierto sin cesar a la observación, debió ser el primero que pasase de la condición de salvaje a la civilizada y que adquiriese los conocimientos físicos y morales propios del hombre en el estado social.

»No hay duda, pues, que fué sobre las riberas superiores del Nilo y en un pueblo de piel negra donde

se organizó el sistema complicado del culto de los astros, considerado en sus relaciones con los productos de la Tierra y los trabajos de la Agricultura; y este primer culto, caracterizado por su adoración bajo sus formas o sus atributos naturales, fué una operación sencilla de la inteligencia humana; pero luego la multitud de los objetos, de sus relaciones y acciones recíprocas, complicó las ideas y los signos que las representaban y sobrevino una confusión tan extravagante en su causa como perniciosa en sus efectos.

«§ III.—*Tercer sistema: Culto de los símbolos o idolatría*

»Así que el pueblo agricultor fijó su atención en los astros, experimentó la necesidad de distinguir los individuos o los grupos y de nombrarlos con propiedad; pero se presentó una gran dificultad, porque, de una parte, siendo los cuerpos celestes semejantes en sus formas, no ofrecían ningún carácter especial; y por otra, el idioma, pobre al nacer, no tenía expresiones para tantas ideas nuevas y metafísicas. El móvil ordinario del ingenio, la necesidad, supo vencer esta dificultad. Habiendo reparado que en la revolución anual se hallaban constantemente asociadas al salir y al ponerse, de ciertas estrellas, la renovación y aparición periódica de los productos de la Tierra, así como lo estaban a la posición relativa de dichas estrellas con el Sol, término fundamental de todas sus comparaciones, combinó el pensamiento por un mecanismo natural, las analogías que veía en el hecho, entre los objetos terrestres y celestes, y aplicó un mismo signo a las estrellas o los grupos que formaban, dándoles los mismos nombres que tenían los objetos terrestres que se referían a ellas.

»De este modo llamó astros de la inundación o vierteaguas (Acuario), el Etiope de Tebas, a los que se hallaban presentes cuando el río empezaba su inundación; astros del buey o del toro (Tauro), aquellos bajo los cuales convenía empezar a arar las tierras; astros del león, aquellos que se veían en el cielo, cuando este animal, arrojado de los desiertos por la sed, se manifestaba en las orillas del río; astros de la espiga de la virgen segadora (Virgo), aquellos en cuya época se recogía la cosecha; astros del cordero, astros del cabrito (Aries, Carnero), aquellos que brillaban cuando nacían estos animalitos preciosos; y por este primer medio de proceder se vieron vencidas algunas de las dificultades.

»Pero, a más, había observado el hombre en los seres que le rodean ciertas calidades distintas y propias de cada especie: la primera de sus operaciones fué, como se ha visto, la de aplicar un nombre para designarlos, y por medio de la segunda, halló una manera ingeniosa de generalizar sus ideas, pues transportando el nombre ya aplicado o inventado a todo lo que presentaba una propiedad o una acción análoga, enriqueció su idioma con una metáfora perpetua.

»Así, habiendo notado el mismo etiope que la época de la inundación correspondía siempre con la de la aparición de una hermosa estrella, que se manifestaba hacia el nacimiento del Nilo y parecía advertir al labrador que se precaviese de la sorpresa de las aguas, comparó esta acción con la del animal que advierte de los riesgos con sus ladridos, y llamó a este astro el perro, el can, el labrador (Sirio); del mismo modo llamó astros del cangrejo aquellos que se descubrían cuando, llegando el Sol al límite del trópico, retrocedía marchando hacia atrás y de lado como el cangrejo

o cáncer; dió el nombre de astros del macho cabrío a los que se veían cuando llegando el Sol al punto más culminante o elevado del cielo, a la parte más superior el gnomon u obelisco horario, imitaba la acción del animal que gusta de trepar o encaramarse sobre las puntas de las rocas; nombró astros de la balanza a los que lucían cuando la igualdad de días y noches se parecía al equilibrio de este instrumento; astros del escorpión, a aquellos que se observaban cuando ciertos vientos traían regularmente un vapor abrasador como el veneno del escorpión. Por esto, llamó también anillos y serpientes a la traza figurativa de las órbitas de los astros y los planetas, y tal fué el medio de apelación de todas las estrellas y aun de los planetas tomados por grupos o individuos, según sus referencias con las operaciones del campo y de la tierra y las analogías que halló cada nación entre los trabajos de la agricultura y los objetos de su clima y su suelo.

Resultó de este proceder que entraron en asociación con los seres superiores y poderosos del Cielo los seres abyectos y miserables de la Tierra, y esta asociación se estrechó por el genio mismo del idioma y el mecanismo del espíritu. Se decía, usando de una metáfora natural: «El toro esparce sobre la Tierra los gérmenes de la fecundidad (entendiéndose por esto la Primavera), y produce la creación y abundancia de las plantas (que nutren). El cordero (o carnero) libra a los cielos de los genios maléficos del Invierno; salva el mundo de la serpiente (emblema de la estación de lluvias), y vuelve a traer el reino del bien (del Estío, estación de placeres).

»Este lenguaje, entendido por todos, subsistió al principio sin inconveniente; pero andando el tiempo, y cuando se arregló el calendario, como el pueblo no

necesitase ya observar el cielo, perdió de vista el origen de estas expresiones; y sus alegorías que habrían persistido en los usos de la vida, se convirtieron en escollos fatales al entendimiento y la razón. Acostumbrado el ánimo a reunir los símbolos con las ideas de sus modelos, vino a parar en confundirlos; entonces los mismos animales que el pensamiento había transportado a los cielos, volvieron a bajar a la Tierra; pero vestidos ya en este regreso con las galas de los astros, se arreglaron sus atributos y alucinaron a sus propios autores. Creyendo el pueblo en aquel caso ver cerca de sí sus Dioses, les dirigió con más facilidad sus súplicas; pidió al carnero de su rebaño los benéficos influjos que esperaba del cordero celeste; rogó al escorpión que no esparciese su veneno sobre la Naturaleza; reverenció el cangrejo del mar, el escarabajo del lodo y el pescado del río; y por una serie de analogías erróneas, se perdió en un laberinto de absurdos.

»He aquí el origen de este culto antiguo y extravagante de los animales; he aquí por qué progresión de ideas pasó el carácter de la Divinidad a los animales más viles, y cómo se formó el sistema teológico, muy vasto, complicado y sabio, que, llevado desde las orillas del Nilo, de región en región, por el comercio, la guerra y las conquistas, se apoderó del mundo antiguo; sistema que, modificado por el tiempo y las circunstancias, se manifiesta todavía en cien pueblos como base íntima y secreta de la teología de los mismos que lo desprecian y rechazan».

Al oír esto, varios grupos dieron a entender su desaprobación, el orador continuó: «Ved de dónde viene, africanos, la adoración de vuestros ídolos, animales, plantas, piedras y pedazos de madera, ante los cuales no hubieran vuestros antiguos padres tenido el

delirio de postrarse, si no hubiesen visto en ellos unos talismanes en que se había ingerido la virtud de los astros. Ved, tártaros, el origen de vuestros muñecos y mamarrachos, y de todo ese aparato de animales con que abigarran vuestros chamanes sus magníficas vestiduras. Ved el origen de esas figuras de pájaros y de serpientes, que todas las naciones salvajes se graban sobre la piel con ceremonias misteriosas y sagradas. Y vosotros, indios, en vano os queréis cubrir con el misterio: el gavián de vuestro dios Vichnou no es más que uno de los mil emblemas del Sol en Egipto; y vuestras encarnaciones, de un Dios en pescado, en jabalí, en león y en tortuga, y todas sus monstruosas aventuras no son sino metamorfosis del astro que pasando sucesivamente en los signos de los doce animales (del Zodíaco), se supuso que tomaba sus formas y llenaba sus funciones astronómicas. Vosotros, japoneses, no tenéis en vuestro toro, que rompe el huevo del mundo, sino el del Cielo, que abría la edad de la creación, o el equinoccio de Primavera; y es el mismo buey Apis, que adoraba Egipto, y que vuestros antepasados adoraron en el Becerro de Oro. Es vuestro Toro, hijo de Zoroastro, que sacrificado en los misterios simbólicos de Mythra, derramaba sangre fecunda para el mundo; y en cuanto a vosotros, cristianos, vuestro buey del Apocalipsis, con sus alas, símbolo del aire, tampoco tiene otro origen, así como vuestro cordero de Dios, sacrificado, como el toro de Mythra, por la salud del mundo, no es sino ese mismo Sol en el signo del carnero celeste, al cual, abriendo el equinoccio en una edad posterior, se le atribuyó la virtud de libertar al mundo del reino del mal; es decir, de la constelación de la serpiente, de aquella gran culebra, madre del Invierno, y emblema del Ahrimanes o Sata-

nás de los persas, vuestros maestros. Sí; en vano vuestro celo imprudente condena a los idólatras a los tormentos del tártaro, que han inventado; la base de vuestro sistema no es más que el culto del Sol, cuyos atributos habéis reunido en vuestro personaje principal. Es el sol el que, bajo el nombre de Orus, nacía, como vuestro Dios, en el solsticio de invierno, en los brazos de la Virgen celestial; es el que pasaba una infancia humilde y pobre, como la estación de los fríos; el que perseguido por Tyfon y por los tiranos del aire, bajo el nombre de Osiris, era muerto, encerrado en un sepulcro oscuro, emblema del hemisferio de invierno, y que levantándose después de la zona inferior hacia el punto más culminante de los cielos, resucitaba vencedor de los gigantes y de los ángeles destructores.

>Y vosotros, que murmuráis, ¡oh, sacerdotes! lleváis estos signos; esa tonsura es el disco del Sol; esa estola es su Zodíaco; esos rosarios son el emblema de los astros y de los planetas. En cuanto a vosotros, pontífices y prelados, vuestra mitra, vuestro báculo, vuestra capa o manta son los de Osiris, y esa cruz, cuyo misterio ponderáis sin entenderlo, es la cruz de Serapis, trazada por mano de los sacerdotes egipcios, la cual, pasando por los equinoccios y por los trópicos, era el emblema de la vida futura y de la resurrección, porque tocaba a las puertas de marfil y de cuerno, por donde pasaban las almas a los cielos.

>Tres causas principales contribuyeron a esta confusión de ideas. Primera: las expresiones figuradas con que se vió precisada una lengua naciente a expresar las relaciones de los objetos, que, pasando de un sentido propio a otro general, de un sentido físico a otro moral, originaron una multitud de errores por medio de sus equívocos y sinónimos.

»Así fué como habiendo dicho primero que el Sol remontaba o pasaba por encima de doce animales, se creyó después que los combatía, los domaba y los mataba; y se fraguó de este modo la vida de Hércules.

»Habiendo dicho que regulaba el tiempo de los trabajos, de las siembras y las cosechas; que distribuía las estaciones y las ocupaciones; que recorría los climas; que dominaba sobre la Tierra, etc., se le tomó por un rey legislador, por un guerrador conquistador, y se compusieron las historias de Osiris, de Baco y sus semejantes.

»Habiéndose dicho que entraba un planeta en un signo, se hizo de su conjunción un matrimonio, un adulterio y un incesto. Habiéndose dicho que estaba oculto, enterrado, porque volvía a la luz y subía con exaltación, se supuso que había muerto; que resucitaba, y que se subía o elevaba al cielo, etc.

»La segunda causa que produjo confusión fué la de las mismas figuras materiales que sirvieron al principio para pintar las ideas con el nombre de jeroglíficos o caracteres sagrados; así, pintaron un barco o el navío «Argos» para advertir la inundación y la necesidad de preservarse de ella; para designar el viento, pintaron un ala de ave; para especificar la estación y el mes, el pájaro de paso, el insecto, el animal que aparecía en aquella época; para expresar el Invierno, pintaron un puerco y una serpiente, que gustan de los lugares húmedos; y la reunión de todas estas figuras tenía sentidos convencionales con sus frases y palabras propias. Pero como este sentido no tenía por sí nada fijo ni exacto; como el número de estas figuras y sus combinaciones se hizo excesivo y sobrecargó la memoria, resultaron confusiones y explicaciones falsas. Habiendo inventado después el ingenio el arte más sencillo de

aplicar signos a los sonidos, cuyo número es limitado, y de pintar palabras en vez de pensamientos, hizo la escritura alfabética que se perdiese el uso de las pinturas jeroglíficas, y dieron lugar aquellas significaciones olvidadas a una multitud de ilusiones, equívocos y errores.

»En fin, el orden civil de los Estados antiguos fué la tercera causa de confusión. Cuando los pueblos empezaron a dedicarse a la agricultura, como la formación del calendario rural exigía continuas observaciones astronómicas, fué necesario proponer algunos individuos encargados de asegurarse de la aparición y ocultación de algunas estrellas, de advertir la proximidad de la inundación, de ciertos vientos, de la época de las lluvias, y del tiempo para sembrar cada especie de grano; se dispensó a estos hombres de los trabajos vulgares, a causa de su servicio particular, y la sociedad proveyó a su manutención. Ocupados en observar, no tardaron mucho en comprender los grandes fenómenos de la Naturaleza y de penetrar el secreto de muchas de sus operaciones; conocieron la marcha de los astros y de los planetas, el concurso de sus fases y de su regreso con los productos de la Tierra y el movimiento de la vegetación, las propiedades medicinales o nutritivas de las plantas y los frutos; el juego de los elementos y sus afinidades recíprocas. Y como no había otros medios de comunicar estos conocimientos, sino el penosísimo de la instrucción oral, no lo transmitían sino a sus amigos y parientes; de lo cual resultó una especie de concentración de toda ciencia y saber en algunas familias, y que arrogándose éstas un privilegio, adquiriesen un espíritu de cuerpo y aislamiento muy nocivo a la cosa pública. Por medio de esta sucesión continua de las mismas investigacio-

nes, fué mucho más rápido el progreso de los conocimientos; pero como se hacía un gran misterio de ellos, sumergido el pueblo en unas tinieblas más densas, se hizo cada vez más servil y más supersticioso. Viendo que algunos mortales producían ciertos fenómenos, que anunciaban exactamente eclipses y cometas, que curaban enfermos, que manejaban serpientes, se creyó que tenían comunicación con las potencias celestes; y para lograr los bienes y evitar los males que se esperaban, fueron considerados como mediadores e intérpretes. Así se establecieron en el seno de los Estados unas corporaciones sacrílegas de hombres hipócritas y embusteros que reconcentraron todos los poderes; y los sacerdotes, que eran al mismo tiempo astrónomos, teólogos, físicos, médicos, mágicos, intérpretes de los Dioses, oráculos de los pueblos, rivales de los reyes y sus cómplices, establecieron con el título de religión un imperio de misterio y un monopolio de instrucción, que han producido la pérdida de las naciones»...

No bien hubo proferido el orador estas frases, cuando los sacerdotes de todos los grupos cubrieron su voz con una espantosa gritería, acusándole de impiedad, de irreligión, de blasfemia, y quisieron impedirle que continuase; pero habiendo observado el Legislador que aquello no era sino una exposición de hechos históricos, que si eran falsos sería fácil desmentirlos, y que hasta entonces había sido libre la exposición de todas las opiniones, el orador volvió a hablar de este modo:

«De todas estas causas y de la asociación continua de ideas opuestas, resultaron una multitud de desórdenes en teología, en moral y en las tradiciones; y de las circunstancias de que los animales representaran

los astros se siguió que pasasen a los dioses las cualidades de los brutos, sus inclinaciones, simpatías y aversiones, y que se supusiesen acciones propias de aquéllos. Así, que el Dios «ichineumon» hizo la guerra al Dios «cocodrilo»; el Dios «lobo» quiso comerse al Dios «carnero o «aries»; el Dios «ibi» devoró al Dios «serpiente», y la Divinidad se convirtió en un ser extravagante, caprichoso y feroz, cuya idea desconcertó el juicio del hombre y corrompió su moral con su razón.

»Y porque, según el espíritu de su culto, cada familia y cada pueblo había tomado por patrón especial un astro, una constelación, las inclinaciones y las antipatías del animal-símbolo pasaron a sus sectarios, y los partidarios del Dios perro fueron enemigos de los del Dios lobo, los adoradores del Dios buey miraron con horror a los que lo comían, y la religión vino a ser un móvil de odios y de guerras, y una causa insensata de delirio y superstición.

»En fin, mediante las analogías que se les atribuyeron, habiéndose tomado los dioses-astros por hombres, por héroes, por reyes, éstos tomaron recíprocamente por modelo las acciones de los Dioses y fueron por imitación guerreros, conquistadores, sanguinarios, orgullosos, lúbricos, perezosos, y de esta suerte consagró la religión los crímenes de los déspotas y pervirtió los principios de los gobiernos.

»§ IV.—*Cuarto sistema: Culto de los dos principios o dualismo.*

»La paz y la abundancia que gozaban los sacerdotes astrónomos en sus templos, les facilitaron hacer todos los días nuevos progresos en las ciencias; y por haberse desarrollado gradualmente a sus ojos el sistema del mundo, establecieron sucesivamente diversas hipó-

tesis de sus efectos y de sus agentes, que se convirtieron en otros tantos sistemas teológicos.

»Las navegaciones de los pueblos marítimos y las caravanas de los nómadas de Asia y Africa les hicieron conocer la tierra desde las Islas Afortunadas hasta la Serica, y desde el Báltico hasta los manantiales del Nilo; y por comparación de los fenómenos de diversas zonas descubrieron la redondez del globo, de lo cual se siguió una teoría nueva. Habiendo observado que todas las operaciones de la naturaleza, en el período de un año, se reducían a dos, la de producir y la de destruir; que cada una se cumplía del mismo modo en la mayor parte del globo, de uno al otro equinoccio; es decir, que durante los seis meses de verano todo se procreaba y multiplicaba, y durante los seis meses de invierno todo se consumía y estaba casi muerto, supusieron en la Naturaleza dos potencias contrarias, en un estado continuo de lucha y esfuerzo; y consideraron la esfera celeste bajo este aspecto, dividieron los cuadros que figuraban en dos mitades o hemisferios, de tal modo que las constelaciones que se veían en el cielo de verano formaron un imperio directo y superior, y las del invierno otro antípoda e inferior. Como las constelaciones de verano acompañaban la estación de los días largos y calientes, y la de los frutos y las mieses, fueron tenidas por potencias de luz, de fecundidad y creación, y por transición del sentido físico al moral, se consideraron como genios o ángeles de sabiduría o de ciencia, de pureza, beneficencia y virtud. Sucedió lo contrario en punto a las constelaciones de invierno, que por experimentarse en su época las noches largas y las nieblas polares, fueron caracterizadas de genios de tinieblas, de destrucción y muerte, y por transición igual en ángeles de ignorancia, malignidad,

pecado y vicio. Por esto se halló el cielo dividido en dos dominios o facciones, y no fué menester más para que la analogía de las ideas abriese una vasta carrera a los extravíos de la imaginación; pero una circunstancia prepara el engaño y la ilusión, cuando no los ocasionase positivamente.

»En la primera representación de la esfera celeste que delinearon los sacerdotes astrónomos, el zodiaco y las constelaciones presentaban sus mitades en oposición diametral: el hemisferio de invierno, antípoda del de verano, le era adversario, contrario y opuesto; y por la metáfora perpetua pasaron estas palabras al sentido moral, y los ángeles y genios adversarios se convirtieron en rebelados y enemigos. Desde entonces toda la historia astronómica de las constelaciones se cambió en historia política: el cielo fué un estado humano, y todo pasó en él como en la tierra. Ahora, como los estados, siendo despóticos, tenían su marca, y ya que el sol parecía serlo del cielo, el hemisferio de verano (imperio de la luz), y sus constelaciones (pueblo de ángeles blancos), tuvieron por rey un Dios ilustrado, inteligente, creador y bueno. Y como toda fracción rebelde debe tener su jefe, el cielo de invierno (imperio subterráneo de tinieblas y tristeza), sus astros tuvieron por jefe un genio maléfico. En Egipto fué al principio el escorpión, primer signo del zodiaco después de la balanza, y por largo tiempo jefe de los signos de invierno; después fué la osa y el asno polar, Tyfon, es decir, diluvio, a causa de las lluvias que inundan la tierra, cuando este astro domina. En Persia, fué la serpiente la que, bajo el nombre de Ahrimanes, formó la base del sistema de Zoroastro; y esta misma es, ¡oh, cristianos y judíos!, vuestra serpiente de Eva (o de la virgen celestial), así como la

de la Cruz; y en dichos casos es dicha serpiente emblema de Satanás, el grande adversario del Anciano de los tiempos (o el Padre Eterno), cantado por Daniel.

»En Syria fué el puerco o jabalí enemigo de Adonis, porque en aquella región desempeñó el papel de la osa boreal el bruto cuyas inclinaciones al fango son emblemáticas del invierno; y he aquí por qué, hijos de Moisés y de Mahoma, lo miráis con horror, a imitación de los sacerdotes de Menfis y Baalbeck, que detestaban en él al matador de su Dios sol. También es el tipo primitivo de vuestro Chib-en, joh, indios!, el cual fué en otro tiempo el Plutón de vuestros hermanos los griegos y los romanos; del mismo modo que ese vuestro Bermah, ese Dios creador, no es otra cosa que el Ormuzd persa y el Osiris egipcio, cuyo nombre sólo expresa un poder creador, productor de formas. Todos estos Dioses recibieron un culto análogo a sus atributos verdaderos o fingidos, el cual se dividió en dos partes a causa de sus diferencias. En la una, recibió el Dios bueno el culto de amor y de alegría, de donde derivan todos los actos religiosos del género alegre, como las fiestas, los bailes, los festines, las ofrendas de flores, de leche, de miel, de perfumes, en una palabra, de todo lo que halaga los sentidos y el alma; en la otra recibió el Dios malo un culto de miedo y de dolor, de donde derivan todos los actos religiosos del género triste, los llantos, el luto, la desolación, las privaciones, las ofrendas sanguinarias y los sacrificios crueles.

»De aquí proviene también la división de los seres terrestres en puros e impuros, en sagrados o abominables, según el lugar que ocupaban sus especies entre las constelaciones de uno de los dos Dioses, lo que produjo por una parte las supersticiones de las impu-

rezas y de las purificaciones, y por otra las supuestas virtudes eficaces de los amuletos o reliquias y talismanes.

»Ahora comprenderéis, continuó el orador dirigiéndose a los indios, persas, judíos, cristianos y musulmanes, el origen de vuestras ideas de combates y rebeliones de que están llenas vuestras mitologías. Ya veis lo que significan esos ángeles blancos y negros, los querubines y serafines con cabezas de águila, de león o de toro, los deús, diablos o demonios con cuernos de macho cabrío y colas de serpiente, los tronos y las dominaciones colocados en siete órdenes o gradaciones como las siete esferas de los planetas; seres todos que representan los mismos papeles, que tienen los mismos atributos en los vedas, las biblias o los zendavestas, ya sea su jefe Ormuzd o Bermah, Tyfon o Chiven, Miguel o Satanás, ya se presenten bajo la forma de gigantes con cien brazos y pies de serpientes, o de Dioses transformados en leones, ibis, toros o gatos, según los cuentos sagrados de los griegos y los egipcios; de todos modos veis claramente la filiación de estas ideas, y como se han ido suavizando las formas toscas que tenían al principio, según que se han alejado de su origen y civilizándose los ánimos.

»Y así como el sistema de los dos principios o de los Dioses contrarios nació del de los símbolos, formados uno y otro de la misma contextura, asimismo vais a ver cómo aquel sistema sirvió luego de base y escalón a otro nuevo que le debió su origen.

»§ V.-Culto místico y moral o sistema del otro mundo.

»No hay duda, cuando el vulgo oyó hablar de un nuevo cielo y de otro mundo, dió al momento una existencia real a las ficciones, y colocó en él un teatro

sólido de escenas positivas; y las nociones geográficas favorecieron esta nueva ilusión.

»Por una parte, los navegantes fenicios y los que, pasando las columnas de Hércules, iban a buscar el estaño de Thulé y el ámbar del Báltico, referían que a la extremidad del mundo, al fin del Océano (el Mediterráneo entonces), donde el Sol se pone para las regiones asiáticas, había unas islas afortunadas, mansión de una primavera eterna, y más allá unas regiones hiperbóreas, situadas bajo de tierra (con respecto a los trópicos), en donde reinaba una noche eterna. Sobre estas relaciones, mal entendidas, fundó la imaginación del pueblo los Campos Elíseos, lugares de delicias, colocados en un mundo inferior, con su cielo, su sol y sus astros, y el Tártaro, lugar de tinieblas, de humedad, de lodo y de hielos. Como el hombre tiene curiosidad de saber y ansia de vivir mucho tiempo, había ya querido averiguar lo que vendría a ser después de muerto, porque reflexionó acerca del principio de la vida que anima su cuerpo, que se separa de él sin desfigurarlo, e imaginó las substancias sutiles, las fantasmas y las sombras; por lo tanto, se complugo en creer que continuaría en el mundo subterráneo una vida que sentía perder; y los lugares infernales fueron sitios muy cómodos para recibir los objetos amados a que no podía renunciar.

»Por otra parte, hacían los sacerdotes astrólogos y físicos unas relaciones de sus cielos que se acomodaban a estas ficciones. Llamaron en su idioma metafórico a los equinoccios y los solsticios puertas de los cielos o entradas de las estaciones y explicaron los fenómenos terrestres, diciendo: «Que por la puerta de cuerno (que primero fué el toro y después el carnero), y por la del cáncer descendían los fuegos vivificantes

que animaban en la primavera la vegetación, y los espíritus acuosos que causaban en el solsticio la inundación del Nilo; que por la puerta de marfil (la balanza, y antes el arco o sagitario), y por la de capricornio o la de la urna se volvían otra vez a su manantial y subían a su origen las emanaciones de los cielos», y la vía láctea que pasaba por estas puertas de los solsticios les parecía colocada para servir de ruta y vehículo.

»Habiendo reparado los egipcios que en su ardiente clima era la putrefacción de los cadáveres un foco de peste, instituyeron en varios de sus Estados el uso de enterrar a los muertos lejos de las tierras habitadas, en el desierto que está al Occidente. Era menester, para llegar a él, atravesar los canales de río, y, por consiguiente, ser recibido en una barca y pagar un estipendio al barquero, sin lo cual, privado el cuerpo de sepultura, hubiera sido pasto de las bestias feroces. Este uso inspiró a los legisladores civiles y religiosos un medio poderoso de infuuir sobre las costumbres; y estimulando la piedad filial y el respeto a los muertos en aquellos hombres groseros y feroces, establecieron por condición que debiese sufrir el muerto un juicio previo, en el cual se decidiera si merecía ser admitido en la ciudad negra. Se identificó demasiado bien una idea como esta a las otras para que no fuese incorporada a ellas; el pueblo no tardó en admitirla, y los infiernos tuvieron su Minos y su Radamanto, con la varita, el sitial, los porteros y la urna, lo mismo que en el estado terrestre y civil. La Divinidad se convirtió en un ser moral y político, en un legislador social, tanto más temido cuanto más inaccesible de los mortales. Entonces aquel mundo fabuloso y mitológico tan extrañamente compuesto de miembros esparcidos se halló convertido en un lugar de castigo y de recom-

pensa, donde se suponía que la justicia divina corregía los yerros de la justicia de los hombres; y este sistema espiritual y místico se apoderó del hombre por medio de sus inclinaciones. El débil oprimido halló en él una esperanza de indemnización y el consuelo de la venganza futura; el opresor, que contaba lograr la impunidad a fuerza de ofrendas, se proporcionó con el error del vulgo una arma más para subyugarle; y los jefes de los pueblos, los reyes y los sacerdotes vieron en este sistema nuevos medios de dominarlos, por el privilegio que se reservaron de repartir las gracias y los castigos del gran Juez con arreglo a los delitos o a las acciones meritorias que clasificaban a su antojo.

»He aquí cómo se ha introducido en el mundo visible y real un mundo invisible o imaginario; he aquí el origen de esos lugares de delicias y penas, de que habéis hecho vosotros, persas, vuestra tierra rejuvenecida, vuestra ciudad de resurrección, colocada bajo el Ecuador, con el atributo singular de que los dichosos no hacen en ella sombra. He aquí, judíos y cristianos discípulos de los persas, de dónde ha salido vuestra Jerusalén del Apocalipsis, vuestro paraíso y vuestro cielo, caracterizados por todos los menores del cielo astronómico de Hermes; y vosotros, musulmanes, sabed que vuestro infierno, abismo subterráneo, con su puente por encima; vuestra balanza de las almas y de sus obras; vuestro juicio de los ángeles Monkir y Nekir, han tomado sus modelos de las ceremonias misteriosas de la caverna de Mithra, y vuestro cielo en nada difiere del de Osiris, Ormuzd y Brahma.

»§ VI.—*Sexto sistema: Mundo animado o culto del Universo bajo diferentes emblemas.*

»Mientras los pueblos se extraviaron en el laberinto de la Mitología, los sacerdotes continuaron sus inves-

tigaciones sobre el orden del Universo, y lograron descubrir nuevos resultados, y arreglaron nuevos sistemas de potencias y causas motrices.

»Limitados por mucho tiempo a las simples apariencias, no habían visto en el curso de los astros sino un movimiento desconocido de cuerpos luminosos que a su parecer daban vueltas alrededor de la Tierra, punto central de todas las esferas; pero así que descubrieron la redondez de nuestro planeta hicieron consideraciones nuevas, y de inducción en inducción se elevaron a las concepciones más sublimes de la Astronomía y la Física. Una vez concebida esta idea luminosa, de que el globo terrestre es un pequeño círculo inscripto en el círculo más grande de los cielos, la teoría de los círculos concéntricos se ofreció a su hipótesis, para resolver el problema del círculo incógnito o desconocido del globo terrestre por medio de puntos conocidos del círculo celeste; y la medida de uno o muchos grados del meridiano dió la circunferencia total. Tomando entonces por compás el diámetro descubierto de la Tierra, lo abrió un ingenio feliz con mano atrevida sobre las órbitas inmensas de los cielos, y por un fenómeno inaudito abrazó el hombre las distancias infinitas de los astros, desde el grano de arena que apenas cubría, y se lanzó en los abismos del espacio y del tiempo. Allí se le presentó un nuevo orden del Universo; le pareció que el globo átomo que habitaba no era ya su centro y que este papel importantísimo pertenecía a la masa enorme del Sol; por consecuencia, se halló que era dicho astro el eje inflamado de ocho esferas que le rodeaban, y cuyos movimientos se sometieron después a la exactitud del cálculo.

»Era ya mucho para el género humano el haber acometido la tarea de resolver la disposición y el or-

den de los grandes seres de la «Naturaleza»; pero no contento con este primer esfuerzo, quiso también resolver el mecanismo y adivinar el origen y el principio motor; y aquí fué donde, empeñado en las profundidades abstractas y metafísicas del movimiento y de su primera causa, de las propiedades inherentes o comunicadas de la materia, de sus formas sucesivas, de su extensión, es decir, del espacio y del tiempo sin límites, se perdieron los físicos teólogos en un caos de raciocinios sutiles y de controversias escolásticas.

»Luego que les hizo ver la acción del Sol sobre los cuerpos terrestres que su substancia era como un fuego puro y elemental, hicieron de él un foco y depósito de un océano de fluido ígneo, luminoso, que bajo el nombre de éter llenó el Universo y alimentó los seres. Los análisis de una Física bien entendida habiendo hecho descubrir posteriormente este mismo fuego en la composición de todos los cuerpos, y habiendo apreciado también que era el agente esencial de este movimiento espontáneo, que se llama vida en los animales y vegetación en las plantas, concibieron el movimiento y el mecanismo del Universo como el de un «todo» homogéneo, de un cuerpo idéntico, cuyas partes, aunque distantes, tenían, sin embargo, un enlace íntimo; y el mundo fué un ser viviente, animado por la circulación orgánica de un fluido ígneo y aun también eléctrico, que por un primer término de comparación tomado en el hombre y en los animales, tuvo al Sol por corazón o foco.

»Todas estas observaciones de los filósofos teólogos produjeron el resultado de estos principios: «que nada perece en el mundo; que los elementos son indestructibles; que cambian de combinaciones, mas no de naturaleza; que la vida y la muerte de los seres

no son sino modificaciones variadas de los mismos átomos; que la materia posee propiedades, de donde resultan sus maneras de ser, y que el mundo es eterno, sin límites de espacio ni duración». Unos dijeron que el Universo entero era Dios; y según ellos, fué Dios un ser efecto y causa, a un tiempo agente y paciente, principio motor y cosa movida, teniendo por leyes unas propiedades invariables que constituyen la fatalidad; y éstos pintaron su idea, tan pronto con el emblema de Pan (el gran todo) o de Júpiter, con la frente estrellada, el cuerpo planetario y los pies de animales; tan pronto con el símbolo del huevo órfico, cuya yema, suspendida en medio de un líquido circuido de una bóveda, representaba el globo del Sol, nadando en el éter en medio de la bóveda de los cielos; tan pronto con el de una gran serpiente redonda, que figuraba los cielos donde colocaban el primer móvil, y por esta razón era de color azul, sembrado de manchas de oro (las estrellas), devorando su cola, es decir, volviendo a entrar en sí mismo y enroscándose eternamente como las revoluciones de las esferas; otras veces representaron su pensamiento por medio de un hombre que tenía los pies ligados y juntos para significar la existencia inmutable, envuelto en un manto de todos colores, como el espectáculo de la «Naturaleza», y teniendo en la cabeza una esfera de oro, emblema de la esfera de las estrellas, o bien por medio de otro hombre, ya sentado sobre la flor del loto, ya acostado sobre doce baldosas, que representaban los doce signos celestes.. Ahí tenéis, indios, japoneses, siameses, tibetanos y chinos, la Teología, que después de fundarla los egipcios, se ha transmitido y conservado entre vosotros en los cuadros que pintáis de Brahma, de Boudda, de Sommonacodom y de Homito.»

»§ VII.—*Séptimo sistema: Culto del alma del mundo; esto es, del elemento del fuego, principio vital del Universo.*

»Como no todos se conformaron en la idea de un ser, causa y efecto al mismo tiempo, agente y paciente, que reuniese en una misma naturaleza dos naturalezas contrarias, distinguieron otros el principio motor de la cosa movida; y diciendo que la materia era inerte por sí misma, pretendieron que un agente distinto, del cual no era más que la cubierta, le había comunicado sus propiedades. Este agente fué para unos el principio ígneo, reconocido como autor de todo movimiento; para otros fué el fluido llamado éter, que se tenía por más activo y más sutil; y como llamaban al principio vital y motor de los animales alma y espíritu, como raciocinaban sin cesar por comparación, singularmente con la del ser humano, dieron al principio motor de todo el Universo el nombre de alma, de inteligencia, de espíritu; y Dios fué el espíritu vital que, esparcido en todos los seres, animó el vasto cuerpo del mundo. Los que seguían esta idea, la pintaron unas veces por Youpiter, esencia del movimiento y de la animación, principio de la existencia, o más bien la existencia misma; otras veces por Vulcano o Phtha, fuego-principio y elemental, o por el altar de Vesta, colocado en el centro de su templo, como el Sol en las esferas; y otras veces, en fin, por Kneph, ser humano vestido de azul obscuro, teniendo en la mano un cetro y un cinturón (zodiaco), en la cabeza un gorro con plumas, para expresar lo fugaz de su pensamiento, y produciendo por su boca el gran huevo.

»Según este sistema, contenía cada ser en sí mismo una porción de fluido ígneo o etéreo, motor universal y común, y siendo este fluido (alma del mundo) la Di-

vinidad, se guía de ello que las almas de todos los seres fueron una porción de Dios mismo, que participaban de todos sus atributos y eran, por lo tanto, una substancia indivisible, simple e inmortal, de lo que provino todo el sistema de la inmortalidad del alma, que primeramente fué eternidad. Ved, indios, budistas, cristianos y musulmanes de dónde derivan todas vuestras opiniones sobre la espiritualidad del alma; ved cuál fué el origen de los desvarios de Pitágoras y de Platón, vuestros maestros, los cuales no fueron más que ecos de otra última secta de filósofos ilusos de que voy a hablar.

»§ VIII.—*Octavo sistema: Mundo-máquina: culto de Demi-Ourgos o Gran Obrero.*

»Ejercitándose hasta aquí los teólogos en las subsistencias sutiles y delicadísimas del éter o del fuego-principio, no habían dejado de considerarlas como seres perceptibles por los sentidos; y la Teología había continuado siendo la teoría de las potencias físicas, colocadas ya en los astros o bien esparcidas por el Universo; pero en dicha época, algunos espíritus superficiales, perdiendo el hilo de las ideas que habían dirigido estos estudios profundos, o ignorando los hechos que les servían de base, desnaturalizaron todos los resultados con la introducción de una quimera extraña y nueva. Supusieron que este Universo, estos cielos, estos astros, este Sol, no eran sino una máquina de un género común; y aplicando a esta primera hipótesis una comparación sacada de las obras del arte, levantaron el edificio de los sofismas más extravagantes: «Una máquina, dijeron, no se fabrica a sí misma: tiene un obrero anterior, y ella lo indica por su existencia. El mundo es una máquina; luego existe un fabricante.»

»De aquí salió el demiourgos o Gran Obrero, constituido en divinidad autocrática y suprema. En vano opuso la antigua filosofía, que el mismo obrero tenía en tal caso necesidad de padre y autores, y que no se hacía más que añadir un escalón si se quitaba al mundo la eternidad para dársela a él. No contentos los innovadores con esta primera paradoja, pasaron a otra, y aplicando a su obrero la teoría del entendimiento humano, sostuvieron que el demiourgos había fabricado su máquina por un plan-idea, que residía en su entendimiento; y como los físicos, que habían sido sus maestros, colocaban en la esfera de los fijos el gran móvil regulador bajo el nombre de inteligencia y raciocinio, los espiritualistas, que eran sus meros imitadores, se apoderaron de este ser, lo atribuyeron al demiourgos, haciendo una subsistencia diferente que existía por sí misma, y a la cual llamaron mente o logos (palabra y raciocinio). Y como admitían la existencia del alma del mundo, o principio solar, se vieron obligados a componer tres grados de personas divinas, que fueron: 1.º, el demiourgos o Dios obrero; 2.º, el logos, palabra y raciocinio; 3.º, el espíritu o el alma (del mundo). He aquí, cristianos, la fábula sobre que habéis fundado vuestra trinidad; he aquí el sistema que nació herético en los templos egipcios, que se volvió pagano transportado a las escuelas de Italia y Grecia, que hoy es católico ortodoxo por la conversión de sus partidarios, los discípulos de Pitágoras y Platón, hechos cristianos.

»Así es como la Divinidad comenzó por ser la acción sensible, múltiple, de los meteoros y los elementos. Después, la potencia combinada de los astros, considerados bajo sus relaciones con los seres terrestres; luego, los mismos seres terrestres, por la confu-

sión de los símbolos con sus modelos. En seguida, la doble potencia de la Naturaleza en sus dos operaciones principales de producción y destrucción. Más adelante, el mundo animado sin distinción de agente y de paciente, de causa y efecto. Posteriormente, el principio solar o elemento del fuego, reconocido por motor único.

»Así es como la Divinidad ha venido a parar en un ser quimérico y abstracto, en una sutileza escolástica de substancia sin forma, de cuerpo sin figura: en un verdadero delirio del espíritu, del que nada ha podido comprender la razón. Pero en vano quiere ocultarse a los sentidos, pues que el sello de su origen está impreso en ella indeleblemente; y sus mismos atributos, calcados todos, o sobre los atributos físicos del Universo, como la inmensidad, la eternidad, la indivisibilidad, la incomprendibilidad, o sobre los afectos morales del hombre, como la bondad, la justicia, la majestad, etc. y sus propios nombres, todos derivados de los seres físicos que le han servido de tipos, especialmente del Sol, de los planetas y del mundo, todo recuerda sin cesar al espíritu, a pesar de los corruptores, los rasgos indelebles de su verdadera naturaleza.

»Tal es la serie de ideas recorrida por el espíritu humano en época anterior a las relaciones de la Historia. Todo obliga a colocar el origen de estos elementos primitivos en Egipto: la rapidez de su desarrollo se debió a la curiosidad de los ociosos sacerdotes físicos, alimentado en el retiro de los templos por el enigma del Universo, siempre a la vista, y a la división política que reinó largo tiempo en aquella región y a los diferentes colegios de sacerdotes que había en cada Estado, los cuales, tan pronto auxiliares como

rivales, facilitaron con sus disputas los progresos de las ciencias.

»Había sucedido ya en las orillas del Nilo lo que se ha repetido después. Al paso que se formaba cada sistema, suscitaba, por su novedad, discusiones y cismas: después se acreditaba por la persecución, y unas veces destruía los ídolos anteriores y otras los incorporaba modificándolos... Pero sobreviniendo las revoluciones políticas, y con ellas la agregación de los Estados y la mezcla de los pueblos, se confundieron las opiniones, cayó la Teología en un caos y se convirtió en un logogrifo o enigma de antiguas tradiciones. Extraviada la religión, ya no fué más que un medio político de conducir a un vulgo crédulo, del cual se apoderaron ciertos hombres crédulos también y engañados por sus propias ilusiones, y algunos atrevidos y enérgicos que se propusieron planes ambiciosos.

»§ IX.—*Religión de Moisés o culto del alma del mundo (You-piter).*

»De éstos fué el legislador de los hebreos, pues queriendo formarse un imperio aislado, consiguió el designio de sentar sus bases sobre las preocupaciones religiosas. Pero en vano proscribió el culto de los símbolos, que reinaba en el bajo Egipto y en Fenicia; su Dios no dejó de ser un Dios egipcio inventado por los sacerdotes de que era discípulo Moisés; y Yahouh, descubierto por su mismo nombre, la esencia (de los seres), y por su símbolo, la zarza de fuego, es lo mismo que el alma del mundo, principio motor, que adoptó después Grecia, con la propia denominación de su You-piter, ser engendrador; y con el de Ei, la existencia, que consagraban los tebanos bajo el nombre de Kneph; que Sais adoraba en el emblema de Isis velada, con esta inscripción: «Yo soy todo lo que ha sido,

todo lo que es, todo lo que será, y ningún mortal ha levantado mi velo». Que Pitágoras honraba con el nombre de Vesta, y que la filosofía estoica definía con exactitud, llamándole el principio del fuego. Moisés hizo vanos esfuerzos para borrar de su religión todo lo que recordaba el culto de los astros; a su pesar, quedaron una multitud de rasgos que lo recordaban; y las siete luces o planetas del gran candelabro, las doce piedras o signos del urim (pectoral) del gran sacerdote; la fiesta de los dos equinoccios, que en aquella época formaban cada uno un año; la ceremonia del cordero celestial (Aries), que estaba entonces en su decimoquinto grado; en fin, el nombre mismo de Osiris, conservado en su cántico, y el arca o cofre imitación del sepulcro en que fué encerrado este Dios, quedan todavía para servir de testigos de la filiación de sus ideas y de su extracción de la fuente común.

»§ X.—*Religión de Zoroastro*

»De esta misma clase de hombres audaces y enérgicos fué también Zoroastro, el cual, dos siglos después de Moisés, en tiempo de David, rejuveneció y moralizó, entre los medos y bactrianos, el sistema egipcio de Osiris y de Tyfon bajo los nombres de Ormuzd y de Ahrimanes, y que, para explicar el sistema de la Naturaleza, supuso dos grandes Dioses: el uno ocupado en criar y producir en un imperio de luz y dulce calor (cuyo tipo es el Verano) y le llamó Dios de sabiduría, de bondad y virtud; el otro, ocupado en destruir en un imperio de tinieblas y de frío (que es el polo del Invierno), y lo llamó Dios de ignorancia, de daño y pecado; creación del mundo a la renovación de la escena física a cada Primavera: llamó resurrección a la renovación de las esferas en los períodos seculares; vida futura, Infierno o Paraíso al tártaro y el

Eliseo de los astrólogos y geógrafos; en una palabra, no hizo sino consagrar los mismos sueños del sistema místico que existían anteriormente.

»§ XI.—*Brahmismo o sistema indiano*

»Tal fué también el legislador indio que, bajo el nombre de Manú, anterior a Zoroastro y a Moisés, consagró en las orillas del Gange la doctrina de los tres principios o Dioses que conoció Grecia: uno, llamado Brahma o Júpiter, que fué el autor de toda creación o producción (el Sol de la Primavera); el segundo, llamado Chiven o Plutón, que fué el Dios de toda destrucción (el Sol del Invierno), y el tercero, llamado Vichnou o Neptuno, que fué el Dios conservador del estado estacionario (el solsticial, estator), aunque los tres no forman más que un solo Dios, el cual celebrado en los Vedas como en los himnos órficos, no es sino Júpiter con sus tres ojos, o el Sol en sus tres estaciones; tenéis aquí el origen del sistema trinitario, sutilizado por Pitágoras y Platón y desfigurado por sus intérpretes.

»§ XII.—*Bouddismo o sistema místico*

»Tales fueron los reformadores moralistas venerados después de Manú con los nombres de Bouhad, Gaaps, Chekia, Goutama, etc., que de los principios de la metempsicosis han deducido doctrinas místicas, útiles en su origen, inspirado a sus secretarios el horror al matar, la compasión a todo ser sensible, el temor a las penas y la esperanza de las recompensas destinadas a la virtud y el castigo del vicio, la esperanza del premio de la virtud en una vida ulterior, bajo formas nuevas, pero después perniciosas por el abuso de una Metafísica ideal que, proponiéndose contrastar el orden natural, quiso que el mundo material fuese una ilusión fantástica, y la existencia del hombre un

sueño, y la muerte un despertar; que su cuerpo fuese una prisión impura de la cual debía desear salir, o envoltura grosera, que para hacerla diáfana a la luz interna, debía debilitarla por el ayuno, las mortificaciones y contemplaciones y por una multitud de prácticas tan extrañas, que el vulgo no podía explicar el carácter de sus autores sino considerándoles como seres sobrenaturales, Dioses hechos hombres u hombres hechos Dioses.

»He aquí los materiales que existían esparcidos en Asia después de muchos siglos, cuando un concurso de circunstancias formó nuevas combinaciones en las riberas del Eufrates y del Mediterráneo.

»§ XIII.—*Cristianismo o culto alegórico del Sol, bajo los nombres cabalísticos de Crissen o Cristo y de Yesus o Jesús.*

»Cuando constituyó Moisés el pueblo de Israel pretendió en vano defenderse de la invasión de las ideas extranjeras, porque una tendencia invencible, fundada en las afinidades de un mismo origen, había hecho volver a los hebreos al culto de las naciones vecinas, y las relaciones del comercio y la política robustecieron este ascendiente. En tanto que se mantuvo el régimen nacional, la fuerza coercitiva de las leyes se opuso a las innovaciones. A pesar de esto, los lugares elevados estaban llenos de ídolos, y el Dios Sol tenía su carro y sus caballos pintados en los palacios de los reyes y hasta en el templo de Yahouh; pero cuando las conquistas de los sultanes de Ninive y Babilonia disolvieron el lazo del poder público, entregado el pueblo a sí mismo, y aun estimulado por sus conquistadores, no sujetó su inclinación a las opiniones profanas que se establecieron en Judea. Trasladas las colonias asirias al lugar que ocupaban las

tribus, llenaron el reino de Samaria de los dogmas magos, que penetraron en el reino de Judá; subyugada después Jerusalén, y corriendo de todas partes a este país abierto, los egipcios, los sirios y los árabes, aportaron sus dogmas, y la religión de Moisés sufrió una doble alteración.

»Al volver a su patria, llevaron a ella los emigrados estas ideas: y la innovación que producían causó las disputas de sus partidarios los fariseos y de sus antagonistas los saduceos, representantes del antiguo culto nacional. Pero favorecidos los primeros por las inclinaciones del pueblo y por los hábitos ya contraídos, y apoyados por la autoridad de los persas, sus libertadores y maestros, acabaron por adquirir ascendiente sobre los segundos, y los hijos de Moisés consagraron la doctrina de Zoroastro.

»Una analogía fortuita entre dos ideas principales, favoreció sobre todo esta coalición, y se convirtió en la base de un último sistema que sorprende no menos por su fortuna que por las causas de su formación.

»Después que los asirios hubieron destruído el reino de Samaria, previendo algunos ánimos juiciosos la misma suerte para Jerusalén, no habían cesado de anunciarla y predicarla; y todas sus predicaciones habían tenido el carácter particular de terminarse por los deseos del restablecimiento y de la regeneración, anunciados bajo la forma de profecías: los sacerdotes gerofantes habían pintado en medio de su entusiasmo un rey libertador que debía restablecer la nación en su antigua gloria; el pueblo hebreo debía llegar a ser un pueblo poderoso, conquistador, y Jerusalén, la capital de un imperio extendido sobre todo el Universo.

»Varias tradiciones sagradas y mitológicas de tiempos anteriores habían esparcido en toda el Asia

un dogma análogo. No se hablaba sino de un gran mediador, de un juicio final, de un salvador futuro, que, como rey, Dios, conquistador y legislador, debía volver a la Tierra la Edad de Oro, libertarla del impío, del mal, y dar a los hombres el reino del bien, de la paz y de la felicidad. Esta conformidad entre los oráculos de las naciones y los de los profetas, llamó la atención de los judíos; y sin duda los profetas habían tenido el arte de colocar sus cuadros sobre el estilo y el genio de los libros sagrados empleados en los misterios paganos; era, pues, general en Judea la esperanza de aguardar el gran enviado, el salvador, cuando se presentó una circunstancia singular a determinar la época de su venida.

»Estaba escrito en los libros sagrados de los persas y de los kaldeos que el mundo, compuesto de una revolución total de doce mil, se hallaba dividido en dos revoluciones parciales, de las cuales, una, edad y reino del bien, terminaba al cabo de seis mil, y otra, edad y reino del mal, al cabo de otros seis mil.

»Los primeros autores dieron a estas relaciones el sentido de significar la revolución anual del gran orbe celeste, llamado mundo (revolución compuesta de doce meses o signos, divididos en mil partes cada uno), y los dos períodos sistemáticos del invierno y el verano, compuestos igualmente cada uno de seis mil. Estas expresiones tan equívocas fueron mal explicadas, recibieron un sentido absoluto y moral en lugar del físico y astrológico, y el mundo anual fué tomado por un mundo secular, los mil de signo o mes, por mil años; y suponiendo que se vivía en la edad del mal, se infirió que debía acabar al fin de los supuestos seis mil años.

»En los cálculos admitidos por los judíos, se em-

pezaba a contar cerca de seis mil años desde la creación (ficticia) del mundo; esta coincidencia produjo la fermentación de los espíritus. No se ocuparon más que de un fin próximo; se preguntó a los gerofantes; se consultaron sus libros místicos; se señalaron diversos plazos; se esperó el gran mediador; a fuerza de hablar de él, alguno dijo haberle visto, y un individuo exaltado creyó serlo y se hizo partidario, los cuales dieron lugar, por sus narraciones, a un rumor gradualmente organizado en historia regular; sobre este primer proyecto se establecieron las tradiciones mitológicas, y resultó un sistema auténtico y completo, del que ya no fué lícito dudar.

»Decían dichas tradiciones mitológicas: «Que en el origen, una mujer y un hombre habían introducido en el mundo, por su caída, el mal y el pecado».

»Indicaban con esto el hecho astronómico de la Virgen celestial (o virgo), y del hombre carretero, boyero o vaquero (Bootes, nombre de una constelación boreal), que poniéndose u ocultándose heliacamente (o envuelto entre los rayos del Sol) en el equinoccio de otoño, abandonaba el cielo a las constelaciones del invierno, y parecía, al caer bajo el horizonte, que introducía en el mundo el genio del mal, Ahrimanes, figurado por la constelación de la serpiente.

»También indicaban dichas tradiciones mitológicas: «Que la mujer había arrastrado tras sí, o seducido, al hombre». En efecto: como la Virgen (o virgo) se pone u oculta la primera, parece que arrastra tras ella al boyero o carretero. Decían: «Que la mujer le había tentado, presentándole frutos hermosos y buenos para comer, que daban la conciencia del bien y del mal». Efectivamente: la Virgen tiene en la mano un ramo de frutos, que parece presentárselos al boyero; y el ramo,

emblema del otoño, colocado en el cuadro de Mithra, sobre los límites del invierno y del verano, parece que abre la puerta, y que da la ciencia y la llave del bien y del mal.

»Decían igualmente las tradiciones mitológicas: «Que esta pareja había sido echada del jardín celestial, y que un querubín había sido colocado para guardar la puerta con una espada de fuego».

»Así, cuando la Virgen y el boyero caen bajo el horizonte de Poniente, sube Perseo por el otro lado, con la espada en la mano, y parece que este genio los arroja del cielo de verano, jardín y reino de frutos y de flores.

»Decían aún: «Que debía nacer de esta Virgen un niño que destruiría la cabeza de la serpiente y libraría el mundo del pecado».

»Con esta explicación designaban el Sol, que en la época del solsticio del invierno, en el momento crítico en que los magos de los persas sacaban el horóscopo o pronósticos del año nuevo, se hallaba colocado en el seno de la Virgen, saliendo heliaco en el horizonte oriental; y estaba figurado en sus cuadros astrológicos en forma de un niño criado por una virgen casta, que se volvía después, en el equinoccio de la primavera, carnero o cordero (Aries), vencedor de la constelación de la serpiente, la cual desaparecía de los cielos.

»Decían también: «Que viviría en su infancia este reparador de la naturaleza divina o celestial, abatido, humilde, obscuro y pobre».

»Y era porque el Sol de invierno, deprimido en el horizonte, parece abatido, humilde, y este primer período de sus cuatro edades o estaciones es un tiempo de obscuridad, de escasez, ayuno y privaciones.

»Por último, citando dichas tradiciones hasta sus

nombres astrológicos y misteriosos, decían que unas veces se llamaba Cris, el conservador, de donde vosotros, indios, habéis formado vuestro Dios, Cris-en o Crisna, y vosotros, cristianos, griegos y occidentales, vuestro Cris-to, hijo de María: otras veces se nombraba Yes, por la reunión de tres letras, que formaban el número 608, uno de los períodos solares; y he aquí, ¡oh, europeos!, el nombre convertido, con la final latina, en Yes-us, o Jesús, nombre antiquísimo y cabalístico, atribuído al joven Baco, hijo clandestino (nocturno) de la virgen Minerva, el cual representa en la historia de su vida y muerte la del Dios de los cristianos; es decir, del Astro del Día, de que ambos son emblemas».

Al oír esto, se levantó una gritería terrible de parte de los cristianos; pero los musulmanes, los lamas y los indios los hicieron callar, y el orador pudo acabar así su discurso:

«Sabéis de qué manera se compuso el resto de este sistema en la anarquía de los tres primeros siglos; de qué modo dividieron los pareceres una multitud de opiniones extravagantes. Sabéis cómo asociado el gobierno a una de estas sectas, al cabo de trescientos años, la hizo religión ortodoxa, es decir, dominante, con exclusión de todas las otras, que se convirtieron en herejías; cómo y por qué medios de violencia y engaño se propagó esta religión, creció, se dividió y debilitó; cómo, seiscientos años después de la innovación del cristianismo, se formó otro sistema de sus propios materiales y de los judíos, y cómo supo Mahoma formarse un imperio político, y teológico a expensas del de Moisés y del de los vicarios de Jesús...

»Si resumís ahora la historia del espíritu religioso, veréis que no ha tenido al principio más autor que las

sensaciones y las necesidades; que la idea de Dios ha tenido por modelo la de las potencias físicas de los seres materiales obrando bien o mal; que en todos ellos no ha cesado el dogma de representar, con el nombre de Dioses, las operaciones de la «Naturaleza», las pasiones de los hombres y sus errores; y que todos han tenido por objeto la moral, el deseo del bienestar y la aversión al dolor; pero que los pueblos y la mayor parte de los legisladores han formado ideas falsas y opuestas del vicio y de la virtud, del bien y del mal, esto es, de lo que hace al hombre dichoso o desgraciado; veréis, en fin, que la historia entera del espíritu religioso no es sino la de las incertidumbres del espíritu humano, el cual, colocado en un mundo que no conoce, quiere adivinar su enigma e inventa sistemas; y cuando halla que uno es defectuoso, lo destruye por otro que no es menos malo: detesta el error que abandona, desconoce el que abraza, repele la verdad que busca, compone quimeras de seres disparatados, y soñando siempre sabiduría y felicidad, se pierde en un laberinto de ilusiones y locuras»

§ XXIII.—*Identidad del fin de las religiones*

Así habló el orador de los hombres que habían investigado el origen y la filiación de las ideas religiosas... Pero racionando los teólogos de diferentes sistemas sobre este discurso, dijeron unos:

«Es una exposición impía que se propone destruir toda creencia, infundir la rebeldía en los espíritus aniquilando nuestro misterio y nuestro poder.» «Es un cuento, dijeron otros, y una reunión de conjeturas dispuertas con arte, pero sin fundamento.» Las personas prudentes añadían: «Supongamos que eso sea verdad: ¿por qué revelar estos misterios? No hay duda que nuestras opiniones están llenas de errores, pero estos

errores son un freno necesario para la multitud; el mundo marcha así hace dos mil años; ¿por qué quiere cambiársele hoy?»

Ya empezaba a tomar cuerpo el rumor de la reprobación contra toda novedad, cuando un grupo numeroso de hombres del pueblo y de salvajes de todos los países, sin profetas, ni doctores, ni código religioso, se adelantó en el circo, atrayendo la atención de toda la asamblea; y uno, alzando la voz, dijo al Legislador:

«Arbitro y mediador de los pueblos, desde el principio de este debate estamos escuchando las relaciones más extrañas y nuevas, y nuestro ánimo, sorprendido de tantas cosas, unas sapientísimas, otras absurdas, que de ningún modo comprende, se queda con la misma incertidumbre y las mismas dudas. Sólo una reflexión nos hace eco, y es esta: Al resumir tantos hechos prodigiosos, tantos asertos contrarios, preguntamos: ¿Qué nos importan estas discusiones? Sea cierto o falso, ¿de qué nos sirve saber si el mundo existe seis mil o veinte mil años, si se ha hecho de nada o de algo, por sí mismo o por un obrero, que también necesitaría un autor, si esto fuese así? ¡Cómo! ¿Seremos capaces de responder de lo que pasa en el Sol, en la Luna o en los espacios imaginarios, cuando no estamos seguros de lo que pasa cerca de nosotros? Hemos olvidado los sucesos de nuestra infancia, ¿y conoceremos los de la del mundo? ¿Y quién atestiguará lo que nadie ha visto, lo que nadie entiende?

»¿Qué añadirá o disminuirá a nuestra existencia decir sí o no sobre estas ilusiones? Hasta ahora, ni nuestros padres ni nosotros hemos tenido el menor conocimiento de ellas, y no por eso hemos tenido más ni menos sol, más ni menos subsistencia, más ni menos bienes o males.

»Si el conocimiento de todo ello fuese necesario, ¿por qué hemos vivido sin él tan bien o mejor que los que tanto se inquietan por adquirirlo? Si es superfluo, ¿por qué nos cargaremos ahora con este peso? Y dirigiéndose a los doctores y a los teólogos, continuó: «¡Cómo! ¿Será preciso que nosotros, hombres ignorantes y pobres, que apenas tenemos tiempo para cuidar de nuestra subsistencia, y para las labores de que vosotros os aprovecháis, aprendamos todas esas historias que contáis, que leamos tantos libros como nos proponéis y que aprendamos tantas lenguas en que están compuestos? Mil años de vida no bastarían...»

«No es necesario, dijeron los doctores, que adquiráis tanta ciencia; nosotros la tenemos por vosotros...»

«Pero vosotros mismos, replicaron los hombres sencillos, no estáis acordes en medio de toda esa ciencia... ¿De qué sirve, pues, poseerla?..»

»Y a más de esto, ¿cómo podríais responder por nosotros? Si la fe de un hombre se aplica a muchos, ¿qué necesidad tenéis de creer? Vuestros padres habrán creído por vosotros, y esto será puesto en razón, pues que también han visto por vosotros. Pero ¿qué es creer, si creer no influye sobre acción alguna? ¿Y sobre qué acción influye, por ejemplo, el creer al mundo eterno o no? «Eso ofende a Dios», dijeron los doctores. «¿Dónde está la prueba?», replicaron los hombres sencillos. «En nuestros libros», respondieron aquéllos. «No los entendemos», dijeron éstos. «Nosotros los entendemos por vosotros», añadieron los doctores. «Ahí está la dificultad», dijeron los hombres sencillos, pues ¿con qué derecho os establecéis mediadores entre Dios y nosotros? «Por sus órdenes.» «¿Dónde está la prueba?» «En nuestros libros.»

«No los entendemos, repusieron los hombres sen-

cillos. Y ¿cómo este Dios justo os concede ese privilegio sobre nosotros? ¿Cómo nos obliga este padre común a creer en un grado menor de evidencia que vosotros? Concedamos que os haya hablado y que no os engañe, porque es infalible; pero vosotros nos habláis... ¡vosotros!... ¿Y quién nos asegura que no estáis llenos de errores o que podréis infundírnoslos? Y si somos engañados, ¿cómo podrá salvarnos este Dios justo contra la ley que existe, o condenarnos no habiéndola conocido?»

«Os ha dado la ley natural», dijeron los doctores.

«¿Y qué es la ley natural?», replicaron los hombres sencillos. Si esta ley basta, ¿para qué la ha dado? Si no basta, ¿por qué la ha dado imperfecta?

«Sus juicios son misteriosos, respondieron los doctores, y su justicia no es como la de los hombres.»

«Si su justicia, replicaron los otros, no es como la nuestra, ¿qué medios tendremos para conocerla? Y, en resolución, ¿a qué vienen todas esas leyes y qué fin se proponen?»

«El de haceros más dichosos, dijo un doctor, haciéndoos mejores y más virtuosos.»

«En este caso, concluyeron los hombres sencillos, no hay necesidad de tantos estudios y razonamientos, y enseñémosnos cuál es la religión que llena mejor el fin que todas se proponen.»

Al momento, cada uno de los grupos empezó a ponderar su moral, a preferirla a todas las demás, y se suscitaron entre los cultos disputas terribles. «Nosotros somos, dijeron los musulmanes, los que poseemos la moral por excelencia y los que enseñamos todas las virtudes agradables a los hombres y a Dios: profesamos la justicia, el desinterés, la sumisión a la Providencia, la caridad con nuestros hermanos, la li-

mosna, la resignación; no atormentamos las almas con temores supersticiosos; vivimos sin inquietud y morimos sin remordimientos».

«¿Cómo osáis, replicaron los sacerdotes cristianos, hablar de moral, vosotros, cuyo jefe ha tenido vida licenciosa y predicado el escándolo? ¿Vosotros, cuyo primer precepto es el homicidio y la guerra? Sea testigo la experiencia: de mil doscientos años a esta parte, no ha cesado de sembrar vuestro fanático celo la carnicería entre todas las naciones; y si en el día, esa Asia, lan floreciente antes, decae en la barbarie y en el aniquilamiento, vuestra doctrina tiene la culpa, enemiga de toda instrucción, que, santificando por una parte la ignorancia y consagrando el despotismo más absoluto, e imponiendo por otra la obediencia más ciega y pasiva a los gobernantes, ha entorpecido las facultades del hombre y sumido las naciones en el embrutecimiento.

»No sucede esto en nuestra moral sublime: ella es la que ha sacado la Tierra de su barbarie primitiva, de las supersticiones insensatas o crueles de la idolatría, de los sacrificios de sangre humana, de los desórdenes vergonzosos de los misterios paganos, la que ha purificado las costumbres, proscripto los incestos y adulterios, civilizado las naciones salvajes, hecho desaparecer la esclavitud, introducido virtudes nuevas: la caridad ante los hombres, su igualdad ante Dios, el perdón y el olvido de las injurias, el dominio de las pasiones, el desprecio de las grandezas; en una palabra, una vida espiritual y santa».

«Admiración nos causa, respondieron los musulmanes, ver cómo sabéis unir esta caridad evangélica con las injurias y ultrajes que soléis emplear para herir a vuestros prójimos.

»En cuanto al modo de haberla practicado, apelamos también al testimonio de los hechos, y os preguntamos si es la dulzura evangélica la que ha suscitado vuestras interminables guerras de sectas, las persecuciones atroces de esos infelices herejes, vuestras cruzadas contra el arrianismo, el maniqueísmo, el protestantismo, sin hablar de las que habéis hecho contra nosotros. Decid si es la caridad evangélica la que os ha hecho exterminar pueblos enteros de América y aniquilar los Imperios de Méjico y del Perú, la que os induce a devastar el Africa, cuyos habitantes vendéis como animales, a pesar de vuestra abolición de la esclavitud; la que os hace asolar la India, cuyos dominios usurpáis».

Al instante que se pronunciaron estas reconvencciones, los brahmanes, los rabinos, los bonzos, los chamanes los sacerdotes de las islas Molucas y de las castas de Guinea, confundieron con las suyas a los doctores cristianos, y dijeron: «Sí, sí; estos hombres son unos bribones, unos hipócritas, que predicán la sencillez para ganar la confianza; la humildad, para sojuzgar más fácilmente; la pobreza, para apropiarse todas las riquezas; prometen otro mundo, para apoderarse mejor de este; y al paso que os hablan de tolerancia y de caridad, queman en nombre de Dios a los hombres que no le adoran como ellos».

«Ministros embusteros, respondieron los misioneros, vosotros sois los que abusáis de la credulidad de las naciones ignorantes para subyugarlas. Vosotros sois los que convertís vuestro ministerio en arte de impostura y de trapacería, los que habéis hecho de la religión un negocio. Suponéis que os comunicáis con los espíritus, y todos sus oráculos se reducen a anunciar vuestras voluntades; pretendéis leer en los astros

y el Destino no decreta sino conforme a vuestros deseos; hacéis hablar a los ídolos, y los Dioses sólo son los instrumentos de vuestras pasiones; habéis inventado los sacrificios y las libaciones para atraeros la leche de los rebaños, la carne y la grasa de las víctimas; y bajo el manto de la propiedad y la abstinencia devoráis las ofrendas hechas a los Dioses, que no comen, y la substancia arrancada a los pueblos que trabajan».

«Añadid, dijeron los imanes, que han inventado la más profunda maldad; la obligación absurda e impía de contarles los secretos más íntimos de las acciones, de los pensamientos, de las veleidades (la confesión); de modo que su insolente curiosidad lleva su inquisición hasta el santuario sagrado del lecho nupcial y el asilo inviolable del corazón».

Entonces, de reproche en reproche, revelaron los doctores de los diferentes cultos todos los delitos de su ministerio, todos los vicios de su estado, y se vió que en todos los pueblos eran idénticos el espíritu de los sacerdotes, el sistema de su conducta, sus acciones y sus costumbres; que en todas partes habían formado asociaciones secretas y corporaciones enemigas del resto de la sociedad; que en todas partes se habían atribuído prerrogativas o inmunidades, por medio de las cuales vivían libres de las cargas de las otras clases; que vegetan sin experimentar las fatigas del labrador, los riesgos del militar ni los reveses del comerciante; que viven célibes a fin de eximirse hasta de los cuidados domésticos; que encuentran, bajo capa de pobreza, el secreto de ser ricos y de proporcionarse todo género de placeres; que con el título de mendicación perciben impuestos más grandes que los de los príncipes; que bajo el de dones y ofrendas adquieren rentas seguras y libres de toda carga; que bajo el nombre de

recogimiento y de devoción viven en la ociosidad y en el desenfreno de costumbres; que han hecho una virtud de la limosna para disfrutar del trabajo ajeno; que inventaron ceremonias del culto para atraer el respeto popular, representando el papel de Dioses de que se llamaron intérpretes y mediadores para atribuirse todo el poder; que con este designio, y según las luces o la ignorancia de los pueblos, fueron alternativamente astrólogos, adivinos y mágicos, nigromantes, charlatanes, médicos, cortesanos y confesores de príncipes, siempre aspirando al fin de gobernar en ventaja propia; que unas veces levantaron el poder de los reyes y consagraron personas para granjear sus favores y participar de su poder; y otras predicaron el asesinato de los tiranos (reservándose especificar la tiranía), a fin de vengarse de su desprecio o inobediencia; que siempre llamaron impiedad a lo que dañó sus intereses; que se opusieron a toda instrucción pública para ejercer el monopolio de la ciencia; en fin, que en todo tiempo y lugar hallaron el secreto de vivir en paz en medio de la anarquía que originaban, seguros bajo el despotismo que favorecían, descansados en medio del trabajo que predicaban, llenos de abundancia cuando los otros de miseria; y todo por ejercitar el comercio de vender palabras y gestos a gentes crédulas, que se los pagaban como objetos del mayor precio.

Al escuchar tales infamias se llenaron los pueblos de furor y quisieron despedazar a los hombres que les habían engañado con tal descaro; pero el Legislador contuvo esta violencia, y dirigiéndose a los jefes y doctores, les dijo: «¡Cómo! Fundadores de pueblos, ¿de esta manera los habéis engañado?»

Confundidos los sacerdotes, respondieron: «¡Oh, Legislador! Somos hombres, y los pueblos son tan

supersticiosos... Ellos mismos han sido los que han provocado nuestros engaños.»

Los reyes dijeron: «¡Oh, Legislador! Los pueblos son tan serviles e ignorantes... Ellos mismos se han prosternado ante el yugo que apenas nos atrevíamos a mostrarles.»

Entonces, volviéndose el Legislador a los pueblos, les dijo: «¡Pueblos! Acordaos de lo que acabáis de oír; estas son dos profundas verdades. Sí; vosotros mismos causáis los males que originan vuestras quejas; vosotros sois los que alentáis a los tiranos con una baja adulación de su poder, con el aplauso imprudente de sus falsas bondades, con el envilecimiento en la obediencia, el desenfreno en la libertad y la adopción ciega de cualquier impostura. ¿Y sobre quién querréis que caiga el castigo de las faltas de vuestra propia ignorancia y avaricia?»

Los pueblos quedaron sobrecogidos al oír apóstrofe tan terrible, y guardaron el más profundo silencio. § XXIV.—*Solución del problema de las contradicciones*

Volvió a tomar la palabra el Legislador, y dijo: «¡Oh, naciones! Hemos oído los debates de vuestras opiniones, y las disputas que os desunen nos han proporcionado muchas reflexiones y nos ofrecen infinitos problemas.

»Considerando la diversidad y la oposición de las creencias que seguís, os preguntamos: ¿En qué motivos fundáis vuestro convencimiento? ¿Habéis hecho una elección bien meditada para seguir al estandarte de un profeta con preferencia al de otro? Antes de adoptar una doctrina más bien que otra, ¿las habéis examinado maduramente? O bien, ¿las habéis recibido sólo de la casualidad del nacimiento o del imperio de la costumbre y la educación? ¿No nacéis cristianos en

las orillas del Tiber, musulmanes en las del Eufrates, idólatras en las del Indio, como nacéis rubios en las regiones frías y tostados bajo el sol de África? Y si vuestras opiniones son efecto de vuestra situación fortuítá sobre la Tierra, de la parentela o de la imitación, ¿cómo la casualidad es para vosotros un motivo de convicción y un argumento de verdad?

»Cuando reflexionamos sobre la exclusión respectiva y la intolerancia arbitraria de vuestras pretensiones, nos espantamos de las consecuencias que siguen a vuestros principios. Pueblos que os ofrecéis recíprocamente a la cólera celeste, suponed que bajase de los cielos en este momento el Ser universal, se sentase sobre su trono para juzgarnos a todos y dijese: «¡Mortales! La justicia que voy a ejercer es vuestra propia justicia. De tantos cultos como observáis, uno solo va a ser preferido; todos los demás, toda esta multitud de estandartes, pueblos y profetas serán condenados a una perdición eterna; y aún no basta... Entre las sectas del culto escogido, una sola puede agradarme, y todas las demás serán condenadas; y aun tampoco basta esto. De este pequeñísimo grupo escogido es menester que excluya a todos aquellos individuos que no han llenado las condiciones que imponen sus preceptos. Ved, hombres, a qué corto número de elegidos habéis limitado vuestra especie, a qué poquedad de beneficios reducís mi bondad inmensa, a qué soledad de admiradores condenáis mi gloria y mi grandeza.»

Dicho esto, se levantó el Legislador, y añadió: «No importa; así lo habéis querido. Ea, pueblos: ahí está la urna donde se hallan vuestros nombres; uno solo va a salir... ¡Animo! Sacad la suerte de esta terrible urna.»

Pero los pueblos, llenos de espanto, gritaron: «¡No,

no: todos somos hermanos y no podemos condenarnos recíprocamente!»

Entonces volvió a sentarse el Legislador, y dijo: «Hombres que disputáis sobre tantas materias, prestad vuestra atención a un problema que me ofrecéis y que debéis resolver vosotros mismos.» Los pueblos prestaron, en efecto, la mayor atención, y levantando un brazo el Legislador hacia el Cielo y enseñando el Sol, dijo: «Pueblos, ese Sol que os alumbra, ¿os parece cuadrado o triangular?» «No, respondieron unánimemente; es redondo.»

Tomando después la balanza de oro que estaba sobre el altar, dijo: «Este oro que maneáis todos los días, ¿es más pesado que un volumen igual de cobre?» «Sí, contestaron todos los pueblos: el oro es más pesado que el cobre». El Legislador tomó luego la espada, y dijo: «¿Este hierro es menos duro que el plomo?» «No», dijeron los pueblos. «¿El azúcar es dulce y la hiel amarga?» «Sí». «¿Amáis todos vosotros el placer y aborrecéis el dolor?» «Sí» «Así, pues, todos estáis acordes sobre estos puntos y una multitud de semejantes. Decidme ahora: ¿Hay un abismo en el centro de la Tierra y habitantes en la Luna?»

Al proferir esta cuestión se suscitó un rumor universal, y respondiendo cada uno de diferente modo, decían muchos que sí y muchos que no; éstos, que podía ser; aquéllos, que la cuestión era ociosa y ridícula, y otros, que sería bueno saberlo; en fin, la discordancia fué general.

Después de algún tiempo pudo el Legislador imponer silencio y añadir: «Pueblos, explicadme ahora este problema: Yo os propuse muchas cuestiones sobre las cuales estuvisteis acordes, sin distinción de raza ni secta: hombres blancos, hombres negros, sec-

tarios de Mahoma o de Moisés, adoradores de Boudda o de Jesús, todos habéis dado la misma respuesta. Os propongo otra, y al momento discordáis. ¿Por qué esta unanimidad en un caso y esta discordancia en otro?»

El grupo de hombres sencillos y salvajes tomó entonces la palabra y respondió: «La razón es obvia: en el primer caso, veíamos y palpábamos los objetos y hablábamos por sensación propia; en el segundo se hallaban fuera del alcance de nuestros sentidos y sólo hablábamos por conjeturas».

«Habéis resuelto el problema, dijo el Legislador, y así vuestra misma confesión sienta esta primera verdad:

»Que siempre que los objetos se pueden someter a vuestros sentidos, estáis acordes en las decisiones;

»Y que sólo diferís de opinión y de sentimientos, cuando los objetos están fuera de vuestro alcance. De este primer hecho se sigue otro, digno de fijar la atención.

»De vuestra concordancia en lo que conocéis bien, y sobre aquello de que no estáis muy seguros; es decir, que disputáis, reñís y peleáis por cosas inciertas y dudosas. ¡Ah, hombres!, ¿y esto es ser sabios?

»No: es probar que no es la verdad el objeto de vuestras disputas, ni la causa que defendéis, vuestras inclinaciones y errores. Es un poder que queréis usar, un interés que queréis satisfacer, una prerrogativa que os atribuí; es, en una palabra, la lucha de vuestra vanidad. Y todas vuestras disputas, combates e intolerancias son efecto de este derecho que no queréis ceder y de la certidumbre de vuestra igualdad.

»El único medio de estar acordes es el de volver a la Naturaleza y tomar por árbitro y regulador el orden de cosas que ella misma ha establecido; y entonces vuestra concordancia prueba también esta otra verdad:

»Que los seres reales tienen en sí mismos un modo de existir idéntico, constante, uniforme, y que reside en vuestros órganos una manera igual de sentir.

»Pero por la movilidad de estos órganos, por vuestra voluntad, podéis concebir afectos distintos y hallaros con los mismos objetos en relaciones diferentes; de modo que sois con respecto a ellos como un espejo que refleja, capaz de presentaros tales como son, en efecto, y capaz también de desfigurarlos y alterarlos, según los defectos y movimientos de su superficie.

»Dedúcese de aquí que las causas de vuestros sentimientos no existen en los objetos, sino en vuestros ánimos y en el modo de percibir y juzgar.

»Para establecer la unanimidad de opinión es menester establecer bien de antemano la certidumbre, asegurarse de que los cuadros que se pintan al espíritu son idénticamente semejantes a sus modelos, y que se refleja los objetos según son. Pero no es posible lograr esto sino en tanto que pueden dichos objetos presentarse y someterse al examen de los sentidos. Todo lo que no puede reducirse a esta prueba es incapaz de ser juzgado; y no hay regla, término de comparación ni medio de certidumbre que pueda graduarlo.

»De donde debe concluirse que para vivir en paz y concordia es menester no fallar sobre tales objetos, ni darles ninguna importancia; en una palabra, que es preciso trazar una línea de demarcación entre los objetos comprobables y los que no se pueden comprobar y separar con una barrera inviolable el mundo de los seres fantásticos del de las realidades; es decir, que debe privarse de todo efecto civil a las opiniones teológicas o religiosas.

»He aquí, ¡oh, pueblos!, el fin que se ha propuesto

una gran nación al libertarse de sus cadenas y preocupaciones; he aquí la obra que habíamos emprendido bajo su inspección y por sus órdenes, cuando vuestros reyes y sacerdotes han venido a interrumpirla. Mas, ¡oh, reyes!, ¡oh, sacerdotes!, vosotros podréis suspender todavía por algún tiempo la publicación solemne de las leyes de la Naturaleza; pero ya no depende de vuestro poder trastornarlas ni destruirlas».

Entonces se levantó una gritería inmensa, y la totalidad de los pueblos manifestó unánime su adhesión a los principios sentados por el Legislador.

«Volved a emprender, le dijeron, vuestra santa y sublime obra y llevadla a su perfección; buscad las leyes que la Naturaleza ha colocado en nosotros mismos para dirigirnos, y formad el auténtico e inmutable código; pero que no sea para una nación, para una familia, sino para todos nosotros sin excepción. Sed el legislador de todo el género humano, como seréis su intérprete; mostradnos la línea que separa el mundo de las ilusiones del de las realidades, y enseñadnos, después de tantas religiones de error y falsedades, la religión de la evidencia y de la verdad».

Entonces, el Legislador, continuando la investigación y el examen de los atributos físicos y constitutivos del hombre, de los movimientos y afectos que le rigen en el estado individual y social, desenvolvió las leyes en que la Naturaleza ha fundado la felicidad de la especie humana. (1)

FIN

(1) Véase *La Ley Natural*, del mismo autor.

Biblioteca Popular
LOS GRANDES PENSADORES

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y del progreso.

TOMOS PUBLICADOS

(PRIMERA SERIE)

VICTOR HUGO	Páginas escogidas,	(Nobre. 1915)
F. PI Y MARGALL	Las Clases Jornaleras	
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica	
P. J. PROUDHON	La Propiedad	
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo	
EDUARDO BENOT	Temas Varios	
ELISEO RECLUS	El Hombre y la Tierra (Fragmentos)	
ERNESTO RENAN y	{ Las Ciencias históricas y las Ciencias	
M. BERTHELOT	naturales	
EMILIO ZOLA	Crítica Social	
J. MICHELET	De los Jesuitas	
CAMILO FLAMMARIÓN	La Vida	
DIDEROT	La Religiosa	

(SEGUNDA SERIE)

F. LAMENNAIS	Palabras de un creyente,	(Nobre. 1916)
P. KROPOTKINE	Palabras de un rebelde	
J. J. ROUSSEAU	El contrato social	
H. SPENCER	Creación y evolución	
J. JAURÉS	El Socialismo	
STUART MILL	El utilitarismo	
C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira	tomo I
C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira	tomo II

EN PRENSA

CH. DARWIN	El Hombre y su origen
L. TOLSTOY	La gran tragedia
CH. DICKENS	Los tiempos difíciles
M. GORKI	Los vencidos

Se publica el segundo sábado de cada mes. Cada tomo 50 cts.

SUSCRIPCIÓN

Un año; o sean 12 volúmenes	5'—pesetas
Six meses, o sean 6 volúmenes	2,75 "
Exterior,—Un año	6,— "

La suscripción puede empezar en cualquier mes del año
El pago de cada suscripción deberá hacerse por anticipado, remitiendo el importe por giro postal o cualquier otro medio.

TOMOS ENCUADERNADOS

Los doce tomos publicados divididos en 2 elegantes volúmenes conteniendo 6 tomos cada uno, encuadrados con lujosas tapas a varias tintas, se venden a 4 pesetas cada volumen.

Cada tomo separadamente encuadrando con tapas de tela inglesa, se vende a una peseta.